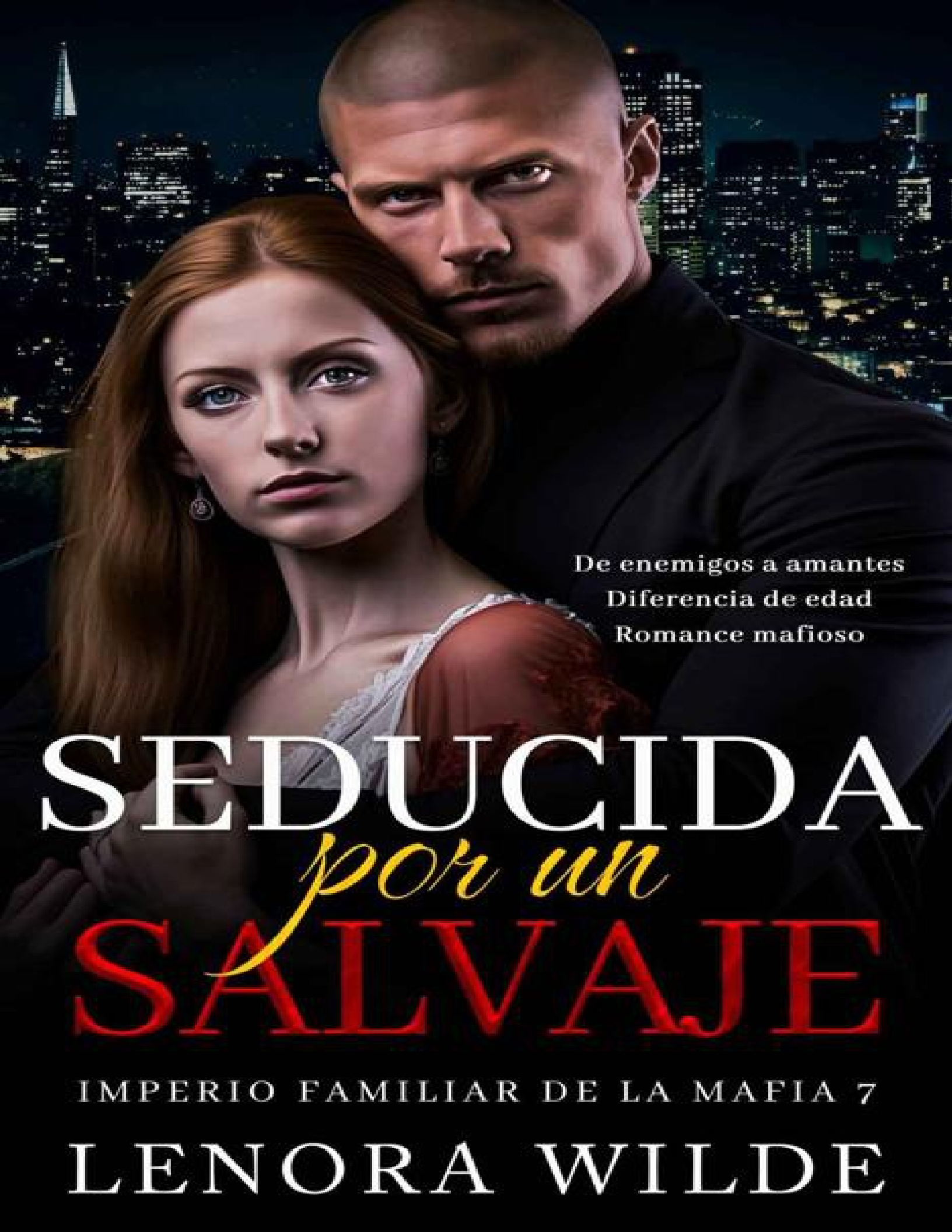


SEDUCIDA *por un* SALVAJE

IMPERIO FAMILIAR DE LA MAFIA 7

LENORA WILDE

SEDUCIDA
POR
UN
SALVAJE

De enemigos a amantes
Diferencia de edad
Romance mafioso

Serie Imperio Familiar de la Mafia

Libro Nº 7

Lenora Wilde

Copyright © 2024 por Lenora Wilde.

Todos los derechos reservados. Este ejemplar está destinado exclusivamente al comprador original del libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en forma impresa o electrónica, incluida la grabación, sin permiso previo por escrito del editor, salvo breves citas en una reseña del libro.

Índice

Capítulo Uno - Trevor
Capítulo Dos - Tala
Capítulo Tres - Trevor
Capítulo Cuatro - Tala
Capítulo Cinco - Trevor
Capítulo Seis - Tala
Capítulo Siete - Trevor
Capítulo Ocho - Tala
Capítulo Nueve - Trevor
Capítulo Diez - Tala
Capítulo Once - Trevor
Capítulo Doce - Tala
Capítulo Trece - Trevor
Capítulo Catorce - Tala
Capítulo Quince - Trevor
Capítulo Dieciséis - Tala
Capítulo Diecisiete - Trevor
Capítulo Dieciocho - Tala
Capítulo Diecinueve - Trevor
Epílogo - Tala

Capítulo Uno - Trevor

Me ubiqué detrás de Callum, aproveche a escanear la habitación con la mirada, quería tener claro cómo era el lugar, entradas, salidas, todo. Sabía que esta noche iba a necesitar buenas decisiones. Aquellos tipos, los Andover, podían traer problemas si no jugábamos bien nuestras cartas. Eran conocidos del padre de Callum, Mario, además de ser un vestigio de la mafia que Callum se esforzaba tanto por dejar atrás.

"¿Qué quieres? Reclamó Gregory Andover con rudeza mientras apagaba el cigarrillo en el cenicero ya lleno, que tenía delante. Miraba con desprecio a Callum. Afuera se oía la música del club. Habíamos llegado a su despacho para que Callum pudiera hablar con él, pero los dos guardias de la puerta me dijeron que no iban a dejar salir a Callum sin que al menos se arrastrara para disculparse por querer poner fin a su contrato.

"Gracias por reunirte conmigo", respondió Callum, manteniendo la voz firme. Sabía que estaba enfadado por haberle hecho esperar tanto para una reunión con la familia Andover; Gregory había estado evitándolo cada que había podido, probablemente consciente de que Callum iba a hacerle saber que ya no podía transportar drogas por su territorio. Callum estaba intentando limpiar su parte de la ciudad, algo que yo admiraba, aunque admito que no era algo que me hubiese esperado cuando el control de la fortuna familiar paso a sus manos. Pero, ahora con un hijo, no debería haberme sorprendido. Quería crear una vida más segura para él y su familia, y no iba a dejar que nada se interpusiera en su camino.

"No tengo tiempo para sentarme aquí y hablar de sutilezas", respondió Gregory. "Ve al grano. ¿Qué quieres?"

Callum me miró, como tanteando el terreno; sabía que mi instinto le diría si había algo de lo que preocuparse. Asentí levemente con la cabeza, indicándole que podía seguir, y volvió a centrar su atención en Gregory.

"La ruta de la droga por mi territorio", explicó. "Se acabó. No quiero volver a ver a ninguno de tus hombres por allí. ¿Está claro?"

Los ojos de Gregory se abrieron de par en par.

"Tienes que estar jodiéndome", vi su saliva saliendo de su boca y cayendo sobre el escritorio que tenía delante. Me tensé y apreté la mano contra la pistola que llevaba en la

funda. Esperaba no tener que usarla, pero no temía hacerlo si era necesario. Callum mantuvo la calma al responder.

"He terminado con esa parte de este mundo, Gregory", le advirtió. "Tengo hombres en cada lugar que tus chicos usaban para dejar y recoger. Hazles saber que ya no pueden usar mi parte de la ciudad".

"¿O?", preguntó Gregory. Callum dudó antes de responder.

"O me ocuparé yo de ellos", repliqué, clavando mi mirada en Gregory y asegurándome de que sabía a qué me refería. Su mandíbula se tensó ligeramente. Sabía que quería discutir conmigo, pero ellos conocían mi reputación tan bien como cualquiera en este negocio y sabían que no debían joderme.

Callum asintió.

"No quiero sangre", explicó. "Llama a tus hombres. Dales la oportunidad de salir de allí. Tienes hasta el fin de semana, y entonces, espero que se hayan ido. ¿Entendido?"

Gregory negó lentamente con la cabeza.

"Tu padre nunca habría permitido algo así", murmuró. Podía sentir cómo Callum se tensaba cuando me puse a su lado.

"No soy mi padre", gruñó, bajando la voz por la ira. "Y cuanto antes lo entiendas, mejor".

Gregory cogió otro cigarrillo y lo encendió, llenando la habitación de un humo maloliente. Dio una larga calada y señaló la puerta.

"Ya puedes irte", le dijo.

"¿Tenemos un trato?", preguntó Callum pacientemente. Gregory se rio entre dientes.

"Ya veremos qué te parece mañana", respondió. Aquello era una amenaza. Sentí la tension en mi cuerpo, avisándome de que algo estaba a punto de ocurrir.

"¿Qué coño significa eso?", preguntó Callum. Agarré la pistola que llevaba bajo la camisa. Gregory miró más allá de mí hacia la puerta donde esperaban los guardias y, una fracción de segundo después, ambos entraron en la habitación, bloqueándonos el paso.

"Tal vez mis socios puedan explicarlo", respondió Gregory. Agarré la pistola y la desenfundé, apuntando entre los dos hombres mientras daba un paso adelante para

proteger a Callum, pero el más alto de los dos me agarró de la muñeca y me la retorció, haciendo que la pistola cayera al suelo debajo de nosotros.

Me invadió una oleada de rabia. Si pensaban que tenían alguna posibilidad contra mí en estos momentos, estaban equivocados.

"Callum, apártate", le dije a mi jefe, y me volví hacia el hombre que me tenía agarrado. Me abalancé sobre él y le golpeé la nariz con la cabeza. Giró hacia atrás, soltando un aullido de dolor mientras la sangre salpicaba el escritorio a mi lado.

Me acerqué al otro hombre, lo agarré por el brazo y se lo retorcí por la espalda. Lanzó un grito y yo sonreí, clavándole la rodilla en la espalda.

"No necesito una pistola para derribarte", le dije, le agarré por el pelo y le estampé la cabeza contra la pared. Se sacudió hacia atrás y su cabeza golpeó mi labio antes de caer al suelo. Sentía el sabor de la sangre inundándome la boca, pero el dolor aún no me había alcanzado. La adrenalina era demasiado intensa para eso.

Cogí mi pistola del suelo y la levanté para apuntar a Gregory, que estaba sentado, con el rostro pálido, detrás del escritorio, aferrándose a él con todas sus fuerzas mientras me miraba fijamente. No se lo esperaba. Pensó que solo porque Callum estaba tratando de suavizar su imagen, yo iba a hacer lo mismo. Bueno, no sabía a lo que se enfrentaba.

"Saque a sus hombres antes de que acabe la semana, y esto es lo peor que les va a pasar", le dijo Callum, señalando a sus dos guardias desplomados en el suelo. "Si no..."

Se interrumpió, dejando la amenaza en el aire. No necesitaba decir nada más, y lo sabía. Se volvió hacia mí y señaló la puerta con la cabeza.

"Vamos", comentó, y yo salí primero, guardando mi arma mientras escudriñaba el espacio frente a mí para asegurarme de que no había nadie más tratando de causarnos problemas. Cuando vieran lo que les había hecho a aquellos guardias, sabrían que no tenía ningún sentido joderme.

Callum y yo volvimos al coche aparcado fuera de la discoteca y yo cogí el volante para llevarnos a su casa. La noche se sentía ajetreada, llena de gente que salía de bares y discotecas, me fijé en algunas de las mujeres que vi por el camino. Probablemente, debería haber mantenido los ojos en la carretera, pero la adrenalina de la pelea me hacía sentir de una forma determinada, y sabía que no podía apagarla tan fácilmente.

"Gracias por ocuparte de ellos ahí atrás", me comentó Callum.

"Para eso estoy aquí, jefe", le contesté.

"No hace falta que me llames así". Se rio entre dientes. "No soy mi padre. ¿Recuerdas?"

"La fuerza de la costumbre", respondí encogiéndome de hombros. Él negó con la cabeza, pero yo sabía que no era un gran problema para él. Llevaba trabajando en este negocio el tiempo suficiente como para saber que la gente como Callum exigía cierto respeto, y nunca iba a olvidarlo.

Y menos ahora, cuando intentaba hacer del mundo un lugar mejor con su trabajo duro y su concentración. Puede que no fuera a lo que estaba acostumbrado, pero, después de casi quince años trabajando en este mundo de una forma u otra, sentaba bien estar del lado de los buenos por una vez. Bueno, de los menos malos, al menos.

Llegamos de vuelta a la casa, y él se dirigió a su ala para ver a Anna antes de irse a la cama. Sin embargo, yo estaba más interesado en tomarme una copa y me dirigí a la cocina para servirme algo fuerte. Estar en la discoteca, oír la música y oler el alcohol, me recordó cuánto tiempo hacía que no salía de fiesta y cuánto lo echaba de menos. Probablemente, debería haber agachado la cabeza, pero, maldita sea, me apetecía desahogarme y relajarme. Recoger a una chica, llevarla a casa, mostrarle exactamente cuánto la quería...

Vertí una generosa cantidad de vodka en un vaso y me apoyé en la encimera para beber un sorbo. Al hacerlo, sentí el pinchazo en el labio y fruncí el ceño al sentir el dolor. Empezaba a dolerme de verdad y sabía que probablemente empeoraría con el tiempo. Levanté la mano para tocarme el labio ensangrentado; maldita sea, estaba hecho un desastre. Tenía que curarme antes de hacer nada más...

"¡Dios mío, Trevor! ¿Qué te ha pasado en la cara?"

Me giré y me encontré de frente con Tala, la madre de Callum y antigua esposa de Mario. Parecía lista para irse a la cama, con el pelo rojo recogido en un moño en lo alto de la cabeza y la cara limpia de su maquillaje habitual, aunque sus ojos verdes no eran menos llamativos por ello. Me miró fijamente, con los ojos muy abiertos, y yo le negué con la cabeza.

"Nada", respondí. "Nada de lo que debas preocuparte".

"Tiene mala pinta", me dijo, dando un paso adelante y frunciendo el ceño. "¿Vas a hacer algo para detener la hemorragia?".

"Se detendrá a su debido tiempo", le contesté. Puso las manos en las caderas y me miró con la cabeza.

"Tienes que tener más cuidado con cómo te comportas", me regañó mientras abría el cajón y cogía una servilleta y alcohol. "No puedes dejar que estas cosas pasen, tienes que cuidarte...".

Dio un paso hacia mí y yo la miré dubitativo.

"¿Qué estás haciendo?"

"Ayudando", replicó ella, inclinando la botella contra la servilleta.

"No necesito tu ayuda", le dije, pero me pareció mucho más duro de lo que esperaba. Bajó la comisura de los labios.

"Cállate y cierra la boca", me contestó. Pensé que la mejor manera de acabar con esto era dejarla hacer lo que tuviera que hacer, me tomé el vodka e hice lo que me dijo.

La miré mientras me tocaba suavemente el labio con la servilleta, intentando no estremecerme cuando el alcohol me picó en la piel. Era lo más cerca que había estado de ella en todo el tiempo que llevaba trabajando para la familia. Cuando Mario estaba cerca, la había mantenido bajo llave, sin dejar que ningún otro hombre le pusiera los ojos encima. Y, desde que murió, estaba seguro de que me veía como una prolongación del marido que tan claramente le disgustaba. Hacía todo lo que podía para mantenerse alejada de mí, y yo no iba a intentar llamar su atención. Tenía mucho de lo que ocuparme por mi cuenta sin preocuparme de lo que ella hiciera...

"¿Qué haces levantada tan tarde?". Le pregunté cuando dio un paso atrás, tiró la servilleta y fue a lavarse las manos.

"No podía dormir", admitió. "Vine a tomar una taza de té para intentar relajarme".

"¿Te cuesta relajarte estos días?". Le pregunté con una sonrisa en los labios. Mira, el hecho de haber trabajado para su difunto marido no significaba que no pudiera ver lo atractiva que estaba: su cuerpo seguía siendo tan curvilíneo y tentador como siempre, y la ligera mancha de pecas sobre su nariz cuando no llevaba su maquillaje habitual era realmente bonita. Nunca me había parado a pensar en su aspecto cuando estaba casada, pero hacía años que estaba soltera y nunca la había visto con un hombre por aquí.

"Supongo que sí", respondió ella, apartando los ojos de los míos, como si fuera demasiado consciente de lo que yo quería decir.

"Deberías hacer algo al respecto", comenté, bajando ligeramente la voz mientras cogía de nuevo el vodka. Bebí un largo sorbo y dejé que mis ojos se clavaran en los suyos. Al ver cómo la miraba, sus mejillas se ensombrecieron al instante.

"Creo que estoy bien, gracias", me contestó, y se dio la vuelta rápidamente para salir a toda prisa de la cocina antes de que yo pudiera decir otra palabra. Llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos para dormir, y no pude evitar fijarme en la generosa curva de su culo bajo la tela. Maldita sea, tal vez me estaba bajando la adrenalina, pero ahora estaba muy buena.

Volví a beber lo que quedaba de vodka mientras mi mente empezaba a acelerarse. ¿Podría ir tras ella? Sabía que no debía. Sabía que probablemente aún me odiaba, dado que había trabajado tan estrechamente con su marido durante tanto tiempo. Pero, sin embargo, aquí estaba, curándome en la cocina, prácticamente insistiendo en acercarse a mí, diciéndome cómo le costaba relajarse...

Sí, sabía que tenía que intentarlo. Podría haber sido una locura, pero yo había ido tras conquistas más locas en mi tiempo. Y cuanto más loco y arriesgado era, más caliente se volvía cuando realmente las llevaba a la cama.

Me serví otro trago mientras mi mente empezaba a divagar sobre todas las formas en que podría tener a esa mujer justo donde la quería. Necesitaba algo que mantuviera mi vida interesante ahora que Callum se estaba dedicando a otros trabajos más decentes y respetables.

Porque yo no tenía un hueso de respetable en mi cuerpo. Y quería disfrutar de eso de todas las maneras posibles.

Capítulo Dos - Tala

Suspiré mientras me peinaba frente al espejo, mirándome fijamente y preguntándome cuándo había llegado a ser tan vieja.

Tenía cuarenta y nueve años, y sabía que aún me quedaban décadas de vida por delante si tenía suerte. Pero cuando me miraba al espejo, no podía evitar ver todo lo que me había perdido y lo vieja que había puesto mientras tanto. Arrugas alrededor de los ojos, la piel empezaba a perder parte de la elasticidad de antes; había intentado cuidarme bien, pero no estaba segura de cuánto iba a durar. Ya no era la adolescente que había sido la primera vez que me trajeron a este mundo, y cuanto más tiempo pasaba, más evidente se hacía.

Dejé a un lado el cepillo y desvié la atención de mi reflejo. Tenía que dejar de obsesionarme con mi aspecto. Había muchas otras cosas más importantes en las que centrarme, ¿verdad? Tenía que recordar lo afortunada que era de que las cosas me fueran tan bien últimamente. Callum se había casado, él y Anna estaban haciendo un trabajo increíble criando a Aidan y a su nueva hija, Tia. Podía vivir en esta casa con ellos, en un ala para mí sola, pasando todo el tiempo que quisiera con mis nietos, mi hijo y mi nuera a la que consideraba otra hija...

Y aun así, por mucho que intentara convencerme, me sentía sola. Muy, muy sola. No sabía cuándo iba a terminar, si es que alguna vez terminaría; había estado aislada del mundo durante muchos años y no tenía ni idea de cómo volver a salir y hacer amigos. O quizá aún más...

Las citas estaban fuera de mi alcance. Sabía que ningún hombre querría involucrarse en una familia con la historia que esta tenía, incluso si Callum estaba haciendo todo lo posible para tratar de cambiarla y mejorarla. Nadie querría entrar en este negocio si no formara ya parte de él, y de ninguna manera me iba a meter con otro capo de la mafia, como había hecho Mario.

Mario. Incluso ahora, pensar en su nombre me producía un escalofrío. Llevaba muerto más de una década, pero a veces, cuando no me lo esperaba, seguía sintiéndolo rondando por la casa. Me recordaba cuánto había hecho por mí, cuánto se había esforzado por crear una buena vida para mí y para nuestro hijo; lo había creído durante mucho tiempo, pero ahora podía ver a través de él.

Necesitaba creerlo para mantener la cordura. Porque si hubiera visto la verdad

detrás de las mentiras que me había contado todos esos años, si hubiera sido capaz de ver que me mantenía escondida, porque quería tenerme solo para él y no dejar que otro pusiera sus ojos en mí, me habría vuelto loca por todo aquello. Había estado escondida entre estas cuatro paredes, obligada a ocultarme la mayor parte de mi vida adulta, e incluso ahora que él se había ido, seguía sin sentirme exactamente segura al salir. Quizás era una cobarde, o simplemente estaba acostumbrada a una vida escondiéndome de todo lo que me rodeaba.

Por lo menos hoy me visitaba Diana; era algo que me hacía ilusión. Había sido mi peluquera por muchos años, una de las únicas personas con las que Mario me había dejado pasar tiempo. Supongo que sabía que ella no iba a intentar coquetear conmigo o robarme, como parecía suponer de todos los hombres. No importaba cuántas veces le dijera que no iba a ninguna parte, él siempre estaba paranoico, siempre seguro de que yo solo buscaba una forma de salir y huir de él. Tal vez debería haberlo considerado…

Diana y yo nos habíamos hecho amigas y yo le estaba muy agradecida por haberme soportado todos estos años. Realmente no tenía a nadie más, aparte de mi familia, esa conexión con el mundo exterior era algo que realmente ansiaba. Necesitaba apuntarme a una clase de baile o algo así, cualquier cosa que me sacara de aquí y me alejara de todos los recuerdos de cómo había sido mi vida cuando estaba atrapada con Mario.

Aún recuerdo muy bien cómo miraba al techo tumbada en la cama junto a él y me preguntaba si esto era todo, si esto era todo lo que iba a ser mi vida. Mi familia me había casado con él cuando yo apenas tenía diecinueve años, obligándome a pasar por el altar para llegar a un acuerdo entre ellos, un acuerdo del que Mario se había desentendido muy pronto, por supuesto, dejando a mi familia estacada e incomunicándome porque suponían que yo estaba de su parte. Él tenía casi cuarenta años cuando yo fui su novia, y nuestra noche de bodas no había sido lo que yo había fantaseado. Termine aprendiendo a abandonar mi cuerpo, forzándome a salir de mi mente para poder sobrevivir sin volverme loca. No estaba segura de si se había dado cuenta o no, pero dudaba que le importara. Para él yo solo era una máquina de hacer bebés. Afortunadamente, si había tenido su hijo; no estaba segura de lo que me habría hecho si le hubiera dado una hija. Había dejado claro que el único tipo de heredero que quería era un varón, el viejo cerdo sexista que había sido.

No estaba segura de cómo Callum había salido tan diferente, pero cada día daba gracias de que así fuera. No sé si habría sido capaz de soportarlo si hubiera sido el mismo hombre horrible que había sido su padre. Pero cuando vi cómo miraba a Anna,

cómo abrazaba a sus hijos, supe que no se parecía en nada a Mario. Se dedicaba a hacer del mundo un lugar mejor para sus hijos, y Mario solo se había dedicado a enriquecerse. Al final, el estrés le había matado, y a mí me habían lavado tanto el cerebro que realmente creía que Callum tenía que dar un paso al frente y hacerse cargo del negocio familiar. Al menos había sido lo bastante fuerte como para luchar contra las expectativas que Mario había depositado en él y ser el hombre que siempre quiso ser.

Me puse un vestido y un poco de rímel, no quería parecer demasiado agotada cuando Diana llegara. Sabía que se preocuparía por mí, y quizá tuviera motivos para hacerlo. Últimamente, no dormía bien, no paraba de dar vueltas en la cama y mi mente se llenaba de preguntas sobre lo que me había perdido y lo que debería estar haciendo con mi vida. Era demasiado mayor para pensar así, pero, después de todo lo que había pasado, ¿alguien podía culparme?

Lo resolvería. Con el tiempo. Tendría que hacerlo. Tenía que confiar en ello. Mientras tanto, Diana llegaría con una botella de vino para compartir en el jardín, y eso me bastaba.

Salí a recibirla a la puerta y me abrazó como siempre, con el aroma de su perfume de fresia llenando el aire que nos rodeaba.

"Me alegro de verte, Tal", exclamó, echándose hacia atrás y mirándome. "¡Te ves... genial!"

No parecía muy segura de lo último, pero no me interesaba mucho discutir con ella. Señalé con la cabeza la botella de vino que tenía en la mano.

"¿Quieres empezar con eso?". Sugerí, ella aplaudió y asintió. Aunque era un poco mayor que yo, Diana siempre parecía tener la energía de una mujer mucho más joven. Tenía varios hijos y se pasaba la mayor parte del tiempo corriendo detrás de sus nietos, según me contaba, así que tenía que tener mucha energía; la envidiaba.

"Hagámoslo", aceptó, y la llevé al jardín, donde había preparado unas copas para nosotras ese mismo día. El sol de la tarde estaba en lo alto del cielo y el aire era claro y tranquilo; habría sido la tarde perfecta para pasarla con una amiga, si no hubiera habido algo en mi mente que me decía que debería haber hecho algo más.

Nos sirvió a los dos un vaso generoso del vino blanco barato que había traído y se lo llevó a los labios, dando un largo sorbo y suspirando de satisfacción.

"Dios, qué bueno", comentó. "¡Me recuerda a cuando era adolescente y me colaba

en las discotecas!".

Sonreí y negué con la cabeza.

"No hice mucho de eso", admití. Ella se rio, ladeando la cabeza hacia mí.

"Oh, creo que es un rito de iniciación", respondió ella. "Consigues tu carné falso, entras a hurtadillas en el local delante de las narices del portero y usas el dinero de tu trabajo de los sábados para comprar todas las bebidas más baratas que puedas".

"No creo que nadie me identifique", respondí, haciéndome un gesto.

"No sé de qué hablas", se burló. "Te ves tan joven como siempre".

"Oye, no hace falta que seas mala", le respondí, y las dos nos reímos. Hacía tanto tiempo que éramos amigas que podíamos permitirnos esos momentos tontos, burlándonos la una de la otra sin ofendernos. Cuando había sido mi peluquera, me había parecido la única persona vagamente normal que había tenido en mi vida, y me alegraba mucho de tenerla cerca. Todos los demás me habían tratado como a una muñeca de porcelana, lista para romperse en cualquier momento, pero ella siempre me había hablado como a un ser humano de verdad.

"¿De verdad que nunca te ha gustado eso de ir de discotecas?", reflexionó Diana mientras bebía otro sorbo de vino. Negué con la cabeza.

"No, nunca", admití. "Me casé con Mario cuando tenía diecinueve años, ¿recuerdas?".

Puso mala cara.

"No me recuerdes a él", gimió. "Quiero olvidar que existió, muchas gracias".

"Yo también", murmuré. Intenté olvidarme de él todo lo que pude, pero habíamos estado juntos tanto tiempo, y él había exigido tanta de mi atención durante tantos años, que era imposible negar la influencia que había tenido en mí, en la persona en la que me había convertido, tanto si quería admitirlo como si no. Me removí en el asiento, esperando que no pudiera ver lo que pasaba por mi cabeza en ese momento.

"Aunque aún estás a tiempo de ponerte al día", comentó. Levanté las cejas.

"¿Qué quieres decir?"

"Salir de fiesta", exclamó. "Oh, vamos, sería tan divertido..."

"¿De qué estás hablando?" Me reí. Era imposible que hablara en serio ahora

mismo, ni loca. Puede que tuviera que ponerme al día, pero era demasiado mayor para salir de fiesta. Habría hecho el ridículo junto a todas las chicas jóvenes y guapas de la pista de baile. Ni siquiera sabía qué me pondría, qué haría...

"Ya soy demasiado mayor para todo eso", protesté.

"Nada de eso", me aseguró. "Seguro que te lo pasarías muy bien. Y te debes a ti misma darte la oportunidad ... "

"No creo que el resto de la ciudad merezca verme de fiesta", comenté. Ella negó con la cabeza.

"Te estás menospreciando demasiado", señaló. "No hay límite de edad para estas cosas. No hay límite de edad. Te debes a ti misma intentarlo al menos una vez".

"No podría salir sin que se convirtiera en un problema", respondí, tratando de cambiar mi enfoque para convencerla de que no era una buena idea. "Quiero decir, siendo mi marido quien era, alguien querría causarme problemas...".

"No si yo estaba allí."

Ambos giramos la cabeza y, para mi sorpresa, vi a Trevor apoyado en la puerta, escuchando nuestra conversación. Me irrité. No sabía qué hacía aquí, pero no me gustaba que estuviera escuchando a escondidas. Todavía tenía el labio un poco hinchado por el lío en el que se había metido la otra noche, y me di cuenta de que mi mirada se detenía en él un poco más de lo necesario.

"¿Qué estás haciendo?" Pregunté, un poco más a la defensiva de lo necesario. No me gustaba que estuviera a mi alrededor. Esperaba que Callum trajera un nuevo equipo de seguridad cuando Mario se fuera, pero había mantenido a la mayoría, y Trevor había ascendido hasta dirigir todo el equipo. Llevaba trabajando para Mario desde que era un adolescente, aunque yo no le había conocido hasta que cumplió los veinte y empezó a trabajar en la seguridad de la casa. Nunca me había gustado su actitud de malo ni su lengua afilada, aunque es cierto que había sido muy leal a mi marido.

Leal al hombre que me había controlado y tratado como una propiedad durante décadas.

De ninguna manera iba a confiar en él. Ayudarle con su herida la otra noche, era algo que cualquier persona decente habría hecho. Que no me cayera bien no significaba que no pudiera ver lo mucho que había hecho para ayudar a la familia, y no iba a tener el corazón tan frío como para ignorarlo.

"Si quieres salir, te llevaré", me dijo, con una sonrisa curvando sus labios. "Pregúntale a Callum. Si alguien va a ser capaz de mantenerte a salvo, soy yo".

"Soy perfectamente capaz de mantenerme a salvo", le respondí bruscamente.

"Acabas de decir que eso te preocupaba", respondió. Mierda. No podía negarlo, por mucho que deseara hacerlo. No quería darle la satisfacción de que me descubriera así. Había estado intentando hablar con Diana para que dejara el tema, pero estaba claro que él insistía en involucrarse, por mucho que yo deseara quitármelo de encima y seguir con mi vida.

"¡Deberías hacerlo, Tala!", me instó Diana, con una sonrisa en la cara. No tenía ni idea de a lo que me acababa de arrastrar. Yo no quería salir... bueno, sí quería, pero no con él. No con Trevor. Con aquella cabeza rapada, los tatuajes que le rodeaban los brazos y le subían por el cuello, y aquellos ojos grises y afilados, parecía un matón; en todo caso, atraería hacia mí más atención de la que yo deseaba, y eso era lo último que necesitaba ahora mismo.

"No, yo no... quiero decir, no quiero poner a nadie fuera..."

"No me estarías echando", me cortó Trevor. "Me ofrezco a ayudarte. Creo que te mereces un tiempo para relajarte. ¿No es eso lo que me dijiste la otra noche?".

Las cejas de Diana casi se dispararon cuando oyó esa parte. Sabía que pronto me iban a interrogar al respecto, pero ahora mismo no quería explicar por qué había estado hablando con él a altas horas de la noche. Me daba cuenta de que la única forma de quitármelos de encima era aceptarlo. Tal vez podría encontrar alguna forma de echarme atrás más tarde, alguna forma de no tener que llevar esto a cabo.

"Bien, bien", dije al fin. "Lo... lo pensaré".

Diana volvió a aplaudir y una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Trevor. Había algo en la forma en que me miraba, que me hacía sentir... No, en realidad no sabía muy bien cómo expresar con palabras lo que me hacía sentir, pero sabía que no importaba. Que hubiera dicho que si no significaba que tuviera la intención de seguir adelante, por mucho que ellos dos parecieran desearlo.

Tomé otro trago de mi vino blanco y bajé la mirada al suelo, sintiendo el calor de los ojos de Trevor quemándome en la piel. Oh, sabía muy bien lo que hacía.

Y estaba disfrutando cada momento.

Capítulo Tres - Trevor

"No puedo creer que esté haciendo esto", me dijo Tala mientras se preparaba en su habitación. Luché contra el impulso de echar un vistazo a la puerta; estaba seguro de que me habría dado una paliza si me hubiera pillado mirando, pero, maldita sea, la tentación era real.

"Ya oíste lo que dijo tu amiga", le recordé. "Necesitas relajarte. Ponerte al día con algunas de esas experiencias que no tuviste oportunidad de vivir antes, ¿verdad?".

"Supongo", murmuró, finalmente, apareció en la puerta. "¿Podemos irnos ya? ¿Antes de que cambie de opinión?"

Me detuve un momento y la miré de arriba abajo. Nunca la había visto así vestida. Mario siempre la había vestido con ropa modesta, probablemente preocupado de que alguien se diera cuenta de lo bien que estaba y le mostrara lo mucho que había en el mundo aparte de lo que le ofrecía su marido.

Llevaba un vestido verde esmeralda que resaltaba sobre su piel pálida y su pelo pelirrojo, resaltando los suaves tonos verdes de sus ojos; llevaba el pelo largo suelto alrededor de los hombros y una barra de carmín rojo brillante en los labios. Unos tacones negros la elevaban unos centímetros por encima de su altura normal, y sus largas piernas se veían muy sexis bajo la falda corta.

Aunque se habrían visto aún mejor envueltos alrededor de mí.

"Estás increíble", le dije. Volví a ver ese rubor en sus mejillas. Joder, me encantaba lo nerviosa que parecía ponerse cuando le hacía un cumplido, como si no supiera qué hacer consigo misma.

"Gracias", murmuró, bajando la mirada al suelo. Estuve a punto de pasarle una mano por debajo de la barbilla, dirigir sus ojos hacia los míos y decirle que siguiera mirándome, pero habría sido demasiado pronto. No, si iba a hacer esto, entonces iba a jugar tranquilo y dejar que ella viniera a mí cuando fuera el momento adecuado.

No había podido dejar de pensar en hacerla mía desde que nos encontramos en la cocina aquella noche, cuando volví de la reunión con Callum. Me había dado cuenta de lo buena que estaba antes, por supuesto, pero algo había cambiado en mí, algo que me decía que tenía que hacerla mía, costara lo que costara. Probablemente, porque las cosas eran menos intensas con el trabajo, y necesitaba encontrar algo más para obtener mi

dosis de adrenalina y tabú.

Cuando la oí hablar con su amiga de la posibilidad de salir de fiesta, supe que era mi oportunidad de entrar, de acercarme un poco más a ella. Estaba claro que no estaba segura de que fuera una buena idea, pero cuando se dio cuenta de lo bien que se lo podía pasar conmigo, supe que iba a cambiar de opinión.

Me encantaban las discotecas. Nada me gustaba más en el mundo que salir por la noche, ir a un club, atraer a una chica y empezar ese largo juego de coqueteo hasta que ella prácticamente me suplicaba que la llevara a casa. Y, por supuesto, siempre las complacía, tomando el control y dándole justo lo que querían. No sabía si las cosas iban a llegar tan lejos con Tala esta noche, pero si lo hacían, no me iba a quejar.

"Vamos", le dije, ofreciéndole mi brazo. Dudó un momento antes de cogerlo. Levanté las cejas.

"No muerdo", comenté. A menos que quieras que lo haga, pensé.

Me cogió del brazo y sentí la suavidad de su mano a través de la chaqueta que llevaba puesta. ¿Cuánto hacía que no estaba tan cerca de un hombre? Casi quise preguntárselo, pero estaba seguro de que me habría abofeteado por algo tan descarado. Y yo no quería mostrar mi mano tan pronto. Si algo había aprendido a lo largo de los años, era que era mucho más importante mantener la calma que ser obvio desde el principio, y tenía la intención de asegurarme de no revelar nada antes de estar preparado para hacerlo.

Había cogido el mejor coche de la colección en el garaje; había gastado la mayor parte de mis ganancias a lo largo de los años en vehículos que sabía que impresionarían a las mujeres de mi vida, y el elegante Mercedes azul que la esperaba la hizo detenerse.

"No necesito nada así", protestó ella, sacudiendo la cabeza. "Es demasiado llamativo..."

"No querrás parecer fuera de lugar cuando lleguemos al club", le recordé. "Todos los demás tendrán coches como este".

"¿En serio?", respondió ella, mordiéndose el labio. "Supongo que no... realmente no sé qué esperar. Nunca he hecho nada como esto antes ..."

Le abrí la puerta y se deslizó dentro.

"No te preocupes", le aseguré, agachando la cabeza dentro del coche y dedicándole una sonrisa. "Ya lo he hecho".

Subí a la parte delantera del coche, cogí el volante y la miré por el retrovisor. Le había comentado a Callum que esta noche le proporcionaría seguridad, aunque él no tenía ni idea de lo que hacíamos exactamente ni de adónde íbamos. Y, si podía evitarlo, lo mantendría así. Lo último que necesitaba era que se diera cuenta de la atracción que sentía por Tala. Él habría acabado esa mierda de inmediato, y yo quería ver hasta donde me llevaba.

Cruzaba y descruzaba las piernas, sentía sus nervios en el asiento trasero, mi mirada se fijó en la forma de sus muslos bajo el vestido. Joder, estaba buena. Había algo en sus nervios que me hacía sentir aún más atraído por ella, como si necesitara que alguien entrara y le enseñara cómo se hacía.

Alguien como yo.

Llegamos a la discoteca. Había elegido un lugar con clase, donde la clientela era un poco más mayor, y sabía que ella se sentiría más cómoda allí que en un local lleno de gente con la mitad de su edad.

Además, la gente que trabajaba aquí sabía quién era yo, y eso significaba que no intentarían ligar con ella. Tal vez fuera una torpeza por mi parte llevarla a un sitio donde sabía que no recibiría tanta atención, pero yo quería toda esa atención para mí, quería mantener sus ojos bien puestos en mí, pasara lo que pasara.

Le abrí la puerta y le tendí la mano para que saliera, pero me ignoró y se levantó sola. Me pregunté si se había dado cuenta de cómo la había mirado en el coche, si le había gustado o si estaba confundida por la atención que le estaba prestando.

"Ni siquiera sé qué debo hacer", admitió, mordiéndose el labio mientras miraba la cuerda de terciopelo sobre la puerta.

Me dirigí al portero, Marcus, y le saludé con la cabeza; él apartó la cuerda enseguida, ignorando la gran cola que esperaba su turno.

"¿No tenemos que esperar?", se inquietó Tala. "Me siento grosera pasando primero que toda esta gente..."

"No deberías", le dije. Dudó un momento y luego me siguió, cruzó el umbral y entró en el club.

Ya había música y la barra estaba abarrotada de gente que intentaba llamar la atención de la atractiva camarera para pedirle una copa. Ella al verme levantó una mano y me saludó, dedicándome una sonrisa coqueta para llamar mi atención.

"¿Por qué te mira así?", preguntó Tala.

"Nos conocemos", respondí. Era la verdad, más o menos. La parte operativa de la frase era "a grandes rasgos". Nos habíamos enrollado en el pasado y, aunque había estado bien, yo siempre estaba buscando a la siguiente chica que pudiera llevarme a la cama.

Y, por lo que a mí respecta, la tenía a mi lado.

"Déjame traerte un trago", sugerí. "Puedes echar un vistazo al lugar. A ver si hay algún tío bueno que te apetezca".

Sus mejillas se sonrojaron y me miró con los ojos entrecerrados.

"Solo estoy aquí porque quiero quitarme a Diana de encima", protestó. "No busco conocer a nadie. ¿Está claro?"

"Totalmente claro", respondí, mostrándole una sonrisa y un guiño.

Cogí una copa para los dos y la conduje a la sección VIP, un pequeño rincón del club elevado sobre la pista de baile y detrás de otra cuerda de terciopelo. Nos saludaron al vernos, Tala me miró de reojo.

"¿Qué tipo de reputación tienes aquí, exactamente?", preguntó. "Parece que consigues todo lo que quieres..."

"Soy un buen cliente", le contesté, y le tendí un vaso de vino. Ella lo miró, frunciendo el ceño.

"¿Cómo sabes que me gusta el vino blanco?", preguntó.

"Presto atención", le expliqué. "Entonces, ¿qué te parece? ¿Tu primera vez en el club?"

"Es... ruidoso", respondió, mirando a su alrededor, mirando hacia la pista de baile de abajo. "¿Se supone que debo estar bailando ahora?"

"Si quieres", comenté, apoyándome en la resbaladiza cabina de cuero de la sección VIP mientras me llevaba el whisky a los labios.

"No creo que sea una buena idea", me dijo, negando con la cabeza. "Quiero decir, no creo que haya bailado en mi vida. Aparte de mi boda, claro".

Su boda. En cuanto mencionó a su marido, sus hombros se encorvaron hacia sus orejas y pude ver la incomodidad escrita en su rostro. Casi me entraron ganas de insistir,

de averiguar qué pasaba exactamente por su cabeza cuando se trataba del hombre con el que había estado casada tanto tiempo. Era difícil creer que un hombre como Mario la hubiera dejado intacta más allá de la concepción de su hijo, pero quizá ella no tuviera mucha experiencia en ese sentido.

"¿Y tú?", preguntó, volviendo su atención hacia mí. Sus ojos verdes se clavaron en los míos por un instante, y olvidé por una fracción de segundo que debía estar aquí protegiéndola. Era una mujer muy sexy, a pocos centímetros de mí, con un vestido tan corto que ya me imaginaba subiéndoselo por las caderas y cogiéndola allí mismo.

"¿Bailar?" Comenté. "Sí, he hecho mi parte justa, supongo".

"¿Se te da bien?", me preguntó. Algo en su forma de hablar me dijo que no estaba preguntando exactamente por el baile en concreto; no, había algo más en su mente en ese momento, estaba seguro de ello, aunque no me lo hubiera confesado a mí ni a nadie.

"¿Quieres que te lo enseñe?", murmuré, inclinándome un poco más hacia ella. Observé cómo se le ponía la piel de gallina en el cuello, y lo único que deseaba era sentirla con mis dedos y ver cómo reaccionaba. Tragó saliva.

"Yo, eh...", soltó, tratando de recomponerse. Me di cuenta de que estaba nerviosa, pero me gustaba así. Necesitaba saber quién mandaba aquí. Sí, puede que trabajara para su familia, pero ahora era yo quien tenía el control.

Deslicé mi mano entre las suyas.

"Vamos", le dije. "No vas a tener la experiencia completa a menos que bailes conmigo ahora mismo".

"No sé si es buena idea", protestó, pero yo ya la estaba llevando a la pista de baile y ella me seguía. Me di cuenta de que un par de chicos miraban en su dirección y la agarré con más fuerza. Si creían que iban a acercarse a ella, estaban equivocados.

Una vez que la tuve en la pista, me volví hacia ella, deslizando mis manos alrededor de su cintura y acercándola.

Jadeó, sus ojos se abrieron de par en par ante mi contacto, pero, como por instinto, se arqueó ligeramente hacia mí, acercándose como si su cuerpo decidiera por ella. Le sonreí y vi cómo se le iluminaban los ojos al sentir mi contacto.

"¿Cuánto hace que no... bailas con alguien?". Le murmuré, enarcando una ceja para asegurarme de que supiera que no me refería a ir a la pista de baile. Sacudió la cabeza y pude ver cómo tragaba saliva.

"No lo sé", respiró. Oh, ahora me seguía el juego... ahora le gustaba. La música empezó a sonar a un ritmo bajo y sensual, y yo llevé mis manos a sus caderas, guiándola de un lado a otro al compás del ritmo.

"No soy buena en esto", soltó disculpándose.

"No necesitas ser buena en eso", le dije, levantando sus manos para que descansaran sobre mi hombro. "Solo tienes que dejar que la música tome el control por ti".

"No sé cómo..."

"Sí, lo sabes", le susurré, con los labios tan cerca de su oreja que pude ver cómo se estremecía al sentir mi aliento en su piel.

Se quedó callada un momento, dejándose llevar por la emoción. No podía creer lo jodidamente guapa que estaba mientras la miraba, la curva de su culo con aquel vestido, sus piernas largas y torneadas con aquellos tacones... Nunca había estado con una mujer mucho mayor que yo, pero siempre había sido una de mis fantasías. Mi visión de la vida era experimentar todo lo que se me ofreciera y, ahora mismo, sentía que ella se ponía a mi disposición en todas las formas que yo deseaba.

La canción palpitaba entre nosotros y estaba seguro de sentir cómo se le aceleraba la respiración, cómo su pecho subía y bajaba rápidamente. Me aparté un poco para poder mirarla a los ojos, y vi que estaban nublados por el deseo. Puede que aún no fuera capaz de expresarlo con palabras, pero sentía calor entre nosotros, su cuerpo anhelando y pidiendo a gritos un contacto que no había experimentado en tanto tiempo. Inclinó ligeramente la cabeza mientras me miraba, como esperando que la besara, y yo deslicé la mano desde su cadera hasta su cintura, acercándola...

Pero antes de que pudiera hacer el movimiento, sentí una mano en el hombro, tirando de mí bruscamente. Me di la vuelta y recibí un golpe en la mandíbula que me lanzó a través de la multitud.

"¿Quién coño crees que eres para aparecerte por aquí?", me gritó un hombre por encima de la música. Oía a la gente dispersarse a mi alrededor mientras sentía estrellas brincando en los bordes de mi visión.

"¿Cuál es tu puto problema?", le gruñí, acercándome a él. Era mucho más pequeño que yo y pareció reconsiderar su decisión de atacarme con tanta furia, dando un paso atrás de inmediato.

"Te has metido con mi novia", contestó, señalando con el dedo en dirección a la barra. La camarera -la novia de este tipo, supuse- hacía todo lo posible por fingir que la confrontación no se estaba produciendo en ese momento, con los ojos puestos en cualquier sitio, menos en su estúpido novio, que intentaba montar una escena.

"Tal vez deberías haber hecho un mejor trabajo satisfaciéndola", respondí con calma. "Y ella no habría tenido que venir a mí, ¿eh?"

Su rostro se ensombreció y volvió a abalanzarse sobre mí, pero le agarré por el cuello y tiré de él hacia mí para mirarle directamente a los ojos.

"Serías inteligente si dejaras esta mierda ahora mismo", le gruñí. Podía sentir que todos me miraban, pero no me importaba. Que lo hicieran. Si este tipo quería problemas, mierda, le daría todos los problemas que pudiera soportar. Separó los labios, claramente intentando pensar en algo que echarme en cara, pero se le ocurrió una fría nada.

Le aparté de un empujón y, cuando me volví, me sorprendió ver que Tala seguía allí de pie. Sus ojos estaban clavados en los míos, y me di cuenta de que no estaba contenta con lo que acababa de pasar.

"Quiero irme", me espetó.

"Tala, ignóralo", intenté, pero ella negó con la cabeza.

"Quiero irme, ahora. No me hagas repetirme".

Cruzó los brazos sobre el pecho y me dirigió una mirada dura con la que sabía que no podía discutir.

Apreté los dientes. No era exactamente como quería que fuera la noche. Aún recordaba cómo había sentido su cuerpo junto al mío, y me iba a costar mucho quitármelo de la cabeza.

Pero iba a tener que encontrar una manera. Porque ella ya había terminado conmigo, con esta noche, y mi oportunidad de sacarla de la casa y bailar con ella se me había escapado de las manos, gracias a mi completa incapacidad para mantener mi polla en mis pantalones, incluso cuando debería haberlo sabido mejor.

Capítulo Cuatro - Tala

Me dejé caer en la cama, masajeándome los pies ahora que por fin me los había quitado de los tacones. Dios, estaba agotada. Me estaba haciendo demasiado vieja para estas cosas, y debería haber sabido que no iba a salir bien.

Estaba muy cansada. Ir al club había sido agotador y no había salido exactamente como yo pensaba, aunque debería haberlo sabido. Había conseguido convencerme de que sería una buena idea, una buena oportunidad para salir un poco de mi zona de confort y disfrutar un poco más del mundo en general, pero estaba claro que no iba a tener tanta suerte. Estaba donde debía estar, de vuelta en mi cama, sola, y no iba a volver a cometer el mismo error, ni por asomo.

No podía creer que Trevor se hubiera peleado. ¿Un hombre, atacándole así, acusándole de robarle a su novia? Y, a juzgar por cómo le había mirado cuando había entrado, aquella camarera, no tenía sentido ni siquiera negarlo. Era obvio que algo había pasado entre ellos, y tal vez él merecía lo que había pasado, si todo eso era cierto.

Pero no me interesaba otro hombre en mi vida que causara problemas. Solo Dios sabía que ya había tenido bastante de eso. Se me había acabado la paciencia con los tipos que pensaban que era buena idea mover la polla y convertirlo en el problema de los demás. Y Trevor... bueno, debería haber sabido con solo mirar a Trevor que iba a ser uno de esos, por mucho que intentara negarlo. Sus músculos, su actitud, esos ojos grises afilados que parecían atravesarte... sí, era obvio que cualquier mujer se habría tropezado para llevárselo a la cama.

Además, la forma en que bailaba era... agradable, tenía que admitirlo. Nunca me consideré el tipo de mujer que se dejaría llevar por un hombre en una pista de baile... Dudaba que eso contara, con lo nerviosa que estaba. Pero la forma en que había tomado el control de mí, agarrándome y llevándome detrás de él, me había producido un cosquilleo en el cuerpo que no esperaba. Había pasado tanto tiempo sin saber qué hacer conmigo misma, pero con él cerca, ya no tenía ese problema.

Tenía que admitir que había algo... algo que me gustaba mucho de estar tan cerca de él. No recordaba la última vez que había estado tan cerca de un hombre, y sentir la fuerza de su brazo bajo su abrigo, oler su aftershave, ver cómo me guiaba, me excitaba de un modo que no había esperado.

Hasta que volví a la Tierra con un duro golpe cuando aquel tipo empezó a causar

problemas. No, eso no era justo, por lo que parecía, Trevor había sido el que había causado problemas, el que se había acostado con su novia. ¿De verdad era tan imbécil? No me gustaban los infieles, ni los que lo hacían, ni los que perdonaban. Mi marido había tenido algunas aventuras mientras estuvimos juntos, pero sabía que se habría ensañado conmigo si yo hubiera mirado a otro hombre. Estaba claro que había una razón por la que Trevor había sido feliz trabajando con él durante tanto tiempo: ambos compartían los mismos valores.

Nunca debí permitirme salir con él. Nunca debí permitir que Diana me convenciera de hacerlo. Al menos ahora podría decir que lo había hecho; ella no podría convencerme de volver a hacerlo.

Había estado intentando abrir un poco mis horizontes, pero ahora, lo sabía mejor. No iba a volver a cometer ese error, ni por asomo. Tenía que haber otras formas de abrirme a cosas nuevas, formas que no implicaran meterme en un club sudoroso con un hombre al que apenas conocía.

Un hombre que no podía negar que se veía muy, muy bien esta noche. No es que fuera a pasar nada entre nosotros, obviamente, siendo él dos décadas más joven que yo. Dudaba que me viera como algo más que un caso de caridad, yo era alguien a quien él podía sacar a bailar porque nadie más lo haría. Puede que estuviera intentando caerle bien a mi hijo, dándome la oportunidad de salir para que Callum no tuviera que hacerlo.

Aún recuerdo lo que sentí cuando sus manos se deslizaron hasta mi cintura y me acercó a él, cómo se me erizó la piel, cómo me sonrió y me hizo revolotear el estómago de excitación. Nunca había estado con nadie más que con Mario, e incluso entonces me había forzado a pasar por esos encuentros para mantenerlo contento. El deseo real, la necesidad real, siempre había estado totalmente ausente en mí, y había estado aislada de él durante tanto tiempo que ni siquiera estaba segura de tener un camino de vuelta.

Cerré los ojos, me tapé con las sábanas e intenté dormir. Pero mi mente se agitaba mientras estaba allí tumbada, pensando en cosas que hacía mucho tiempo que ni siquiera me planteaba. Lo que sentiría si me tocaran, si me besaran, sí... me follaran. Realmente follada. Me había negado ese deseo desde que tenía memoria, pero el contacto de Trevor había encendido algo en mí que no podía ignorar.

Sentí un cosquilleo cálido entre las piernas y me retorcí, apretando los muslos. Hacía años que no me tocaba, la verdad. Lo había intentado varias veces, pero siempre me sentía culpable o distraída y acababa desistiendo antes de llegar a ninguna parte.

Pero ahora, al pasar la mano por el bajo vientre, sentí un cosquilleo de excitación. Tal vez...

Introduje la mano entre mis piernas, rozándome los labios, comprobando lo sensible que estaba ahora mismo. Dejé escapar un gemido involuntario, sorprendiéndome a mí misma, y luego cerré la boca, con los ojos abiertos de par en par mientras miraba a mi alrededor, como si pudieran haberme pillado en cualquier momento. Sabía que no tenía por qué ser tan paranoica, pero sentía que estaba haciendo algo que no debía.

Volví a cerrar los ojos y moví la mano entre las piernas, intentando concentrarme en la sensación, en lo que sentía. Era mi cuerpo y podía hacerme sentir bien como quisiera.

Mi mente empezó a derivar de inmediato, a derivar hacia el hombre que me había sacado esta noche. Podía sentirlo contra mí de nuevo, verlo mirándome, pero esta vez, no había nada que le impidiera besarme.

Jadeé mientras movía la mano entre mis piernas, casi capaz de sentir su boca contra la mía. Sabía que me besaría con fuerza, acercándose a mí, metiéndome la lengua en la boca como si quisiera poseerme. Y yo le devolvería el beso. Le devolvería el beso de verdad, deslizaría las manos por su cabeza afeitada, trazaría la forma de sus tatuajes bajo mis dedos. Mis caderas empezaban a moverse, a bailar contra mi mano mientras me sentía más y más necesitada a cada segundo que pasaba.

Lo quería encima de mí. Quería ver cada centímetro de él, delante de mí. Quería que empujara dentro de mí y me llenara hasta el borde, que no quedara espacio entre nosotros, mientras me rodeaba con sus brazos y tiraba de mí. Casi podía imaginármelo, la forma en que me tocaría y tomaría el control, igual que había hecho en el club; cómo cada parte de mí sería incapaz de resistirse mientras lo rodeaba con las piernas y tiraba de él hasta el fondo. Su boca en mi cuello, su voz en mi oído, diciéndome lo bien que lo estaba haciendo, lo buena que era, lo mucho que me deseaba...

Apreté los muslos contra la mano cuando llegué al orgasmo y me mordí el labio para no hacer ruido. Los ojos se me abrieron de golpe y las imágenes que me habían estado recorriendo la cabeza se disiparon de repente. Sentía el placer palpitando entre mis piernas, palpitando y consumiéndome, hasta que empezó a desvanecerse y volví a ser yo misma.

Y el darme cuenta de que acababa de masturbarme pensando en tener relaciones

sexuales con uno de los hombres que habían trabajado para mi marido.

Me levanté de un salto y fui a lavarme al baño para intentar volver a la Tierra. Me miré en el espejo y me eché un poco de agua en la cara. Todavía tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, y parecía más joven de lo que había sido en mucho, mucho tiempo.

Eso fue lo que me hizo. Así fue como me hizo sentir, como si fuera fresca, nueva. Intacta de nuevo, incluso después de todo lo que había pasado.

Pero un hombre así... sabía que era una mala idea, en todos los sentidos. Y un pequeño enamoramiento no iba a hacer que se me olvidara fácilmente. No era tan estúpida.

¿Lo era?

Capítulo Cinco - Trevor

"Gracias", le dije al repartidor mientras levantaba el ramo de flores de sus brazos. Levantó las cejas, claramente incrédulo.

"Supongo que tienes algo por lo que disculparte", comentó. Me reí entre dientes.

"Supongo que sí", le contesté, y le di una buena propina antes de que siguiera su camino, comprobando que las dos docenas de rosas rojas que había encargado para Tala habían llegado enteras.

Sí, sabía que era mucho. Y también sabía que, para alguien como Tala, alguien un poco mayor y anticuada en su forma de llevar las relaciones, esto era exactamente lo que yo iba a necesitar para compensar lo que había pasado la otra noche.

Habían pasado un par de días desde que la llevé al club y, desde entonces, parecía haber hecho todo lo posible por evitarme. Pero yo sabía que ella también lo había notado, que había sentido la tensión y la atracción que había entre nosotros, la necesidad y el deseo que habían difuminado los límites de lo que sabía que era bueno para ella. Puede que nos interrumpieran antes de que pasara algo, pero lo único que conseguí fue estar aún más seguro de que la deseaba.

Necesitaba hacerla mía.

No recordaba la última vez que había estado tan obsesionado con una mujer. Normalmente, podía conseguir lo que quería y seguir adelante con mi vida, pero con Tala, ella había estado atascada en el fondo de mi mente desde que me había ayudado a limpiar después de esa noche. Quería saber qué le pasaba por la cabeza, por qué parecía tan decidida a evitarme y qué podía hacer exactamente para remediarlo.

Estas rosas eran mi excusa para volver a hablar con ella. Sabía que le encantaban las flores, al menos a juzgar por cómo admiraba las del jardín durante el verano, y quería demostrarle que le había prestado atención. Una mujer como ella estaba acostumbrada a que la sedujeran, y yo iba a tener que demostrarle que valía la pena prestarme atención.

Me dirigí a su ala de la casa, más allá de la puerta principal, vigilada por unos cuantos guardias. Las cosas se habían calmado en los últimos meses, pero eso no significaba que tuviera prisa por relajar la seguridad. El encuentro con Gregory la otra noche me había servido para recordar que aún había mucho peligro en este mundo y que

haría bien en mantenerme alerta.

Sobre todo teniendo en cuenta que parecía haberme granjeado enemigos que ni siquiera conocía en lo que se refería a mi vida privada. El encontronazo en el club con el tipo con cuya novia me había acostado me lo había dejado claro, y no iba a olvidarlo pronto. A veces olvidaba el caos que podía provocar el mero hecho de ligar. Estaba tan acostumbrado a hacerlo todo el tiempo que el sexo había llegado a significar menos para mí de lo que parecía para la mayoría de la gente.

Lo que debería significar, lógicamente, que no estaba tan obsesionado con llevarme a Tala a la cama, pero nada parecía funcionar para sacármela de la cabeza. Nada. Por mucho que intentara, volvía a ella, volvía a pensar en ella bailando conmigo. Nunca había pensado que una mujer de su edad pudiera excitarme como lo hacía ella, pero, cuando se trataba de tomar el control, supuse que era aún más impactante si podía hacerlo con una mujer mucho mayor que yo. Una mujer que realmente se conocía a sí misma, entregándome las riendas a mí... sí, me excitaba más de lo que me importaba admitir.

Cuando llegué a su dormitorio, la oí tararear y me detuve fuera para serenarme. Normalmente, nunca me ponía nervioso cuando se trataba de hablar con una mujer; no, nerviosismo no era exactamente, solo quería estar muy seguro de decir lo correcto. Sabía que probablemente tenía dudas sobre mí después de lo que había pasado en el club, después de ver las pruebas contundentes de las mujeres con las que había estado antes. Ninguna chica quería sentirse como una más en una larga lista, y yo tenía que asegurarme de que ella no lo viera así.

Llamé a la puerta y entré en la habitación. Ella se giró para ver quién estaba allí y, cuando vio las flores que tenía en las manos, sus ojos se abrieron de par en par.

"¿Para quién son?", jadeó.

"Para ti", respondí. "Quería disculparme por lo de la otra noche".

"¿De qué estás hablando?", respondió, con las manos en las caderas, a la defensiva. Volviendo a las andadas, dudando ya de lo que yo intentaba hacer y de si quería o no permitírmelo. Le di las rosas y las cogió casi por instinto. Su profundo aroma floral llenó la habitación que nos rodeaba, embriagador, y supe que ella también podía sentirlo.

"Nos interrumpieron en el club", respondí, bajando ligeramente la voz mientras daba un paso hacia ella. "Y no quería que esa fuera tu impresión de mí".

"¿Qué, que eres un mujeriego que se mete en las relaciones de los demás?", replicó, tirando las flores junto a su cama. Uno de los pétalos se desprendió y cayó a sus pies, me arrodillé para recogerlo, tan cerca de sus piernas desnudas que podría haber estirado la mano para tocarlas allí mismo. Sabía que ella podía sentir esa cercanía entre nosotros, lo cerca que estábamos, lo fácil que me habría resultado hacer un movimiento, pero no iba a presionarla. Quería que fuera ella la que me tocara, la que cediera a esta necesidad entre nosotros.

Quería que suplicara por mí.

"Algo así", respondí mientras me enderezaba, sin dejar de mirarla ni un momento. Sus labios se entreabrieron ligeramente, como si quisiera decirme algo más, pero se lo pensó mejor. Volvió a cerrar la boca y negó con la cabeza.

"Bueno, gracias por las flores", respondió. "Pero no necesitabas hacer eso".

"Sé que no era necesario", le aseguré. "Pero quería hacerlo".

Se mordió el labio. Joder, me parecía tan sexy como me estaba mirando, que quería agarrarla, empujarla a la cama y demostrarle lo mucho que la deseaba, pero sabía que tenía que contenerme. Por ahora, al menos. Aunque me dolieran todos los huesos del cuerpo.

"¿Querías?", repitió en voz baja. Aún no estaba lista para que me fuera. Podía haber dicho que no me quería aquí, pero me di cuenta de que su deseo la dominaba.

Asentí con la cabeza y extendí la mano para rozar sus dedos, un roce casual que podría haber pasado por accidental, pero ella sabía tan bien como yo que no lo era.

"Cuando bailamos la otra noche", comenté, inclinando ligeramente la cabeza y dejando que mi mirada descendiera hasta su boca suave y llena. "Sé que sentiste lo mismo que yo".

Tragó saliva.

"No sé de qué estás hablando", protestó, intentando mantener la voz neutra, pero yo intuía lo que estaba pasando. Sonreí.

"¿Estás segura?", murmuré. "Puedo recordártelo, si quieres. Tenía las manos así..."

Llevé mis manos a sus caderas y ella inhaló bruscamente, pero no se apartó. Bajó la mirada hacia mis dedos, como si comprobara que esto estaba ocurriendo de verdad, y luego volvió a centrarla en mí. Por la expresión de sus ojos, me di cuenta de que

recordaba, tan claramente como yo, lo bien que se habían sentido nuestros cuerpos al moverse juntos, el sentido que habían tenido, lo mucho que me había deseado.

Se quedó allí un momento, sin apartar los ojos de los míos, y prácticamente pude sentir el latido de su corazón en el pecho. No me moví, apreté un poco más sus caderas y la acerqué un poco más, mostrándole lo fácil que habría sido para ella ceder a esta tensión...

Y, finalmente, me besó. Me cogió la cara con las manos y me besó, con una boca frenética y hambrienta, apretando sus labios contra los míos. Deslicé las manos hasta su cintura, la rodeé con los brazos, separé sus labios con la lengua y me introduje en su boca. Quería probarla, cada parte de ella, cada centímetro que me diera. Lentamente, acerqué mis manos a su pelo, hundiéndola en su melena pelirroja e intensificando el abrazo. Ya era tarde y nadie vendría a buscarnos si queríamos ir un poco más lejos...

Pero, antes de que pudiera hacer el siguiente movimiento, ella se apartó, alejándose de mí rápidamente.

"¿Qué pasa?", le murmuré. Tenía las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos, con la necesidad escrita en la cara. Sacudió la cabeza y se acercó a la boca que acababa de presionar contra la mía.

"Yo... no puedo hacer esto", soltó.

"¿Por qué no?", murmuré.

"Porque... porque no está bien", me dijo. Sonaba como si estuviera intentando convencerse a sí misma más que a nadie, y deseé que hubiera alguna forma de hacerle entender que no tenía por qué negarse a sí misma lo que tan claramente deseaba. Pude ver cómo su pecho subía y bajaba rápidamente, señal inequívoca de lo excitada que estaba, cómo su mandíbula se tensaba como si lo único que quisiera fuera lanzarse sobre mí ahora mismo y continuar justo donde lo habíamos dejado.

Apartó la mirada de mí y le puse un dedo debajo de la barbilla, inclinándola hacia arriba para que tuviera que mirarme a los ojos. Me miró nerviosa y me di cuenta de lo mucho que le costaba.

"¿Por qué no está bien?", le pregunté. "¿No quieres esto?"

"No, lo quiero", respondió, y luego, sacudió la cabeza. "Quiero decir... yo no. No. Yo... no sé. Solías trabajar para mi marido, y eres mucho más joven que yo, simplemente no veo la manera de que pueda hacer esto sin sentirme como una ... "

Se interrumpió de nuevo, luchando por encontrar las palabras para expresar lo que realmente pasaba por su cabeza.

"¿Sin sentirme como un qué?", le pregunté. Me apartó la mano, con los hombros caídos.

"No puedo", admitió, y bajó los ojos al suelo. Todo su cuerpo temblaba, como si la electricidad recorriera cada centímetro de su cuerpo en ese momento.

Di un paso atrás para dejarle espacio. No iba a presionarla más de lo que estaba preparada. Si decía que necesitaba tiempo, bien, podía tenerlo.

"No pasa nada", le aseguré, pero debió de ver la expresión de mi cara, porque entrecerró un poco los ojos.

"Hablo en serio", protestó. "No podemos hacer esto. No puedo hacer esto..."

"No hay problema", respondí, intentando contener la sonrisa que amenazaba con delatarme. Me di la vuelta y salí de la habitación antes de que pudiera decir una palabra más, antes de que encontrara la forma de seguir convenciéndose a sí misma. Tanto si estaba dispuesta a admitirlo como si no, aquí había algo real, un deseo que no podría negar durante mucho tiempo.

Y sabía que no iba a tener que esperar mucho para que finalmente se entregara a ella y viniera a mí, suplicándome lo que más ansiaba.

Capítulo Seis - Tala

"¿Lo besaste?"

A Diana casi se le salen los ojos de las órbitas cuando oyó lo que tenía que decirle. Bajé la mirada y asentí.

"Lo sé, lo sé", respondí, rodeando con la mano la taza de café que tenía delante. Había convocado una reunión de emergencia con Diana aquella tarde, mi cabeza seguía agitada, igual que cuando vi a Trevor salir de mi habitación. No sabía qué hacer conmigo misma, ni siquiera sabía por dónde empezar con la maraña de emociones que corrían por mi mente.

Ese beso... Dios, ese beso. Sabía exactamente lo que hacía cuando vino a mi habitación con aquellas flores, estaba segura. La mirada en sus ojos al acercarse a mí, había estado dispuesto a hacer lo que fuera para que yo cediera a sus insinuaciones, ¿y qué había hecho yo? Me había adelantado y había dejado que sucediera. Y ahora, estaba más confundida que nunca, con la cabeza corriendo en un millón de direcciones diferentes a la vez mientras intentaba controlarme y averiguar qué iba a hacer a continuación.

Diana era la única persona con la que podía hablar de todo esto. Por mucho que Callum hiciera todo lo posible por cuidar de mí, esto iba mucho más allá de su ámbito como hijo, y Anna tampoco habría sido capaz de manejarlo. No, necesitaba el consejo de una amiga ahora mismo, antes de cometer un error del que sabía que no podría dar marcha atrás.

"Esto es increíble", exclamó Diana.

"¿Te parece increíble?", respondí, confusa. No estaba segura de haberlo descrito así. Bueno, el beso lo había sido, eso estaba claro. Me había empujado y provocado hasta que no pude hacer otra cosa que plantar mis labios contra los suyos, y tenía que admitir que el beso en sí había sido increíble. La sensación de sus manos moviéndose por todo mi cuerpo, los dedos en mi pelo, la lengua en mi boca, como si estuviera hambriento de mí y lo hubiera estado desde que tenía memoria. No estaba segura de haber sentido a un hombre desearme así antes, e incluso ahora, pensarlo era suficiente para que un calor hirviera en mi vientre.

Pero las implicaciones eran demasiadas como para llevarlas más lejos. ¿No es así?

No se trataba solo de liarme con alguien que trabajaba para la familia, sino de liarme con alguien que había trabajado para mi marido durante años, alguien que además era varias décadas más joven que yo. No era posible que nada de lo que tuviéramos juntos fuera a durar, y la idea de tener que verle todos los días si algo salía mal y yo no podía recuperarme me ponía un poco enferma.

Por no hablar también de la reputación que tenía. Había visto cómo se le había echado encima aquel hombre cuando habíamos salido juntos, y dudaba que yo tampoco me librara de ese tipo de caos. No quería ni pensar en la cantidad de mujeres con las que había estado y en cómo estaría yo a su altura... o no. Me mordí el labio, intentando dar sentido al caos que había en mi mente en aquel momento.

"Sí, de verdad", me dijo Diana, acercándose para darme un cálido apretón en la mano. "Has pasado por muchas cosas, y por la forma en que Mario te trató, sé que nunca llegaste a explorar... esa parte de ti misma".

"¿Esa parte de mí?"

"Ya sabes, la parte sexual", contestó Diana, bajando ligeramente la voz y mirando a su alrededor como para asegurarse de que nadie la escuchaba. "Y te lo mereces. De verdad que sí".

"No sé nada de eso", murmuré, sacudiendo la cabeza. "Estuve casada mucho tiempo, tuvimos... quiero decir, hicimos todo eso".

"Sí, pero nunca te sentiste realmente atraída por él, ¿verdad?". Diana señaló.

"¿Cómo lo sabes?", respondí, un poco más a la defensiva de lo que debería.

"Vi cómo estaban juntos", me explicó. "Lo llevabas escrito en la cara. He visto gente que está realmente enamorada, ya sabes, realmente enamorada, y eso nunca fue lo que vi con ustedes dos."

"Supongo... supongo que tienes razón", confesé. No quería tener que decirlo en voz alta. Me resultaba humillante admitir que estaba tan desconectada de esa parte de mí siendo una mujer adulta. Debería haber sido mejor con todo esto.

"No es nada de lo que avergonzarse", me dijo rápidamente, dedicándome una sonrisa. "Muchas mujeres de nuestra edad no tienen la oportunidad de explorar todo esto. Se casan jóvenes y están con el mismo hombre toda la vida, y acaban a nuestra edad enfrentándose a la realidad de que no saben realmente lo que les gusta o quién les gusta".

Sabía quién me gustaba. Sabía quién me gustaba. Pero me resultaba difícil admitirlo cuando sabía lo peligroso que podía ser. Trevor era un guardaespaldas, después de todo, un ejecutor. Llevaba la violencia en las venas, y yo me había prometido a mí misma que me mantendría alejada de ese mundo todo lo posible después de la muerte de mi marido.

Pero, ¿podría? Cuando viviéramos el uno en la misma casa que el otro, ¿realmente iba a ser tan fácil? Porque cada vez que pensaba en él, era como si todo mi sistema diera vueltas, encendiéndose con un deseo que nunca antes había sentido. No sabía cuánto tiempo podría seguir escondiéndome de él sin perder la cabeza.

Sin entregarme a él como realmente quería.

"Creo que deberías ir a por él", comentó. "Lo vi, es realmente guapo, y un joven así, sabes que va a tener toda la resistencia ..."

Solté una risita.

"Creo que nunca te había oído hablar así", le dije, y ella se encogió de hombros, sonriéndome.

"Oye, no estoy ciega", respondió ella. "Reconozco a un hombre atractivo cuando lo veo. Y traerte flores, además... Parece un romántico".

"O tal vez solo un jugador", señalé. "Sabe lo que necesita hacer para llevarme a la cama".

"Aún mejor", respondió. Fruncí el ceño.

"¿Qué quieres decir?"

"Será más fácil para ti no involucrarte demasiado emocionalmente si él solo busca divertirse", señaló. "No tienes que involucrarte con él. Simplemente, toma lo que quieras, sea lo que sea, y luego sigue con tu vida".

"Supongo", murmuré. Estaba empezando a convencerme, y yo sabía que eso era muy peligroso. No estaba segura de que fuera una buena idea, pero cada vez estaba más tentada de hacer lo que ella decía y dejarme llevar por el deseo que bullía en mi interior.

"Ya ni siquiera sé cómo... hacer nada de eso", protesté, tratando de idear alguna forma de desechar la posibilidad. "Ha pasado tanto tiempo... que ni siquiera tengo nada sexy que ponerme...".

"Entonces déjame llevarte hoy de compras de lencería", se ofreció, y aplaudió

emocionada. "¡Oh, vamos, sí! Suena muy divertido".

"No necesito que hagas eso", le contesté, y ella alzó las cejas e inclinó la cabeza hacia un lado.

"No me estás obligando a hacerlo", señaló. "Me estoy ofreciendo. Porque quiero ayudarte. Porque creo que te lo mereces, Tala, aunque ahora mismo no estés segura".

Me gustaría poder convencerme de que no lo hiciera, pero cuanto más hablaba con ella de ello, más claro lo tenía. Quería hacerlo. De verdad, de verdad que lo quería. Lo deseaba, aunque estaba segura de que debería haberlo sabido. Mi cuerpo clamaba por el suyo, y aquel beso había encendido un deseo ardiente dentro de mí que no podía apagar.

Hacía años que no me permitía algo tan egoísta como esto. Tal vez fuera una buena idea. Me había prometido a mí misma que sería más aventurera, ¿verdad? Este podría haber sido el mejor lugar para empezar a hacerlo realidad.

"Está bien", respondí, y ella mostró su gran emoción.

"Brillante", dijo. "Tengo una amiga que tiene una pequeña boutique al otro lado de la ciudad; llamaré a un taxi y podemos ir allí ahora mismo".

Sentí una efervescencia de excitación en el estómago. Podía decirme a mí misma que solo estaba comprando lencería para mí, que solo estaba comprando algo con lo que sentirme guapa, pero sabía que no era así. No, comprara lo que comprara, iba a ser para él. Quería comprar un vestido para que me lo arrancara, con sus fuertes manos sobre mí, moviéndose por mi pelo, por mi espalda, por mi cintura, y más abajo, más abajo...

Subí al taxi con Diana unos cuantos minutos más tarde, me llevó al de su amiga; la amiga resultó ser una mujer joven y dulce que estaba entusiasmada con la idea de que me probara algo nuevo, elegí algunas de las prendas más recatadas para probármelas. Pequeños camisones con aberturas alrededor de los muslos y, debajo, unos conjuntos de seda roja suave que quedaban realmente bien sobre mi piel.

Nunca me había visto con algo así. El día de mi boda, había llevado esta lencería de encaje rasposo debajo del vestido, pero odiaba cómo me quedaba, anticuada y pasada de moda. ¿Pero esto? Esto era... diferente. O tal vez era solo el hecho de que el hombre que tenía en mente cuando lo elegía estaba tan lejos de la última vez. Casi podía imaginarme la cara que pondría Trevor cuando me viera con el puesto, la forma en que su mirada se deslizaría apreciativamente por mi cuerpo mientras me miraba.

"Me lo llevo", solté a través de la cortina, y oí a Diana aplaudir entusiasmada. No

estaba dispuesta a dejar que nadie más me viera con ese atuendo, pero tal vez no importaba.

Tal vez solo había una persona que necesitaba verme así para él.

Pagué y Diana me dio un abrazo y consultó su reloj.

"Tengo una cita a la que ir", me dijo. "Pero hazme saber cómo va, ¿de acuerdo?"

"¿Cómo va el qué?", pregunté, fingiendo ignorancia. Ella se rio.

"Oh, ya sabes", respondió, enarcando las cejas de forma sugerente. Sonreí, un poco nerviosa, pero mi cabeza empezaba a aclararse. Sabía lo que quería.

Cuando regresé a la mansión, me di un largo baño, pensaba en las prendas que me esperaban en la cama. Sentía cómo el corazón me latía en el pecho mientras intentaba decidir si realmente estaba a punto de hacerlo. Aún podía echarme atrás, si así quería, si no estaba preparada. Aún podía dejarlo atrás y olvidarlo como nada más que una fantasía, el beso como nada más que un error.

Pero entonces, al salir de la bañera y mirar la lencería, supe que no podía parar. Tenía que seguir adelante. Iba a torturarme con todas las preguntas, todas las dudas, todos los "y si..." si no hacía lo que mi cuerpo me pedía ahora mismo.

Y a veces hay que lanzarse de cabeza, ¿no? Averiguar qué te esperaba al otro lado, aunque pareciera imposible, aunque te pareciera lo más aterrador del mundo.

Esperé a que la casa estuviera en silencio y me puse mi ropa nueva, deslizando una bata sobre mí para al menos fingir que estaba vestida debajo. Sentía un hormigueo en las plantas de los pies mientras avanzaba por la casa, con cada fibra de mi ser ardiendo a medida que me acercaba más y más a mi objetivo. ¿Lo estaba haciendo? ¿Lo estaba haciendo de verdad?

Antes de darme cuenta, estaba frente a su puerta. A pocos metros de él. Era mi última oportunidad de echarme atrás, si quería aprovecharla, y una parte de mí quería hacerlo, una parte de mí quería olvidar que había llegado tan lejos y volver a mi habitación, donde podría mantener todo esto como una fantasía.

Pero ya había vivido así demasiado tiempo. Necesitaba hacer una jugada, o todo iba a seguir igual. Levanté la mano y estaba a punto de llamar a su puerta cuando, de repente, se abrió delante de mí.

"Trevor", jadeé. ¿Cómo había sabido que yo estaba allí? ¿Acaso importaba cuando

me miraba así? Estaba sin camiseta y solo llevaba un pantalón de chándal gris. Debajo de la tela, incluso ahora, podía ver cómo se agitaba, y me daba vueltas la cabeza pensar en lo mucho que me deseaba.

"Quítate esa bata", ordenó. Su voz era firme y no dejaba lugar a discusiones. Como en una especie de trance, me quité la bata de los hombros y la dejé caer al suelo, a mis pies. Expuesta, sentí el aire frío que me punzaba la piel. Su mirada recorrió mi cuerpo lentamente, observando la suave tela que me acunaba; nunca me había sentido tan desnuda. Porque no solo me miraba, y observaba. No, era como si me devorara con los ojos, disfrutando de verme delante de él, disfrutando del poder que tenía sobre mí para poder decirme que me quitara la bata y que le obedeciera de inmediato.

Dio un paso adelante y quedamos a pocos centímetros. Mi respiración se aceleraba, cada vez más fuerte, y sabía que no iba a poder controlarme mucho más.

"Estás jodidamente perfecta", me gruñó, mientras deslizaba sus manos a ambos lados de mi cara, atrayendo mi mirada hacia la suya. Y entonces, finalmente, plantó sus labios contra los míos una vez más y me besó como es debido.

Capítulo Siete - Trevor

La arrastré hasta el umbral y entramos a mi dormitorio, cerrando la puerta tras ella para que no nos molestaran. La sensación de su suave piel bajo mis manos, joder, me excitaba como ninguna otra cosa. Que viniera a mí así, claramente tan nerviosa, pero tan deseosa de no poder contenerse más... era exactamente lo que había estado esperando.

Y, con aquella lencería tan escasa, estaba tan preciosa que no pude controlarme. Hundí los dedos en sus caderas, deslizándolos bajo la tela de sus bragas, y ella gimió contra mis labios.

"Te arreglaste para mí", murmuré, y ella asintió.

"Yo... realmente no sé lo que estoy haciendo", confesó mientras se retiraba y me miraba. "Yo... no he estado con nadie en mucho tiempo..."

"No te preocupes", le aseguré, sonriendo mientras apretaba mi cara contra su cuello. "Yo te enseñaré".

La agarré y la hice girar para que quedara de cara a la cama. Apoyé mi mano en la parte baja de su espalda y la incliné frente a mí. Pasé las manos por su culo y admiré las curvas de su cuerpo, listo y esperándome. Me miró por encima del hombro, con los ojos verdes muy abiertos mientras esperaba a que hiciera mi siguiente movimiento, y mi cabeza se llenó de posibilidades de todo lo que quería hacerle. Joder, era difícil saber por dónde empezar.

Pero tendría que empezar por algún sitio. Le agarré las bragas y se las arranqué, tirándolas a un lado. Pero sus labios se curvaron en una sonrisa.

"Oh, ¿te gusta un poco duro?", le pregunté, sonriendo. Se mordió el labio.

"Creo que sí", respondió ella.

"Vamos a averiguarlo, ¿eh?" Le contesté, mientras me quitaba los pantalones de chándal, cogía mi polla con la mano y me acariciaba un par de veces hasta que estaba bien duro para ella. Por la forma en que me miraba, sabía que no podía esperar. Sus ojos se posaron en mi erección, se pasó la lengua por los labios y su sonrisa se extendió un poco más por su cara.

"Arquea la espalda para mí", le ordené, y ella hizo lo que le dije al instante, curvando la columna para poder presentarse ante mí por completo. Metí la mano entre

sus piernas y froté con los dedos el exterior de su raja.

"Joder, estás muy mojada, Tala", le dije. Volvió a gemir y hundió la cara en las sábanas mientras intentaba comprender el placer.

"Quiero que me mires", murmuré, empujando mi mano a lo largo de su espalda y hacia su pelo, tirando ligeramente de él para que tuviera que posar su mirada en mí. Cerró los ojos por un momento, pero luego los abrió y los clavó en los míos.

"Buena chica", le dije, y ella volvió a empujarse contra mí, con las caderas apretándose contra mi mano con necesidad. Puede que fuera un par de décadas mayor que yo, pero ahora era mi chica y eso era lo único que importaba.

"Por favor", suspiró, y yo sonreí, inclinando la cabeza hacia un lado mientras la miraba.

"Por favor, ¿qué?"

"Por favor...", volvió a intentar, y yo tiré ligeramente de su pelo, adelantando los dedos para acariciarle el clítoris.

"Inténtalo de nuevo", le ordené. "Necesito que me digas lo que quieres, Tala. ¿De qué otra forma voy a saberlo?"

Ella gimió, mordiéndose con fuerza el labio, y luego forzó las palabras.

"Por favor, fóllame", me dijo por fin. Oír esas palabras salir de su boca me provocó una oleada de deseo. Esta mujer, que normalmente era tan comedida, tan serena y tan distante, me estaba suplicando que me la follara.

Y yo estaba más que feliz de hacerlo.

Moví la mano y la sustituí por mi polla, plantándome justo en su entrada y manteniéndome allí. Ella ya empujaba contra mí, como si no pudiera esperar a tenerme dentro. Casi quería seguir provocándola un poco más, pero sabía que no habría podido aguantar. No, no estaba acostumbrado a esperar tanto para tener a una mujer como yo quería, y me negaba a aguantar más de lo que ya lo había hecho.

Y, finalmente, me introduje dentro de ella, llenándola hasta la empuñadura y observando cómo su rostro se contorsionaba de placer. Quería grabar ese momento en mi memoria para siempre, ver cómo me penetraba por primera vez, cómo sentía cada centímetro de mí dentro de ella.

"¿Te sientes bien?" Murmuré, y ella asintió.

"Tienes que hablar, Tala", le recordé. Por la expresión de su cara, me di cuenta de que le costaba incluso pensar, pero ese no era mi problema. Me encantaba llevar a las chicas a ese punto, en el que el placer era demasiado, y luego hacerlas hablar conmigo, obligándolas a volver al momento para que tuvieran que quedarse allí conmigo.

"Sí, sienta bien", jadeó, con voz gutural y desesperada. Me retiré y volví a penetrarla con fuerza, observando cómo su cuerpo sufría espasmos de placer.

"Bien", respondí, con una sonrisa dibujándose en mi rostro, y por fin dejé que se concentrara en el placer mientras empezaba a follármela como es debido.

Y, Dios, después de esperar tanto tiempo para tenerla así, era increíble poder tomarla por fin como había deseado todo este tiempo. No pude controlarme y la penetré con fuerza y rapidez, tirándole del pelo para que se apretara contra mí. Verla así, tumbada delante de mí, con los labios entreabiertos y los ojos distantes mientras se entregaba a lo que sentía, ya me tenía al borde del abismo, y aminoré la marcha, inclinándome sobre ella para poder hablarle al oído.

"No sabes cuánto te he deseado así", le gruñí. "Inclinada sobre esta cama, suplicando por mi polla..."

Gimió y sus caderas rechinaron desesperadamente contra mí. No podía saciarse de mí, hambrienta como un animal. Casi tuve la tentación de echarme hacia atrás y hacer que me suplicara de nuevo, pero no podía negarme a mí mismo lo delicioso que se sentía. De ninguna manera.

Apoyé los labios en su nuca, dejando que mis dientes rozaran su piel, y rodeé su estómago con un brazo, apretándola contra mi cuerpo. No quería que hubiera ni un centímetro de espacio entre nosotros. La penetraba cada vez con más fuerza, llenándola hasta el borde, y notaba que el placer empezaba a apoderarse de mí. No era solo la estimulación física, la sensación de estar dentro de su coño perfecto, sino también la estimulación mental, sabiendo que había conseguido que viniera aquí y me suplicara, que me necesitara tanto que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para tenerme por fin.

Y fue ese pensamiento el que finalmente me llevó al límite. La penetré por última vez, aguantando hasta el fondo mientras me acercaba al orgasmo que tanto necesitaba. Unos segundos después, sentí que se apretaba a mi alrededor, que su cuerpo temblaba y gemía con fuerza, que el orgasmo la dominaba por completo.

Besé su cuello, moví los labios por sus hombros e inhalé el embriagador aroma de

su piel. Acerqué mi boca a su oído y volví a hablar, asegurándome de que me oyera. Quería que asociara el sonido de mi voz con su orgasmo, quería que supiera que ese placer era algo que podía sentir cada vez que acudiera a mí.

"Eso es, Tala", le murmuré. "Ven a mi polla como una buena chica".

Gemía de placer. Podía sentir cómo se estremecía a mi alrededor, cómo su cuerpo se mecía contra el mío como si ya no pudiera más. Pero cuando la di la vuelta y le planté un beso en los labios, necesitaba que supiera que no había terminado con ella.

No, acabábamos de empezar. Y había mucho más que quería hacerle antes de terminar.

Capítulo Ocho - Tala

Tarareé alegremente mientras me metía en la ducha y dejaba que el agua caliente me recorriera el pelo y el cuerpo. Estaba un poco dolorida después de todo lo que me había hecho anoche, pero había merecido la pena. Cada segundo.

Había salido de la cama a primera hora de la mañana, dejando a Trevor aún dormido para poder recomponerme. Aún no me había recuperado de la intensidad de la noche que había pasado con él, y una parte de mí quería quedarse y ver cuánto más podía disfrutar, pero necesitaba tiempo para mí misma antes de encariñarme demasiado.

Me sentí como una maldita mujer nueva mientras me lavaba el pelo y me aseaba, de la mejor manera posible. Mi lencería yacía hecha jirones en el suelo de su habitación, pero Dios, había valido la pena. La forma en que me había mirado, la forma en que me había tocado, la forma en que me había hablado, como si no hubiera nada en el mundo que deseara más que excitarme... No podía saciarme. Sabía que ya era adicta.

Necesitaba hablarlo con alguien, eso estaba claro. Diana era la única persona a la que podía contárselo sin que me juzgara, pero aún faltaban unos días para que pudiera volver a verla. Mientras tanto, iba a tener que mantener la calma en lugar de ir directamente a su casa y asegurarme de que supiera lo mucho que quería más.

Se suponía que iba a pasar el día con Anna, Callum, Aidan y Tia; lo había estado deseando toda la semana, y no iba a renegar de ello ahora. Sería una buena distracción para no caer en la tentación de volver directamente a su habitación y continuar donde lo habíamos dejado; no quería lanzarme sobre él, aunque mi cuerpo ya estuviera deseando su contacto una vez más. Dios, me sentía como una maldita adolescente.

No, no como una adolescente. Nunca me habían permitido sentirme así, ni siquiera cuando era más joven. Desde el principio, en cuanto supe lo que era el amor, fui consciente de que me casarían con quien más beneficiara a mi familia. Nunca me había permitido sentir nada más que un flechazo fugaz por hombres que había conocido en mi vida, sabiendo que nada saldría de ello. Y, cuando había estado con Mario, lo había apagado para siempre, obligándome a ignorar las necesidades que iban y venían como las olas del mar lamiendo mis costas. Siempre había tratado mi sexualidad como si fuera algo a lo que él y solo él tenía derecho, y yo no tenía palabras para rebatirle, ni el valor para enfrentarme a él. Sabía que me habría dado la espalda, que me habría dicho que

era una puta infiel y que debería estar agradecida por todo lo que había hecho por mí.

A pesar de que había tenido otras mujeres desde que tengo memoria. Siempre había sido así, él proyectando sus problemas en mí, haciéndome pagar por todos los problemas que tenía consigo mismo. Sabía que nunca me había amado, pero al menos yo había sido suficiente para tener un hijo con él. Por mucho que deseara poder echarle en cara todas las cosas horribles que me decía, nunca sabía cómo me las haría pagar, y el miedo a eso era suficiente para mantenerme a raya, tal y como él confiaba.

Y Trevor había trabajado para él. Durante años. El corazón se me retorcía en el pecho cuando pensaba en ello. Había intentado no pensar en ello, cuando habíamos estado juntos la noche anterior, y él me había dado muchas otras cosas en las que centrarme, muchas otras cosas en las que mantener mi mente ocupada y llena.

Pero ahora, a la luz del día, me escocía pensar en eso. Había una razón por la que había intentado mantener las distancias con él todo este tiempo: estaba ligado a Mario de esa forma tan profunda, imposible de negar. Nunca habría llegado a formar parte de mi vida si no hubiera sido contratado por él, y era imposible que hubiera pasado años trabajando para él sin que al menos parte de esa actitud se le hubiera pegado.

Había algo en la forma en que me controlaba que me excitaba de un modo para el que no estaba preparada. Ser controlada de aquella manera, no como Mario me había controlado a mí, sino por aquel hombre que parecía decidido a llevarme hasta el límite de lo que podía soportar y luego empujarme, viéndome perderme en el placer que me estaba proporcionando... era muy excitante, y sabía que necesitaba más. ¿Pero era solo físico? Y si lo era, ¿podría seguir siéndolo o estaba destinada a enredarme en algo más allá de lo que podía soportar?

Nunca había estado con nadie que no fuera Mario. Nunca me había permitido una auténtica intimidad con un hombre, y mentiría si dijera que no me preocupaba no poder mantener mis límites y evitar enamorarme de alguien que no me convenía en absoluto. Sabía que Trevor no era el tipo de hombre con el que podría haberme quedado o en el que podría haber confiado; estaba segura de que perdería el interés por mí muy pronto, si una noche juntos no le había bastado para volver los ojos hacia otras conquistas. Estaba claro que tenía muchas mujeres entre las que elegir, y yo estaba segura de que una mujer que le doblaba la edad no era precisamente la opción más atractiva para él.

Me vestí y me prometí a mí misma que iba a dejar todo eso de lado por hoy. Lo último que necesitaba era que Callum o Anna se dieran cuenta de que pasaba algo, y no

quería tener que explicarles a ninguno lo que estaba pasando. Necesitaba guardármelo para mí, por ahora, y recé para que Trevor no apareciera para invadir mi tiempo familiar; no estaba segura de poder mantener la compostura si estuviera cerca de él...

Me dirigí al jardín para reunirme con el resto de la familia y encontré a Aidan y Callum dando patadas a un balón de fútbol mientras Anna calmaba a Tia y los observaba. Me hizo señas para que me acercara, sonriendo.

"Hola, Tala", me saludó. Había sido muy amable conmigo desde que Callum y ella se habían juntado, aunque no estaba del todo segura de merecerlo; después de todo, yo había estado implicada en alejarla de mi hijo en primer lugar, algo de lo que aún me sentía dolorosamente culpable. Si me hubiera hecho una idea de lo bien que estaban juntos, habría luchado para que siguieran juntos, pero se habían cometido errores y lo mejor que podía hacer ahora era apoyarlos mientras intentaban forjar una vida juntos.

"Hola, chicas", respondí, agachándome para apretar la manita de Tia. Ella me devolvió la sonrisa y no pude resistirme a inclinarme para darle un beso en la cabeza. Para mí era la cosa más dulce del mundo, una niña preciosa que se parecía a su madre. Me senté frente a Anna y me volví para mirar a Callum y Aidan, que celebraban el gol de su padre.

"No sé cómo encuentra la energía para hacerlo", comentó Anna con cariño, sacudiendo la cabeza mientras observaba a su marido y a su hijo jugando juntos. Aunque Aidan no era de su sangre, estaba claro que adoraba al niño y que se había metido en el papel de madre con facilidad. Tenía una calidez increíble, algo que no estaba segura de haber tenido cuando Callum había crecido, y me alegraba mucho ver que esta nueva generación estaba resultando tan diferente a la anterior.

"Yo tampoco", asentí. "Apenas podía arreglármelas solo con él, y tampoco jugaba al fútbol con él todo el tiempo".

"Ese es Callum". Anna suspiró feliz, sonriendo en su dirección. La expresión de su cara me hizo sentir una ligera punzada en el pecho; no estaba segura de haber mirado nunca a alguien como ella miraba a Callum. Sabía que era ridículo sentir celos del amor que mi hijo había encontrado con su mujer, pero no podía evitarlo. Nunca me había permitido ni siquiera soñar con ello, pero aun así lo ansiaba, una parte profunda de mí ansiaba un amor que durara de verdad. No un matrimonio de conveniencia, no algo que tuviera que forzar para mantener las apariencias o por el bien de mi familia, si no un amor que me hiciera sentir completa, plena, como nunca antes.

Me acordé de Trevor, pero lo olvidé en cuanto me vino a la cabeza. No. De ninguna manera. Puede que se le dieran bien muchas cosas, pero no iba a dejarme llevar por la locura de pensar que servía para eso. Ya había visto de primera mano la clase de problemas que causaba en su vida personal, y lo último que necesitaba era invitar a eso a mi propio mundo.

"¿Estás bien, Tala?", me preguntó Anna, frunciendo el ceño. Asentí rápidamente.

"Sí, ¿por qué?"

"Pareces... un poco ruborizada, eso es todo", comentó Anna. Me llevé la mano a la mejilla y me sentí ardiendo. Dios, ¿era suficiente pensar en Trevor para que reaccionara así?

"¿Te gustaría entrar?", sugirió Anna, y yo negué con la cabeza.

"No, no, estoy bien", le aseguré. "Acabo de salir de la ducha. Por eso tengo calor".

"Si estás segura", respondió Anna, volviendo a centrar su atención en Tia. Respiré aliviada. No quería revelar nada, y menos a Anna. Ella hablaría con Callum sobre el tema, y lo último que necesitaba era que él se sintiera como si tuviera que decir algo sobre la situación.

Callum y Aidan vinieron a reunirse con nosotros, Aidan con el balón bajo el brazo.

"¿Cómo ha ido?", le pregunté, sonriéndole.

"He ganado", respondió alegremente, y Callum rio, alborotándole el pelo.

"Seguro que sí", aceptó. "Estoy perdiendo mi toque".

"¿Alguna vez lo tuviste?" Anna se burló de él, y él se rio y se inclinó para darle un beso mientras recuperaba el aliento, luego se volvió para darme un abrazo.

"¿Cómo estás, mamá?", preguntó.

"Estoy bien", respondí, quizá un poco más deprisa de lo necesario. Me miró un momento.

"¿Estás segura?", preguntó, riéndose ligeramente.

"Sí, sí", respondí, agitando la mano, tratando de actuar lo más despreocupadamente posible. "¿Nos traigo algo de beber? Parece que vendría bien, después de tanto esfuerzo".

Me puse en pie antes de que pudieran replicarme, corriendo hacia la cocina para

esconderme antes de hacer aún más el ridículo. Lo último que quería ahora mismo era hacerles saber lo que realmente pasaba por mi cabeza. Sabía que Callum se pondría furioso si se enteraba de que me había acostado con un miembro del personal, y mucho más con Trevor, con quien trabajaba tan estrechamente.

Pero, al sentir cómo la sonrisa curvaba mis labios, no pude evitar darme cuenta de lo mucho más excitante que eso me resultaba. A veces, había que romper un poco las reglas, ¿no? Llevaba tanto tiempo siguiéndolas que ya era hora de que me divirtiera un poco...

Capítulo Nueve - Trevor

Oí sus pasos en el suelo y sonreí. Sabía que no podría resistirse a volver a por más. Me puse en pie, sintiéndome un poco engreído al abrir la puerta, y efectivamente, allí estaba ella al otro lado.

Antes de que pudiera decir una palabra, Tala había caído en mis brazos, plantando sus labios contra los míos y besándome; deslicé las manos hacia sus hombros, sintiendo de nuevo la suavidad de su piel bajo mi tacto. Solo llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos, los mismos que llevaba cuando me había ayudado en la cocina; me pregunté si sabría que era la primera vez que me había fijado en ella.

"Mmm", suspiró, mientras se retiraba para mirarme, rodeando mi cuello con sus brazos. "He estado queriendo hacer eso todo el día..."

"¿Querer hacer qué, exactamente?". Le pregunté, empujando la puerta detrás de ella para asegurarme de que no nos iban a pillar in fraganti. No me apetecía mucho explicarle a Callum lo que tenía entre manos con su madre y, además, había algo en eso de ir a escondidas y pasar desapercibido que me resultaba excitante.

"Besarte", admitió. Me di cuenta de que no estaba acostumbrada a hablar así de sus necesidades. Me pregunté cuánto hacía que no tenía sexo decente. Nunca había percibido mucha química entre ella y Mario. De hecho, parecían hacer todo lo posible por evitarse el uno al otro cuando tenían la oportunidad.

"Oh, he estado pensando en hacer mucho más que eso", respondí, mientras la guiaba hacia la cama.

"¿Sí?", me preguntó. Asentí con la cabeza. Era la verdad. Desde que me desperté esta mañana y encontré la cama a mi lado vacía, había estado pensando en la mejor manera de convencerla para que volviera. Por lo que a mí respecta, no habíamos hecho más que empezar, y si pensaba que yo había terminado con ella, le esperaba un montón de cosas más.

"Te gustó lo que hicimos anoche, ¿verdad? Le murmuré, mientras la empujaba hacia la cama; ella estaba sentada y yo de pie, con los ojos clavados en los suyos.

"Sí, lo hice", confesó mordiéndose el labio. Bajó un poco la voz al decirlo, como si no estuviera segura de si yo la juzgaría por admitirlo.

"¿Te gustó cuando tomé el control?". Añadí, y ella dudó un momento antes de

volver a asentir.

"Sí", respiró. "Me gustó mucho. Nunca había hecho algo así antes, pero fue... intenso. En el buen sentido".

Sonreí.

"Eso es lo que me gusta oír", comenté, y le aparté el pelo de la cara, levantándola para que me mirara. La forma en que me miraba, tan inocente, ya hacía que mi polla se agitara en mis pantalones y mi mente se acelerara con nuevas ideas.

"¿Qué más quieres...?", me preguntó, tropezándose con las palabras al hablar. Me gustaba lo nerviosa que se ponía a mi alrededor, señal inequívoca de lo excitante que le resultaba mi presencia. Y yo quería aprovecharlo al máximo.

"Así que te gustaría que te dijera que me la chuparas ahora mismo", murmuré. Sus ojos se abrieron de par en par ante mi lenguaje lascivo, pero luego, una vez más, asintió.

"Creo que sí", suspiró, y sus ojos se deslizaron hasta mis pantalones, donde mi polla ya palpitaba bajo los vaqueros al oír sus palabras. Me agaché, bajé lentamente la cremallera y ella se pasó la lengua por los labios mientras me miraba.

"¿Has hecho esto antes?" Le pregunté.

"No", admitió, poniendo mala cara. "Yo... nunca he querido..."

"Está bien", respondí. "¿Quieres que te enseñe cómo?"

"Ajá", respiró ella, mientras yo me sacaba los pantalones. Ya estaba empalmado y mi polla goteaba una generosa cantidad de semen. Inspiró mientras me miraba y yo sonreía al verla. Deseaba corromper su inocencia más que nada en el mundo. Había estado esperando todos estos años a que yo llegara y le mostrara cómo la quería, cómo podía entrenarla. Y yo estaba más que feliz de tomar las riendas y mostrárselo.

"Pon la mano aquí", le ordené, cogiendo su mano y envolviéndola alrededor de la base de mi polla. Sus delicados dedos apenas rozaron el otro extremo.

"Y mantenla firme mientras empiezas con la punta", añadí, metiéndole los dedos en el pelo para poder verla bien mientras se ponía manos a la obra. Dudó un momento, claramente preocupada por si metía la pata, pero entonces, como hipnotizada por el sonido de mis palabras, experimentó moviendo la lengua alrededor de mi cabeza, saboreándome. Gemí de placer, admirando la suavidad de su boca al acariciar mi erección por primera vez.

"No tienes ni puta idea de lo buena que estás así", le dije, y ella soltó una risita, apartándose un momento.

"¿En serio?"

"De verdad", le aseguré. "Sigue..."

La sensación de sus cálidos labios y su lengua envolviéndome fue casi más de lo que podía soportar, y lo único que deseaba era empujar hacia delante y enterrarme en ella como era debido. Pero no quería precipitarme. Quería que lo hiciera a su propio ritmo, y eso significaba cederle todo el control.

"¿Qué se siente, tener mi polla en tu boca?" Le murmuré. Quería oírla decirlo, oírla, decirme cuánto le gustaba.

"Se siente... bien", confesó. "Mejor de lo que pensé que sería ..."

"¿Quieres intentar hacerlo un poco más profundo?" Le pregunté.

"¿Cómo... me estás follando la boca?", soltó. Mi polla se estremeció al oír esas palabras.

"¿Quieres probarlo?" Le pregunté. Asintió y aparté su mano de mi polla, retomando el control.

"Abre la boca", le ordené. "Las manos en el regazo. Buena chica."

Empujé una mano hacia su pelo y utilicé la otra para guiar mi polla hacia sus labios expectantes. Me tomé mi tiempo, introduciéndola centímetro a centímetro hasta que la mitad de mi polla estuvo enterrada en su boca; verla así casi me hizo estallar en el acto, pero me obligué a mantener el control. Me retiré y apoyé la cabeza en su lengua un momento antes de volver a introducirme.

Empecé a moverme un poco más fuerte, un poco más rápido, penetrándola con movimientos superficiales para que se acostumbrara a sentirme dentro de su boca. Ella gemía suavemente, y yo podía sentir las vibraciones palpitando en mi polla. Me encantaba saber lo mucho que estaba disfrutando, lo mucho que la excitaba excitarme así. Empezó a moverse hacia atrás conmigo, moviendo la cabeza al ritmo de mis embestidas, introduciéndome centímetro a centímetro en su boca hasta que ya no cabía más dentro de ella.

"Mírame", le ordené, y ella levantó la mirada para encontrarse con la mía. Joder, ver esos preciosos ojos verdes mirándome mientras me la chupaba casi me hace

correrme en el acto. Tuve que retroceder rápidamente para contenerme, recuperando el aliento por un momento.

"¿Estás bien?", preguntó, y yo asentí con la cabeza y bajé para besarla con fuerza, con la lengua en la boca, mientras la empujaba contra la cama y empezaba a arrancarle la ropa. La quería desnuda, ahora mismo. Quería contemplar cómo se corría alrededor de mi polla otra vez.

Le agarré los brazos, se los pasé por encima de la cabeza y se los sujeté con una mano mientras metía la rodilla entre sus piernas para abrirla. Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos muy abiertos, pero las comisuras de la boca se le habían torcido en una sonrisa que me decía que deseaba todo lo que estaba a punto de darle.

Me planté en la entrada de su coño y, de un solo movimiento, la penetré hasta la empuñadura. Ya estaba empapada solo de chupármela, y la idea de que se excitara tanto como yo me hizo girar la cabeza. Me miró fijamente, con los labios entreabiertos, como si quisiera decirme algo, pero estaba demasiado perdida en el placer como para decirlo.

"¿Te gusta cómo se siente?", le pregunté, rozando su boca con mis labios como si estuviera arrancando las palabras de sus labios.

"Sí", suspiró, y por fin pareció darse cuenta de que yo necesitaba oírla decir esas palabras, necesitaba oírla decirme cuánto lo deseaba, cuánto me deseaba dentro de ella. Nada me excitaba tanto como saber cuánto me deseaba la mujer con la que estaba, aunque la expresión de su rostro me dijera todo lo que necesitaba saber en ese momento.

"Dime qué se siente", le ordené, apretando la boca contra su cuello y aspirando su aroma mientras seguía moviéndome dentro de ella. Enroscó las piernas alrededor de las mías, atrayéndome aún más dentro de ella.

"Me siento... me siento muy bien", murmuró, con la voz entrecortada mientras buscaba la forma exacta de explicármelo. "Me haces sentir tan llena, no se parece a nada que haya experimentado antes".

"¿Nadie te ha follado nunca así?". Le pregunté, empezando a bajar el ritmo, saboreando la sensación de su estrechez y humedad envolviéndome.

"Nunca", exhaló. Joder, me encantaba oír a una mujer tan reservada y controlada como ella hablar sucio para mí; estaba perdiendo el control, su cuerpo empezaba a temblar contra mí mientras la llevaba cada vez más cerca del límite, más cerca de ese

punto sin retorno que yo sabía que ella ansiaba más que nada en el mundo. Había venido aquí esta noche deseando una cosa, y yo estaba decidido a dársela, apretando aún más nuestros cuerpos, rechinando contra su clítoris con cada embestida.

"Oh, Dios", gimió.

"¿Estás cerca, cariño?", le pregunté, tomando el lóbulo de su oreja entre mis dientes y tirando ligeramente. Ella gimió en respuesta.

"Dime", le ordené. "Dime lo cerca que estás de correrte en mi polla otra vez".

"Estoy... estoy jodidamente cerca", jadeó. Podía oírlo tanto en su voz como en sus palabras, la forma en que se tensaba a medida que se acercaba más y más a su orgasmo. Y yo necesitaba que llegara al límite, necesitaba que se corriera por mí; lo necesitaba más que nada en el mundo, lo ansiaba. La besé, planté mi boca contra la suya y pasé la lengua por sus labios, saboreándola como era debido.

Y entonces, por fin, lo sentí, su contracción a mi alrededor al alcanzar por fin su liberación. Sus muñecas se tensaron contra mi mano y la solté un momento, permitiéndole que se aferrara a mí. Sus uñas me rastrillaron la espalda y estaba seguro de que dejarían marcas, recuerdos de lo que habíamos hecho, de lo fuerte que la había hecho correrse.

"Ella gimió, y yo la penetré por última vez. La visión de su cara perdida por el placer era todo lo que necesitaba para llegar al límite. Me mantuve allí, muy dentro de ella, con nuestros cuerpos aún apretados mientras me corría, llenándola con mi semilla.

Me cogió la cara, tiró de mí hacia ella y volvió a besarme, frenética, como si no pudiera soportar la idea de que aquello hubiera terminado. Sonreí contra su boca. Si creía que había acabado con ella, le esperaba un montón de cosas más...

Capítulo Diez - Tala

Cuando me desperté a la mañana siguiente, tardé un momento en recordar dónde estaba.

Hacía tanto tiempo que no me despertaba en una cama que no fuera la mía que casi había olvidado lo que se sentía. Me giré para ver la luz que se filtraba por la ventana a mi lado, sobre la almohada vacía que había a mi lado, y entonces, todo volvió a su sitio.

Sonreí mientras me acurrucaba contra las sábanas. Ah, sí. Sí, claro. Anoche había venido a ver a Trevor y los dos habíamos vuelto a acostarnos. Y otra vez, y otra vez, y otra vez. Había sido increíble, entregarme así a él, lo suficiente para hacerme olvidar todas las dudas que me habían estado rondando por la cabeza durante el día. Cuando estábamos juntos, era como si pudiera olvidarme de todo lo demás y dejarme llevar por el puro placer. Solo necesitaba saber que él sentía lo mismo.

Me había quedado dormida a su lado, agotada después de todos los orgasmos que me había dado, aunque sabía que probablemente era arriesgado pasar aquí más tiempo del que ya había pasado. Si alguien me pillaba en su habitación, los dos estaríamos realmente expuestos, y no tenía ni idea de cómo sentirme al respecto. Pero, en la suave bruma de la luz de la mañana, era difícil preocuparse. Solo quería concentrarme en lo bien que me sentía al haber pasado la noche a su lado, rodeada por sus brazos mientras me estrechaba contra su musculoso cuerpo.

Me sentía segura allí, lo que me sorprendió; normalmente, cuando estaba cerca de un hombre que no era de la familia, me encontraba tensa, dispuesta a cuestionar sus intenciones. Era un resabio de mi matrimonio con Mario, supuse. Él siempre había buscado sacar algo de mí, por mucho que yo intentara defenderme, y me costaba creer que cualquier otro hombre me viera sin ese filtro.

Suponía que estaba sacando algo de esto, Trevor. Estaba consiguiendo sexo, el tipo de sexo que claramente disfrutaba de verdad, el tipo de sexo en el que tomaba el control y hacía exactamente lo que quería. Me estremecí al recordar cómo me lo había metido en la boca la noche anterior. Nunca lo había hecho en mi vida; supongo que Mario siempre había tratado nuestra vida sexual como algo funcional y no como algo placentero, y nunca me había atrevido a discutirlo. No es que tuviera mucho interés en complacerle de esa manera. No, para hacer algo así tenía que gustarle mucho a la otra persona, y en el caso de Mario, nunca me había gustado.

¿Pero Trevor? Cuando lo miré, sentí como si todas las dudas que había llevado conmigo durante tanto tiempo se desvanecieran. No podía contenerme, aunque quisiera. Se despertó esa otra versión de mí, esa fiera sexual que reclamaba su atención a cada momento y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para complacerle. La expresión de su cara era toda la recompensa que necesitaba. Bueno, y la forma salvaje en que me inmovilizó en la cama y me folló como si no pudiera saciarse de mí. Eso también ayudó.

Estaba a punto de salir de la cama y escabullirme a mi habitación cuando oí pasos en la puerta. Me quedé inmóvil, esperando que alguno de los limpiadores no estuviera a punto de entrar y pillarme aquí, pero, un momento después, me sorprendió ver a Trevor allí de pie, con una taza de café en la mano.

"¿Qué haces aquí?", solté sin poder contenerme. Creía que ya se había ido a trabajar, pero estaba claro que tenía todo el tiempo del mundo. Me miró con una ceja arqueada.

"Es mi habitación", señaló, mientras se dirigía a la cama. "No deberías sonar tan sorprendida de verme aquí".

"Lo sé, yo solo..." Empecé, pero ni siquiera sabía lo que intentaba decir ahora. Me pasó la taza de café y la cogí, mirando fijamente la bebida que me había traído.

"¿Para qué es esto?", pregunté, sintiéndome estúpida. No sabía por qué me costaba tanto hacerme a la idea de lo que estaba pasando, pero no le encontraba sentido. Estaba... Estaba siendo muy dulce conmigo, y no entendía por qué.

"Lo que hicimos anoche fue intenso", comentó, acercándose a mi muslo y deslizando su mano por mi pierna. Su tacto era fuerte, reconfortante. Miré sus dedos, apoyados en mi piel, e intenté ignorar el torrente de deseo que surgía en mí al verlo así.

"Pensé que te vendría bien un trago", me explicó, ofreciéndome una pequeña sonrisa. El corazón me dio un vuelco. Oh, no... esto era más de lo que estaba preparada. El sexo era una cosa, pero ¿esto? ¿Su dulzura? ¿Su amabilidad? No podía soportarlo.

Dejé la taza en la mesilla de noche y me puse en pie, cogí la ropa del suelo y me vestí rápidamente.

"Tengo... eh, tengo una cita a la que llegar", le mentí rápidamente. Me di cuenta de que no me creía. Frunció el ceño.

"No lo habías mencionado antes".

"Sí, lo siento", respondí, apartando los ojos de él. Debía de ser capaz de darse

cuenta de lo que me pasaba por la cabeza, y odiaba estar haciéndolo tan evidente. ¿Por qué no podía calmarme? No sabía cómo manejar nada de esto, cómo manejar su dulzura. Necesitaba irme. Mi cabeza estaba revuelta.

Me apresuré hacia la puerta, sin molestarme siquiera en comprobar si había alguien que pudiera haberme pillado en movimiento. Lo único que sabía era que no podía seguir allí.

Bajé corriendo a mi habitación y cerré la puerta tras de mí, rezando para que Trevor no intentara hablar conmigo. No sabía por qué estaba tan asustada. Había salido corriendo de allí como un ciervo frente a una escopeta, y ni siquiera sabía por qué. Lo único que había hecho era traerme un café, después de todo…

Pero era más que eso, y lo sabía. Era una señal de que me deseaba para algo más que lo físico, y yo no sabía si estaba preparada para afrontarlo. El sexo era una cosa, eso era fácil, pero algo más…

No. No podía estar con alguien como él, no otra vez, no alguien que estuviera tan ligado a mi marido y a su historia. Habría sido retorcido. Por no hablar del hecho de que me había prometido a mí misma que nunca volvería a acabar donde estaba, después de todo lo que había pasado. Había vivido décadas de mi vida con Mario, obligándome a soportar la farsa de nuestro matrimonio, sabiendo que nunca podría amar de verdad a alguien que hacía las cosas que él hacía, pero no iba a volver a hacerme eso a mí misma. No podía. Tenía que ser capaz de superarlo, de centrarme en mí misma.

E involucrarme con Trevor lo habría detenido en seco. No iba a volver a ser utilizada y controlada, y sabía cómo eran los hombres en este negocio. Tenían que ser controladores, cínicos, solo para sobrevivir; mi hijo era una rara excepción, pero no había razón para pensar que Trevor sería igual. Al fin y al cabo, Mario lo había educado y no podía perderse todas las expectativas que mi marido había depositado en él todos aquellos años.

Me apresuré a ir al cuarto de baño y abrí la ducha, bajando el agua lo suficiente para que me sacudiera y me sacara del lío en el que estaba sumida. No sabía qué iba a hacer, pero era como si todos los recuerdos de mi matrimonio volvieran a inundar mi mente. Solo había sido un café que Trevor había traído para mí, pero parecía mucho más, mucho más de lo que estaba preparada.

Y tal como era en la cama, tenía que serlo también en el resto de su vida, ¿no? No podía ser tan controlador, querer llevar la voz cantante a puerta cerrada y olvidarse de

todo en cuanto llegara el mundo real. Ya me había mostrado el tipo de persona que era, y yo tenía que prestarle atención antes de salir lastimada.

Mierda. Mientras el agua fría recorría mi piel, recordaba la sensación de sus manos sobre mí con demasiada claridad, y sabía que pasaría un tiempo antes de que esos recuerdos se desvanecieran. Pero tenía que mantener la distancia. No podía dejarme arrastrar por algo que no podía controlar. Quería mi propia vida, no una dictada por otro hombre, y mucho menos por uno mucho más joven que yo.

Ese café estaría en su mesilla de noche, enfriándose. Y probablemente se estaría preguntando qué había hecho para hacerme huir como lo había hecho. Esperaba que me diera espacio, porque no sabía si tenía fuerzas para controlarme cuando se trataba de él.

Capítulo Once - Trevor

"Hola", me saludó Callum, levantando un momento la vista de su escritorio cuando entré en su despacho. Asentí con la cabeza.

"Hola", murmuré, y en cuanto oyó el tono de mi voz, dejó lo que estaba haciendo y dirigió su atención hacia mí como es debido. Frunció el ceño y me miró de arriba abajo.

"¿Qué pasa?", preguntó. Negué ligeramente con la cabeza. Probablemente, no debería haberle hablado de esto. Solo Dios sabía cómo Mario me habría dado la vuelta y me habría echado antes de entablar cualquier tipo de conversación real conmigo. Había sido un tipo duro y no quería lidiar con las emociones de nadie que trabajara para él.

Su hijo, sin embargo, era muy diferente, y esperaba poder utilizarlo para obtener algunas respuestas sobre lo que había sucedido el día anterior. Tala había huido de mi habitación como si le ardiera el culo, y yo me esforzaba por averiguar qué había hecho yo para provocar aquello. Si había tenido algo que ver conmigo, o si me preocupaba que todo esto le trajera recuerdos de su pasado que hubiera preferido dejar atrás.

"¿Puedo hablar contigo?", le pregunté, cruzando los brazos sobre el pecho. No sabía exactamente qué iba a decirle. No podía hacerle saber que me había llevado a su madre a la cama, varias veces. Sabía que se habría vuelto contra mí en un instante. Puede que fuera un buen jefe y un hombre amable, pero era su madre, y no conocía a nadie en el planeta a quien le hubiera parecido bien que ocurriera algo así.

"Claro", respondió Callum, echándose hacia atrás de su trabajo y señalando con la cabeza el asiento de enfrente. Lo tomé y me pasé una mano por la cabeza rapada. Mierda, nunca sabía por dónde empezar cuando se trataba de todo esto. Nunca se me había dado bien hablar con la gente de lo que pensaba. Las acciones, claro, se me daban bien, pero ¿esto? No tanto.

"¿Cómo van las cosas con tu familia?" Le pregunté. Podría empezar por ahí, ¿no? ¿Sin revelar demasiado? Era una pregunta bastante básica. Parecía un poco sorprendido, pero asintió.

"Vamos muy bien", me dijo. "Tia crece tan rápido que apenas puedo seguirle el ritmo. ¿Por qué lo preguntas?"

"¿Y qué pasa con Tala?" Pregunté. "¿Tu madre?"

Se detuvo un momento, mirándome.

"Ella está bien", respondió con cuidado. "Ella está... pasando un mal momento, recientemente, creo".

"¿Por qué?", le pregunté.

"¿Por qué te interesa tanto?", me preguntó enarcando las cejas. Sabía que no había mostrado tanto interés por su madre en todo el tiempo que llevaba trabajando aquí, y me puso nervioso al instante que tuviera sus sospechas. Me encogí de hombros, tratando de mantener la voz neutra.

"Me contrataron para mantener a salvo a esta familia", le recordé. "Si le pasa algo, tengo que saberlo".

Suspiró y guardó en el cajón los papeles en los que había estado trabajando.

"¿De verdad quieres saberlo?", preguntó. Volví a asentir. Necesitaba respuestas. Tala me había estado evitando desde que había huido de mi habitación después de que le llevara aquel café, y por mi vida no podía entender por qué había reaccionado así. No tenía sentido. Sabía que no era estúpida y que no era el tipo de persona que se alejaría de mí por algo tan insignificante como un café. Tenía que haber algo más, algo que yo no podía ver sin la perspicacia de alguien que la conociera mejor.

"Creo que tiene que ver con mi padre", admitió, negando con la cabeza.

"¿En qué sentido?", pregunté, inclinándome hacia delante con interés. Conocía a Mario bastante bien, pero no había visto mucho de su matrimonio. La mayor parte del tiempo se desentendía de Tala, la dejaba de lado cuando se interponía en sus negocios o reuniones; nunca me habló mucho de ella y sabía que había tenido otras mujeres a su lado. En más de una ocasión me había llamado para que hiciera guardia en un hotel de mala muerte donde se enrollaba con una mujer más joven, aunque yo no sabía si Tala estaba al corriente de lo que hacía su marido.

"Ella no ha sido la misma desde que él murió", explicó.

"¿Crees que lo echa de menos?", pregunté. Me costaba creer que pudiera echar de menos que la trataran así, pero sabía muy bien que un matrimonio era mucho más complicado de lo que mostraban al mundo exterior. Había capas de historia escondidas, capas a las que yo nunca había tenido acceso.

"No, no es tan sencillo", comentó, frunciendo el ceño. "Creo que... desde que Anna volvió a mi vida, y los dos volvimos a estar juntos, es como si algo hubiera hecho clic en ella. Como si se hubiera dado cuenta de que desperdició mucho tiempo de su vida en un

matrimonio con un hombre que no le gustaba, y ahora, tiene que recuperar el tiempo perdido."

Aquello tenía mucho sentido para mí. Había oído la conversación que había tenido con Diana, su amiga, sobre su deseo de salir al mundo y probar cosas nuevas. ¿Eso era yo para ella? ¿Algo nuevo? Pero eso no explicaba por qué había salido corriendo como lo había hecho.

"Entonces, ¿crees que es por eso que ha estado no tan bien?" Le pregunté. Quería oír exactamente lo que tenía que decir sobre todo esto, exactamente lo que pasaba por su cabeza. Conocía a su madre mejor que nadie, y si alguien podía explicarme por qué se comportaba así, era él.

"No veo cómo no podría", suspiró. "Quiero decir, viendo mi vida y dándose cuenta de cuánto ella desperdició con ese imbécil... Lo siento, Trevor, sé que trabajabas para él. No debería hablarte así de él".

"Está bien", le dije. "Trabajé para él, nada más. Sé que era despiadado".

"Realmente lo era", estuvo de acuerdo. "Y estaba... Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguir lo que quería. Incluso si eso significaba atrapar a mi madre en un matrimonio en el que sabía que ninguno de los dos era feliz. No puedo creer cuántos años perdió con él, atrapada allí, sabiendo que no había salida, sabiendo que tenía que quedarse con ese hombre por el bien de su familia..."

Se interrumpió de nuevo, como si no estuviera seguro de qué decir al respecto. Algo empezaba a encajar, algo sobre la forma en que había intentado mitigar el daño de las palabras que me dijo sobre su padre. Como si le preocupara que yo siguiera unido a él de alguna manera. Claro, yo había trabajado para él durante años, pero eso solo significaba que había visto todos sus peores y más oscuros lados, los lados que hacía todo lo posible por ocultar a los demás. Había visto de lo que era capaz; había visto todos sus secretos más sucios, y no era como si guardara algún amor por él en mi corazón después de todo eso.

Pero él claramente pensó que sí. Y quizá Tala pensaba lo mismo. Quizá le preocupaba que yo fuera el último vestigio de su marido, el marido que tan claramente intentaba dejar atrás. Claro que se había acostado conmigo, pero dar un paso más allá, incluso una pequeña muestra de afecto como llevarle un café, podría haber bastado para despistarla y hacer que se preguntara si debería haber sido más cuidadosa a la hora de contenerse.

"¿Por qué estás tan interesado en mi madre de repente?" Callum presionó, y supe que le había sacado todo lo que iba a poder sin que adivinara que algo pasaba dentro de mi cabeza.

"Como he dicho, solo quiero asegurarme de que sé todo lo que pasa", respondí encogiéndome de hombros. Me levanté y me dirigí a la puerta.

"Si surge algo más, ya me lo dirás", le dije, y él asintió.

"Claro", respondió, un poco confuso. Salí antes de que pudiera sacar más conclusiones. Lo último que quería era que adivinara lo que me pasaba por la cabeza o por la cama.

Me dirigí al gimnasio, con la esperanza de desahogarme un poco para poder concentrarme en el trabajo del día. Estaba preparando una nueva ruta de patrulla para los guardias alrededor del perímetro de la propiedad, algo menos intenso, y quería asegurarme de no pasar por alto nada obvio por estar distraído con lo que estaba ocurriendo con Tala.

Tala. Cuando pensaba en ella, cuando su nombre cruzaba mi mente, algo sucedía en mi interior. Algo más que la sacudida de atracción que había notado hacía unas semanas. No, era algo más profundo, algo que sabía que no debía dejar que se me metiera en la cabeza, pero ¿cómo negarlo? Ella era más que las otras mujeres con las que había estado, al menos para mí. Quizá solo porque la conocía mejor, o quizá por cómo confiaba en mí cuando estábamos los dos solos. No podía saciarme de ella, me sentía hambriento de ella, incluso ahora.

Yo había visto todo lo que ella había pasado a manos de su ex, al menos gran parte de ello. Y quería arreglarlo. Quería demostrarle que era digna de tantos cuidados, de tanta atención, de tanto placer. Y ella se había entregado a mí, dejándome tomar el control total cuando estábamos solos, pero eso no era suficiente. Yo necesitaba más. La necesitaba a ella.

Me subí a la cinta y me miré en el espejo mientras intentaba serenarme. Tenía que mantener la cabeza fría, o iba a acabar metido en más problemas de los que podía manejar. Iba a acabar enamorándome de ella.

Hacía muchísimo tiempo que ni siquiera me planteaba que algo así pudiera ocurrir. Desde que había considerado siquiera la posibilidad de estar cerca de alguien así. Mierda, todas las chicas con las que había estado estos últimos años habían sido cosa de una noche, un fin de semana como mucho; pero Tala estaba ahí mismo, viviendo en la

misma casa que yo, tan tentadoramente cerca pero tan distante a la vez. No sabía qué hacer con todo aquello. No sabía si podía hacer algo con ello.

Apreté los dientes. Si iba tras ella, si intentaba acercarme a ella, solo conseguiría que huyera más lejos de mí. Iba a querer poner tanta distancia entre nosotros como pudiera si empezaba a recordarle a Mario. Y sin embargo, la idea de alejarme hizo que cada músculo de mi cuerpo se tensara. No había ni una sola posibilidad de que me atuviera a eso.

Me estaba volviendo loco no tenerla. El sexo no había sido suficiente para sacármela de encima como pensaba. Todavía había mucho más que quería hacer con ella, mucho más placer que quería darle, muchas más cosas que quería explorar…

Pero nada de eso importaba a menos que ella estuviera dispuesta a darme una oportunidad. Y, dada la forma en que había huido de mí cuando había visto ese café… la cosa no pintaba precisamente bien para mí.

Capítulo Doce - Tala

Miré por la ventana, hacia el sol brillante en el jardín, y finalmente me puse en pie.

Se acabó. Llevaba demasiado tiempo sin hacer nada, pensando demasiado. Necesitaba despejar la cabeza o iba a perderla por completo.

Había pasado casi una semana desde la última vez que vi a Trevor en condiciones, y mi cabeza había estado hecha un lío desde entonces. No sabía cómo iba a sacármelo de la cabeza. Sentía como si se hubiera enganchado allí, encerrado para que no pudiera deshacerme de él. Echaba de menos su tacto, su beso, el sonido de su voz, su fuerza, todo eso, y sabía que no podía dejarme caer más por ese hombre, o iba a acabar en serios problemas.

Cogí un par de zapatillas y me dirigí a la puerta principal, rezando por no tropezarme con Trevor por el camino. Era la última persona a la que quería ver en este momento, y estaba segura de que encontraría algún motivo para hacerme compañía, aunque yo no lo quisiera. Probablemente, me haría creer que no era seguro salir sola, aunque sabía que estaba bien: las cosas se habían calmado por completo en los últimos meses y no parecía que hubiera ningún peligro del que tuviera que estar alerta.

Ningún peligro excepto para él, por supuesto.

Llegué a la puerta principal y uno de los guardias me la abrió para que saliera.

"¿Quiere que la acompañe un guardia?", preguntó, y yo negué con la cabeza al instante.

"Estoy bien", solté rápidamente. "Y no... no le digas a nadie adónde he ido, ¿vale? Solo voy a dar un paseo. Necesito un poco de paz y tranquilidad".

"Si eso quieres", me contestó, aunque por el ceño fruncido que me dedicó me di cuenta de que no le gustaba mucho la idea. En cuanto pude, me alejé de la propiedad, calle abajo, en dirección a la ciudad.

Ni siquiera sabía adónde iba, y me costaba concentrarme lo suficiente como para elegir un destino. Solo sabía que necesitaba poner distancia entre este lugar y yo.

Entre él y yo.

Aún sentía las marcas en el cuerpo donde me había agarrado. Nunca pensé que me gustaría que alguien fuera tan brusco como él lo había sido conmigo, pero el alivio de

renunciar al control absoluto y dejar que él llevara la voz cantante era imposible de negar. Puede que odiara la idea de hacerlo en cualquier otro lugar que no fuera el dormitorio, pero cuando se trataba de lo que hacía entre las sábanas, necesitaba a alguien que me guiara, alguien que me enseñara exactamente lo que quería y cómo conseguirlo.

Pero no podía esperar que simplemente... dejara eso en cualquier otro sitio, ¿verdad? Había dejado claro que quería ser él quien mandara, y solo Dios sabía que yo había vivido así lo suficiente como para que me durara el resto de mi vida. No quería entregarme así, no cuando estaba empezando a experimentar una vida propia.

Deambulé hacia el centro de la ciudad, sin estar segura de adónde me llevaban las piernas, tratando de concentrarme en la sensación del suelo bajo mis pies y en la forma en que avanzaba. Había pasado por muchas cosas en lo que se refería a los hombres -incluso había estado casada- pero, de algún modo, nunca había sentido algo así en mi vida, desde que tenía memoria. Este deseo real, esta necesidad real por un hombre que sabía que era cualquier cosa menos bueno para mí. Me estaba volviendo loca.

Realmente necesitaba hablar con Diana sobre esto, pero me sentía avergonzada por haberme metido en este tipo de situación en primer lugar. Sabía que debería haber tenido más cuidado. Soltarme era una cosa, pero involucrarme con un hombre como Trevor... sí, debía de estar loca. O estúpida. O ambas cosas. Era del mismo mundo que Mario, un hombre envuelto en la oscuridad y el poder como mi marido, ¿por qué iba a ser diferente?

"¡Eh!"

De repente, una voz captó mi atención, elevándose por encima del ruido de la multitud que me rodeaba. Levanté la cabeza e inmediatamente me pregunté si debería haber aceptado la oferta de un guardia, pero cuando vi a la joven que se dirigía hacia mí, supe que no tenía nada que ver con el negocio familiar.

Tardé un momento en recordar dónde la había visto antes, pero entonces caí en la cuenta: en el club. Era la camarera, la que había mirado a Trevor con ojos coquetos y cuyo novio se había metido en medio de nuestro baile.

"Hola", respondí, con la voz ligeramente temblorosa, aunque no sabía por qué. Tenía los ojos encendidos de ira y el pelo oscuro alborotado alrededor de la cara.

"Tienes que alejarte", me dijo, señalándome con el dedo. Me quedé mirándola un momento, preguntándome si la estaría oyendo bien.

"¿De qué estás hablando?", pregunté, realmente confundida. Eso solo pareció enfurecerla más.

"Oh, no te hagas la tonta conmigo, vieja zorra", me espetó a los pies. Sus palabras estaban llenas de tal vitriolo que me pillaron completamente desprevenida. Mis ojos se abrieron de par en par.

"Estás con Trevor, ¿verdad?", preguntó. "Los vi a los dos en el club. No podía creer que lo vieran con alguien como tú, alguien tan..."

Me miró de arriba abajo, claramente intentando elegir la palabra perfecta para describir lo que veía delante de mí.

"Decrépita".

Se me hizo un nudo en la garganta. Quería devolverle algo, demostrarle que no podía hablarme así, pero sabía que habría sido en vano. Nunca se me habían dado bien este tipo de situaciones, nunca se me había dado bien replicar con algo inteligente y, a juzgar por la expresión de su cara, de todos modos no habría estado dispuesta a escucharme.

"¿Qué haces, le pagas para que salga contigo?", se burló de mí. "No se me ocurre otra razón por la que querría llevarte a un club".

Sentí que las lágrimas me punzaban los ojos y me di la vuelta. No tenía por qué escuchar esto, no tenía por qué aguantar este tipo de abusos.

"No he terminado de hablar contigo", me gritó, pero yo agaché la cabeza. Podía sentir todos esos ojos sobre mí, toda esa gente probablemente juzgándome mientras esta mujer me gritaba, aquí mismo en la calle. Preguntándose si yo era una especie de sugar-mama, pagando a un hombre más joven para darme esta atención que no podía conseguir en ningún otro lugar.

"¿Qué más tienes que decir? Exigí, girando sobre mí misma para mirarla, sorprendiéndome por lo atrevida que estaba siendo. No podía soportarlo. No quería que me hablaran como a un depredador, como a una clienta que busca la atención de un hombre.

Me sonrió. Me di cuenta de que estaba encantada de haber conseguido meterse en mi pellejo y me maldije por haberle dado esa satisfacción.

"Aléjate de él", me dijo, clavándome de nuevo el dedo en el pecho. "¿Sabes lo ridículos que se ven juntos? Él, un chico joven, y tú..."

Me señaló. Retrase la lágrima que amenazaba con caer por mi mejilla, no quería darle la satisfacción de verme así.

"¿Has terminado?" Le pregunté. No sabía qué tipo de relación tenía con Trevor, pero estaba claro que se lo tomaba muy en serio. Creía que tenía su propio novio, pero era obvio que sentía que tenía algún tipo de derecho sobre él.

"No, tú terminaste", me gruñó. Y se alejó de mí, dejándome de pie en la calle, preguntándome qué demonios acababa de ocurrir.

Me apresuré a volver a la mansión lo más rápido que pude, las lágrimas empezaban a resbalar por mis mejillas mientras intentaba recomponerme. Odiaba decirlo, pero ella tenía razón. Tal vez no sobre tener que alejarme de Trevor, pero sí sobre cómo se sentiría la gente al respecto. Cómo nos vería la gente a los dos. Mirarían mi pasado, mi historia, y pensarían que estaba usando mi dinero y mi poder sobre él para conseguir lo que quisiera. Que no era más que un hombre joven que hacía todo lo posible por cobrar, por servirme, por tratarme como yo quería que me trataran porque, de lo contrario, nunca habría sido capaz de convencer a nadie para que lo hiciera.

Cerré los ojos y recuperé el aliento en la esquina de una calle, intentando evitar más lágrimas. Tenía que terminar con él antes de que me humillara aún más de lo que ya lo había hecho. No podía soportarlo, ni un momento más.

No estaba segura de cómo iba a alejarme de él, pero tenía que encontrar una manera. Tenía que poner distancia entre nosotros, de alguna manera. Porque no podía dejar que la gente me viera como ella me veía. No podía dejar que la gente me viera como el tipo de mujer que pagaría para conseguir lo que quería. Yo nunca fui así; nunca quise explotar mi poder o mi dinero para que la gente pasara tiempo conmigo, ya fuera románticamente o de cualquier otra forma; me habría parecido demasiado a Mario. No soportaba ni siquiera pensar que la gente me viera a través de ese prisma, fuera cierto o no.

Me sequé las lágrimas de las mejillas y endurecí la boca. Sabía que podía manejar esto. Solo tenía que cortar por lo sano, centrarme en mí misma.

Y prometerme a mí misma que no iba a dejarme arrastrar por lo hermosos que eran esos ojos grises nunca más.

Capítulo Trece - Trevor

Me pasé la mano por la cabeza mientras esperaba frente a su puerta, escuchando el sonido de su movimiento en el interior. Había pasado más de una semana desde la última vez que habíamos hablado, y no sabía cuánto tiempo más podría esperar, así que había decidido cortar la distancia e ir a verla. Tenía que hacerlo. No podía soportar esta lejanía entre nosotros. Ya había durado demasiado, y me había cansado de esperar.

Levanté la mano para tocar la puerta y eché un vistazo al pasillo para asegurarme de que nadie me observaba. Un momento después, Tala abrió la puerta y, al verme al otro lado, bajó los hombros.

"Oh, Trevor", murmuró, con la voz en blanco. "Eres tú."

No era exactamente la bienvenida que esperaba, pero podía soportarlo. Sonreí.

"Sí, lo es", respondí. "¿Puedo entrar?"

Se detuvo un momento, cruzó los brazos sobre el pecho y negó con la cabeza.

"No", respondió ella. "No creo que sea una buena idea".

"¿Por qué no?" Pregunté, estirando la mano para tocar su brazo. "¿No me has echado de menos?"

"Trevor, para", me dijo, y entro a la habitación, yo la seguí.

"¿Qué está pasando, Tala?" Pregunté. "Ha pasado más de una semana y no te he visto en absoluto. Saliste corriendo después de que te trajera un café, y desde entonces... nada. No sé qué he hecho mal".

"¿Ah, no?", me espetó. Cerré la puerta tras de mí, asegurándome de que nadie pudiera oír la conversación. Lo último que necesitaba era que me preguntaran qué estaba pasando aquí.

"No, joder, no lo sé", le gruñí. "Entonces, si quieres explicarme..."

"Ayer me encontré con tu novia", me dijo. Fruncí el ceño, confuso.

"¿Novia? No tengo..."

"¿La chica del bar? ¿La camarera?", me preguntó. "Salí a dar un paseo y ella se puso a gritarme".

Mi corazón se hundió. Mierda. Eso era lo último que necesitaba ahora mismo. Las cosas ya eran lo suficientemente complicadas como para que alguien de mi pasado se involucrara, y mucho menos alguien a quien ya había intentado dejar atrás. Jaida, la camarera con la que me había acostado hacía meses, me importaba un bledo, pero estaba claro que ella no pensaba lo mismo.

"Lo siento", gemí. "Yo..."

"No, no te preocupes, no tienes por qué disculparte", replicó. "Ella fue muy clara. Me dijo que tenía que alejarme de ti. Como era tan vieja, me vería ridícula cerca. Y que todo el mundo pensaría que te estaba pagando para que pasaras tiempo conmigo, porque alguien como tú nunca podría querer a una mujer como yo".

Su voz se quebró cuando dijo la última parte. Me dolió muchísimo oírla hablar así de sí misma. Nunca quise que se sintiera mal, ni por asomo, pero sonaba como si ya lo hubiera decidido, como si todo el mundo la viera así.

"Me insultó en una calle llena de gente", continuó, con la voz temblorosa mientras intentaba que le salieran las palabras. "¿Tienes idea de lo que sentí?"

"No importa lo que piensen", le dije, dando un paso adelante e intentando cogerle la mano, pero ella me la arrebató enseguida.

"Oh, sí, eso dices ahora", respondió, sacudiendo la cabeza. "¿Pero qué pasará cuando... si alguien se entera de lo nuestro y piensa que solo me estás utilizando por mi dinero? ¿O qué te estoy pagando para que te acuestes conmigo?".

"Que se jodan", gruñí de inmediato. "Si crees que me importa un bledo lo que..."

"¿Y cuántas otras mujeres van a enfrentarme así?", continuó. "¿Cuántas otras chicas hay en tu pasado, Trevor? ¿Acaso conoces a alguna más?"

Separé los labios, queriendo responder, pero no tenía nada. La verdad era que no sabía con cuántas mujeres había estado. Había perdido la cuenta hacía mucho tiempo. Nunca había tenido motivos para pensar que necesitaría saberlo, pero podía oír el dolor en su voz, la agonía mientras intentaba darle sentido a todo aquello. Mientras observaba mi cara, mi inútil reacción, soltó una risa despreocupada.

"Sí", suspiró. "Eso es lo que pensaba. Tienes demasiados para contarlos, ¿no? Y yo solo soy otra en una larga lista de..."

"Eso no es cierto", la corté. "No eres como las demás, Tala. No te pareces en nada a ellas..."

"Y estoy segura de que eso es exactamente lo que les dijiste a todas ellas", añadió. Me di cuenta de que no iba a conseguir hablar con ella; ya había tomado una decisión sobre todo esto. Ya había decidido que yo no era más que un problema, un jugador que la utilizaba para conseguir todo lo que pudiera.

"No lo entiendes, Tala", le dije, la frustración aumentando en mi voz. Necesitaba que lo entendiera, pero no sabía cómo conseguir que lo viera desde mi punto de vista. ¿Por qué iba a pensar que yo era diferente con ella? ¿Por qué iba a creerme? Si yo hubiera estado en su lugar, dudaba que hubiera dicho una palabra de lo que salía de mi boca ahora mismo, ni una maldita palabra.

"No, no quiero", contestó mirándome fijamente, con una profunda tristeza en el rostro. "Me gustaría, pero no es así. Y lo siento. Pero necesito que te vayas ya. No puedo soportarlo. Necesito... necesito que te vayas".

Se quedó callada, mirando al suelo. Me dolía el pecho, verla así, verla aislarse, negándose a darme siquiera la oportunidad de explicarme. Pero sabía que si insistía más en romper los límites que ella había establecido, a la larga empeoraría las cosas. Tenía que dejarla ir, retroceder y darle espacio, o no iba a ser mejor que el hombre con el que se había visto obligada a casarse hacía tantos años.

Respiré hondo, me di la vuelta y salí de su habitación, flexionando las manos a los lados mientras intentaba recomponerme. Necesitaba darle espacio, claro, pero ¿cómo iba a hacerlo si lo único que quería era cogerla, estrecharla entre mis brazos y decirle que era mía? Entendía por lo que estaba pasando, entendía por qué estaba asustada, pero la quería de todos modos, la necesitaba.

Me fui enfadado por el pasillo y sentí que la ira empezaba a apoderarse de mí antes de que pudiera detenerla. Así que quería su espacio, ¿eh? ¿Creía que yo no era más que un jugador? Tal vez eso es lo que era. Tal vez eso era exactamente lo que iba a hacer esta noche.

Me dirigí a la puerta, donde uno de los guardias, Matty, ya estaba esperando; pasé junto a él, lanzando una mirada en su dirección.

"Esta noche te encargas tú", le dije. "Estás a cargo. ¿De acuerdo?"

"¿Dónde vas a estar?", preguntó frunciendo el ceño.

"No importa", respondí, poniéndome el abrigo. "No necesitas saberlo".

Salí, cogí un coche y me dirigí al centro de la ciudad. Sabía adónde me dirigía: el

club más sórdido del que podía echar mano, el mejor lugar para encontrar una chica con la que volver a casa. Ni siquiera estaba seguro de poder soportar estar con otra persona, pero de ninguna manera podía quedarme sentado en la mansión, rumiando lo que Tala acababa de decirme. Si ella pensaba que yo era un playboy sin brújula moral, entonces eso era exactamente lo que iba a ser esta noche.

Entré en la discoteca, pasé por delante del portero y me dirigí directamente a la barra para pedirme unos tragos. Me los tomé seguidos, el alcohol me quemaba la garganta en lugar de aliviarme el dolor que sentía en el pecho. Miré a mi alrededor, tratando de elegir a una chica que pudiera llevarme a casa. En realidad no miraba a ninguna de ellas, la forma en que me parecían no me importaba. Solo necesitaba a alguien ahora mismo, a cualquiera...

Pillé a una chica mirándome desde el otro extremo de la barra, ojos oscuros, pelo oscuro. No me fijé mucho más en ella, pero no me hizo falta. Me dirigí hacia ella, con los ojos fijos en los suyos, y pinté una sonrisa en mi cara.

"Hola", la saludé. Agitó las pestañas al verme.

"Hola", respondió coqueta. "¿Quieres invitarme a una copa?"

"¿Tienes edad para beber?", le pregunté. Se me quedó mirando un momento y luego asintió.

"Claro que sí", respondió ella. "Tengo veintidós años".

Veintidós. Parecía tan joven, comparada con Tala, y no en el buen sentido. Tenía tan poca experiencia de la vida, y cuando me miró, pude verlo escrito en toda su cara. No la quería. No quería a alguien como ella. Yo quería...

No, no podía pensar así. Había salido esta noche porque no quería pensar así, y se acabó.

"Claro, te invito algo", contesté, le hice señas al camarero y pedí un par de cervezas para los dos. Ella dio un sorbo a la suya, dejando que sus labios se deslizaran seductoramente por la botella mientras me escuchaba. Cualquier otra noche, ya habría estado a punto de llevármela a casa, pero ahora no podía ni pensarlo. No podía soportar la sensación de sus ojos clavados en mí, de lo claro que estaba que me deseaba. Yo solo... quería irme. Necesitaba salir de aquí.

"Debería irme", le dije cuando llevábamos una hora hablando. Ella me sonrió. Me di cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Ni siquiera se le había ocurrido decírmelo.

Estaba claro que sabía tan bien como yo que no necesitábamos intercambiar nada tan formal.

"¿Quieres que vaya contigo?", preguntó, y yo negué con la cabeza. Su cara se desencajó.

"¿Qué?", exclamó. "Pero nosotros... Tú..."

"Siento haberte hecho perder el tiempo", contesté, y pagué otra bebida antes de alejarme de ella. Podía sentir su mirada fija en mi espalda, y mantuve los ojos bien fijos en el frente. Tenía todo el derecho a estar enfadada conmigo después de la forma en que acababa de hacerle perder el tiempo, pero no estaba dispuesto a seguir fingiendo.

Yo no la quería. Ahora mismo solo pensaba en una mujer en el mundo, y era la única que no quería saber nada de mí. Y si hubiera visto cómo reaccioné, habría pensado que tenía razón en todo lo que había pasado: que yo era un jugador, que jugaba con ella por diversión hasta que encontrara a otra persona con la que pasar el tiempo.

Y podía tener razón. Me había encariñado con ella en las últimas semanas, pero no sabía si estaba confundiendo nuestra química física con algo más profundo. Ya había pasado por muchas cosas, ¿podría arrastrarla mientras intentaba averiguar qué era exactamente lo que estaba buscando? No lo sabía.

A pesar de que la cabeza me daba vueltas, volví a subirme al coche, estaba a punto de alejarme del club y emprender el camino de vuelta a la mansión cuando me di cuenta de lo jodidamente imprudente que estaba siendo. Conducir borracho sería darle la razón a Tala. Ojalá hubiera alguna forma de comunicarle que yo no era la persona que ella creía; que no era un reflejo de su marido que resultaba ser unas décadas más joven. Yo era mejor que eso. Me preocupaba por ella más que eso.

Me recosté en el asiento y cerré los ojos. Aún sentía el sabor del vodka quemándome en la garganta, recordándome lo estúpido que había sido. No podía estar con ninguna otra mujer, ni aunque quisiera. Mi cuerpo la ansiaba a ella y solo a ella, y eso iba a ser un jodido problema.

Porque ella no parecía querer tener nada que ver conmigo en este momento. Y no podía esperar mucho más antes de que el síndrome de abstinencia empezara a hacer efecto.

Capítulo Catorce - Tala

Sentía que Anna me observaba mientras me servía un café grande, nunca se le daba bien ocultar cuando tenía algo en mente. Probablemente, se preguntaba por qué parecía tan cansada, aunque no había forma de decirle la verdad, yo había estado dando vueltas en la cama toda la noche, pensando en lo que le pasaba a Trevor que ni siquiera sabía por dónde empezar.

"¿Estás bien?", me preguntó finalmente, mientras guardaba un pequeño paquete de leche materna que acababa de extraerse. Callum iba a salir hoy con Aidan y Tia, y ella les estaba preparando una bolsa para poder relajarse y tener un día para ella sola. O un día interrogándome, por lo que parecía.

"Sí, estoy bien", respondí, un poco más bruscamente de lo que pretendía. "¿Por qué?

"Pareces cansada, eso es todo", comentó. Conseguí sonreír.

"Y tú eres la que tiene el bebé", me burlé. "Deberías estar mucho más agotada que yo".

"Oh, estoy bien", respondió, agitando la mano. "Tia duerme bien. Y Aidan siempre quiere ayudar. No es difícil estar al tanto".

"Bueno, me alegro de oírlo", comenté, estaba a punto de coger mi café y dirigirme al vestíbulo, cuando Anna volvió a hablar.

"Vi a Trevor entrar en tu habitación anoche".

Al instante, se me congelaron los pies. El pánico me revolvió el estómago. No. No. No, de ninguna manera... Me volví hacia ella, haciendo todo lo posible por mantener un rostro neutro. Por lo que ella sabía, podría haber sido totalmente inocente, no necesitábamos convertir esto en nada...

"¿Lo hiciste?" Respondí, despreocupadamente. Ella asintió.

"Y oí... los oí mantener una conversación", confesó, dando un paso hacia mí con cuidado, como si esperara que saliera corriendo en cualquier momento. "Sonaba... intensa".

Mi mente se agitaba mientras intentaba encontrar una salida. ¿Podría negarlo? Podía intentarlo, pero dudaba que funcionara. Anna era más lista que eso. Y además,

necesitaba hablar con alguien sobre ello... Quizá esta era la oportunidad que había estado esperando.

"¿Qué has oído?", pregunté. No quería soltarle más de lo que ya sabía, pero si lo había descubierto, no tenía sentido ocultarlo.

"Los oí discutir", confesó. "Y yo... me imaginé que estaban... juntos".

Las palabras flotaron entre nosotras. Podría haberlo negado, por supuesto. Podría haberle dicho que se había equivocado de cabo a rabo, que no pasaba nada y que estaba loca por sugerirlo. Pero estaba demasiado agotada para pretender. No tenía fuerzas para seguir fingiendo ante ella ni ante mi familia.

Bajé la mirada al suelo y asentí.

"Lo estamos", admití. "O... estábamos, creo. No sé ahora".

Se quedó callada un momento y levanté la vista para encontrarme con sus ojos abiertos de par en par mientras me miraba asombrada. Era exactamente lo que me preocupaba, que me juzgaran, que alguien me mirara como si estuviera loca.

"Sé lo que debes pensar de mí", añadí rápidamente. "Sé cómo suena. La diferencia de edad entre nosotros, quiero decir..."

"No, no", respondió Anna, levantando una mano para detenerme en seco. "No es nada de eso. Es mucho que asimilar, eso es todo".

"No se lo dirás a Callum, ¿verdad?" Pregunté rápidamente. "No creo que sepa qué hacer con esto".

"No lo haré; tienes mi palabra", prometió. "¿Cómo sucedió?"

Suspiré, con los hombros caídos.

"Ni siquiera lo sé", confesé. "Fue como si algo simplemente... cambiara. Como si me estuviera mirando por primera vez, y realmente me quisiera. Como algo más que una jefa, quiero decir, como algo más".

"Así que, ¿habéis estado...?"

"Sí", respondí, sintiendo que mis mejillas empezaban a calentarse ligeramente. No estaba segura de si esta era exactamente la clase de conversación que debería haber tenido con Anna, pero tal vez ella tendría algo útil para mí, después de todo, ella y Callum habían pasado por sus altibajos, su tiempo separados y sus propios problemas. Tal vez tuviera un consejo que hiciera todo esto más fácil.

"Vaya", murmuró ella, alzando las cejas. "No me lo esperaba. ¿Cuánto tiempo lleva así?"

"No mucho", respondí. "Solo hemos... estado juntos un par de veces".

"Así que deberían estar disfrutando, no discutiendo", señaló. "¿Qué ha estado causando los problemas con ustedes dos?"

"Oh, creo que tengo que aceptar que no puedo tener nada a largo plazo con él", respondí, agitando la mano, tratando de hacer que sonara como si fuera mi elección y no algo que me habían impuesto.

"¿Por qué piensas eso?", respondió ella, ladeando la cabeza.

"Bueno, vamos". Me reí, intentando sonar lo más despreocupada posible. "La diferencia de edad. Y no es que no tenga una reputación".

"Sí, Callum me lo ha mencionado un par de veces", comentó ella, con una sonrisa divertida. "Pero que haya estado con muchas mujeres en el pasado no significa que no quiera sentar la cabeza en el futuro, ¿verdad?".

"¿De verdad crees que querría sentar la cabeza con alguien como yo?". Señalé. "Prácticamente, le doblo la edad. Querrá a alguien joven. Alguien con quien pueda relacionarse. Alguien con quien pueda formar una familia".

"¿Eso es lo que te ha dicho?", preguntó. Aquella pregunta me pilló desprevenida, tenía que admitirlo. Negué lentamente con la cabeza. Nunca me había dicho eso. Yo solo había supuesto que querría a alguien que encajara mejor con él que yo; no podía imaginármelo sintiéndose feliz, realizado, con alguien mucho mayor que él, alguien que no pudiera darle una familia.

"No, pero al final lo querrá", le contesté. "Todos los hombres lo hacen. Mira a Callum..."

"Callum no es todo chicos, sin embargo", señaló. "No todo el mundo quiere eso".

"Pero eso es lo que quieren de mí", solté sin poder contenerme. Apreté los labios, molesta por haberlo dicho en voz alta, molesta por habérselo dicho a Anna, de entre todas las personas. Ella no entendía lo que era que te casaran tan joven, que te criaran como a un maldito poni de exhibición. Cuando era adolescente, me habían entregado a un hombre mayor, un hombre r que no me consideraba más que una madre para sus posibles herederos y una cara bonita para llevar del brazo en las funciones. ¿Y ahora? Ahora no podía tener hijos. Ya no era la misma cara bonita de hacía tantos años. No veía

qué querría un hombre de mí, al menos a largo plazo.

"¿Qué quieres decir?", preguntó Anna suavemente. Aparté la mirada de ella. Todo esto me parecía demasiado doloroso para decírselo, demasiado doloroso para expresarlo con palabras. No estaba preparada para escuchar todo esto.

"No importa", murmuré.

"Sí, importa", respondió ella con firmeza. "Me importa, Tala".

"¿Por qué?" Le respondí. "Te mantuve alejada de Callum tanto tiempo".

"Porque sé que la gente puede cambiar", respondió. "Y sé por lo que has pasado. Callum me ha contado muchas cosas, y yo... te admiro, Tala. Admiro que seas capaz de valerte por ti misma después de todo lo que pasó. No puedo imaginar lo duro que fue para ti, estar atrapada con ese hombre horrible durante tanto tiempo, viendo lo que le hizo a tu hijo, también. Mereces ser feliz. Y no mereces interponerte en el camino de tu propia felicidad".

"Mi felicidad", murmuré. No sabía de qué estaba hablando, al menos no en lo que se refería a Trevor. Sabía que no podía ser realmente feliz con él, no cuando siempre buscaría la siguiente chica que mantuviera su interés.

"Sí -respondió Anna, y me dio un apretón en el brazo. Había algo en su suave tacto que hizo que se me hiciera un nudo en la garganta, y tuve que tragármelo rápidamente. No sabía por qué me estaba emocionando tanto. Tenía que serenarme.

"¿Te gusta estar con él? Me refiero a Trevor", me preguntó. Dudé antes de responder, pero finalmente asentí con la cabeza.

"Sí, de verdad", admití. Era la verdad. Estar con él me hacía sentir viva como ninguna otra cosa me hacía sentir, como ninguna otra cosa me había hecho sentir nunca. Como si por fin estuviera realmente en mi cuerpo, capaz de disfrutar cada momento de nuestro tiempo juntos. Cuando estábamos juntos, no quería que nada se interpusiera, pero...

"Entonces deberías hablar con él", me instó. "Habla con él y mira dónde está. Tal vez te sorprendas, tal vez esté más interesado en las mismas cosas que tú de lo que crees".

Resoplé.

"Sí, bueno, eso sería una historia para los libros", respondí. Ella enarcó las cejas y

se encogió de hombros.

"Oye, si no preguntas, nunca lo sabrás, ¿verdad?", señaló. "Tienes que intentarlo. Te lo mereces, Tala".

Bajé la mirada hacia mi café, reflexionando sobre sus palabras. No sabía si podría soportar volver a verle, hablar con él, admitir lo que sentía. Después de cómo lo había rechazado antes, estaba segura de que se reiría en mi cara y me diría que lo superara. Si no hubiera salido y encontrado a alguien con quien estar...

Dios, pensar en eso me hizo sentir un poco enferma, lo cual sabía que era ridículo. Casi le había dicho que lo nuestro había terminado. Habría tenido sentido si él hubiera salido al mundo y encontrado a alguien nuevo.

"Se te nota en la cara que te gusta", me dijo Anna, dándome un codazo juguetón. "No puedes dejar que lo que piensen los demás se interponga en tu camino".

"Oh, no lo sé", respondí, agitando la mano. "No va a querer nada a largo plazo conmigo. Es mejor terminar antes de que se ponga demasiado complicado. Especialmente con los dos viviendo aquí".

Anna hizo una mueca.

"Tienes que ser un poco más amable contigo misma", me instó.

"Eres muy dulce, Anna", le dije, dándole un rápido abrazo. "Pero no tienes que preocuparte por mí. Soy una mujer adulta; ¡puedo arreglármelas sola!".

Intenté sonar jovial al decir esto último, pero estaba segura de que sonaba más desesperada que otra cosa.

Me apresuré a salir de la habitación, no quería enredarme en esta conversación más de lo que ya lo había hecho. Lo más importante era darme tiempo para pensar.

Y esperando que Anna no le dijera nada a Callum para exponer mi pequeño y sucio secreto.

Capítulo Quince - Trevor

Salí del coche casi tropezando; notaba el alcohol corriendo por mi organismo, pero no me importaba. Había llegado a la mansión y lo único que quería era una ducha caliente y dormir un poco.

Había salido por segunda noche consecutiva, después de que la inquietud de estar sin Tala me llevara de nuevo al club. Ni siquiera sabía qué buscaba allí, pero sabía que no podía estar solo. Me volvería loco si no le ponía las manos encima pronto, y lo más cerca que estaba de conseguirlo era saliendo e intentando olvidarme de todo lo que estaba pasando.

Era tarde cuando llegué de nuevo a la casa y Matty montaba guardia en la puerta. Me miró de arriba abajo con aire crítico.

"¿Qué pasa? Pregunté, arrastrando un poco las palabras. Joder, esperaba que Tala no me viera así. No había nada menos atractivo que alguien tan borracho como yo ahora mismo.

"Callum quiere verte", me dijo, con voz fría. Enseguida me di cuenta de que, fuera lo que fuera lo que Callum tenía que decirme, no iba a ser nada bueno. Gemí y me pasé una mano por la cara.

"¿No puede esperar hasta mañana?", murmuré, y él negó con la cabeza.

"Créeme, mejor no dejarle esperando con esto", me advirtió. Puse los ojos en blanco. No estaba acostumbrado a oír algo tan serio de la boca de Matty, pero si eso me preparaba para darme una ducha y acostarme cuanto antes, lo aceptaba.

Me acerqué a su despacho y llamé a la puerta antes de entrar, dejando escapar un bostezo. Se levantó de un salto.

"Ahí estás", murmuró, y cerró la puerta tras de mí.

"¿Cuál es el problema?", le pregunté, levantando las manos a la defensiva.

"Matty me acaba de decir que le has dejado a cargo las últimas noches", respondió. "¿Qué está pasando? Te pago para que vigiles este lugar, no para que salgas y..."

Se detuvo un momento y me miró con el ceño fruncido.

"¿Estás borracho?"

"Sí", respondí sin rodeos. No tenía sentido tratar de eludir el tema; sabía que se daría cuenta tarde o temprano.

"Trevor, ¿qué te pasa?", preguntó. "Esto no es propio de ti. Tienes que sacarte la cabeza del culo".

"Estoy bien", respondí, entrecerrando los ojos y girándome hacia él. "No ha pasado nada, ¿verdad? Matty puede arreglárselas solo. Debería saberlo, yo lo entrené".

"Y si pasara algo", respondió cruzando los brazos sobre el pecho. "¿Y entonces qué? ¿Estarías en el club, emborrachándote e intentando follarte a alguna chica?".

"No estaba intentando follarme a ninguna chica", le gruñí. Sabía que no entendía por qué eso me cabreaba tanto, pero no iba a dejar que me hablara así. No iba a dejar que me hablara como si fuera un idiota cachondo que no sabía lo que le convenía.

"Vamos, Trevor, recuerda que te conozco", replicó, poniendo los ojos en blanco. "Sé lo que estabas haciendo. No tienes que mentir sobre ello, no a mí..."

"No lo hacía", volví a protestar, esta vez con la voz un poco más áspera. "No lo necesito. No quiero a nadie más".

Mierda. Ahí estaba, ahí fuera antes de que pudiera pararlo. Me frunció el ceño.

"¿Alguien más?", respondió. "¿De qué estás hablando?"

Sentía que la sangre me corría por la cabeza, una parte temeraria de mí me pedía a gritos que acabara de una vez y se lo dijera. Se enteraría de una forma u otra, ¿no? No podíamos guardar el secreto para siempre. Y tal vez quería que lo supiera... Mierda, necesitaba hablar con alguien sobre ello, solo para asegurarme de que era real. Hacía demasiado tiempo que no la tocaba y mi cuerpo me lo pedía a gritos, de una forma que ni siquiera sabía que fuera posible. Nunca había deseado a alguien así, no después de haberlo hecho mío. Debería haber seguido adelante, haber encontrado a otra persona, como Callum parecía creer que ya había hecho. Pero no podía. No quería. Seguía atascado con los recuerdos de lo que había pasado entre Tala y yo, y aún no estaba preparado para dejarlos atrás.

"Tala", respondí. Dejé que la palabra flotara en el aire mientras él me miraba fijamente. Su mandíbula se tensó.

"No sé qué clase de puta broma de mal gusto es esta, Trevor, pero no metas el nombre de mi madre en esto", me dijo en voz baja. "Esto es entre nosotros. No la metas en esto".

"No lo sabes, ¿verdad?" Pregunté. Sabía que pisaba terreno arriesgado. Podría haberme echado atrás y decirle que estaba bromeando, dejarlo ahí antes de que fuera más lejos, pero había una parte estúpida de mí que quería seguir adelante, una parte de mí que quería seguir presionando solo para ver cómo reaccionaba.

"¿Qué es lo que no sé?", preguntó apretando los dientes.

"Que hemos estado durmiendo juntos."

Pensé que me iba a dar un puñetazo, y maldita sea, probablemente me lo merecía, hablando así. Quería que reaccionara, algo, pero sobre todo quería que alguien supiera que lo que habíamos compartido era real. Había hecho todo lo posible por ocultarlo durante mucho tiempo, pero ahora había terminado con eso. Había terminado con eso. No quería ocultarlo; quería aceptarlo. Quería que la gente supiera cuánto la necesitaba, porque no estaba seguro de cuánto tiempo más, podría seguir fingiendo que no la necesitaba.

"Me estás tomando el pelo, ¿verdad?", exclamó. "¿Mi madre? ¿Mi madre, Trevor?"

"Lo sé", murmuré, bajando la mirada al suelo. "Yo no... no esperaba que ocurriera. Solo... sólo lo hicimos".

"Joder", murmuró Callum, empezando a caminar de un lado a otro de su despacho. "Todas las mujeres que has tenido, Trevor, todas las mujeres de esta ciudad que aún te desean, ¿y fuiste a por algo con mi madre? ¿Después de lo que ha pasado? ¿Después de todo lo que ha soportado?"

Podía oír la protección en su voz, una advertencia, pero sabía que no lo veía claro.

"Ella no es como las otras mujeres con las que he estado", le dije, sacudiendo la cabeza. "Ella... nunca lo fue. Tienes razón; he visto todo por lo que ha pasado, y puedo ver la persona con la que ha salido del otro lado. Puedo ver la mujer en la que se ha convertido, y... la quiero".

Callum cerró los ojos un momento, calculando antes de responder. Era un milagro que no hubiera volado ya a por mí, pero quizá se diera cuenta de que hablaba en serio. Esto no era un juego para mí, ella no era una pieza más del tablero que podía mover y eliminar a voluntad. Allí había algo especial. Sabía que lo había, aunque a ella le costara verlo ahora mismo.

"Hablas en serio", murmuró. "Lo dices en serio. Quieres... ¿Quieres estar con ella?".

"Quiero estar con ella", respondí. "Y sé cómo suena. Sé lo que debe parecerte a ti, y

necesito que sepas que no estoy intentando jugar a un estúpido puto juego. La quiero de verdad, no solo una aventura".

"Dios, no me hagas pensar así en mi madre", exigió, levantando una mano para detenerme en seco. "Necesito pensar, Trevor. Esto es mucho".

"Lo sé", murmuré. "Y lo siento. Es que... ya no puedo fingir que esto no está pasando. No puedo fingir que no siento lo que siento por ella. Siento que estoy perdiendo la cabeza por esto, por ella".

Callum levantó lentamente la mirada para encontrarse de nuevo con la mía antes de hablar.

"Si haces algo que la lastime", me advirtió. "Tienes que saberlo, estás acabado. Ya ha sufrido bastante. Ese matrimonio con mi padre, casi la destroza, cambió para siempre la forma en que se veía a sí misma. No merece volver a sufrir, no a manos de un hombre que no sabe lo que quiere. ¿Me explico?"

"Tienes mi palabra", le prometí, con un torrente de alivio recorriendo mi organismo. Eso era lo que necesitaba de él, esa aceptación, por tenue que fuera. Sabía que tenía que ser casi imposible para él oírme hablar así de su madre, pero al menos estaba dispuesto a escucharme en lugar de callarme.

"Y por lo demás, no quiero involucrarme en esto en absoluto", continuó Callum. "Sin detalles. Nada. Y mantenlo discreto y lejos de mi familia, ¿vale?"

"De acuerdo", respondí. Era justo. Probablemente, no quería tener que explicarles a sus hijos lo que pasaba entre Tala y yo si se enteraban.

Callum hizo otra pausa, mirándome como si estuviera pensando exactamente cómo quería expresar la siguiente parte.

"Mi padre la hirió de formas que ni siquiera puedo imaginar", me advirtió. "Y sé que aún arrastra mucho dolor de esa época de su vida, lo admita o no. Dejar que te acerques a ella, es un riesgo que nunca pensé que volvería a correr. No le des razones para arrepentirse. ¿Me oyes?"

"Te escucho", respondí. Su voz seguía siendo áspera, pero no me sorprendió, dado lo que acababa de oír de mí. Si se lo hubiera tomado de otra manera, me habría sorprendido.

"Bien", murmuró. "Ahora vete de aquí y ponte sobrio. A mi madre no le gustan los borrachos".

Asentí con la cabeza y salí del despacho antes de que cambiara de idea y se volviera para atacarme de nuevo. Sentía que el mareo de la bebida empezaba a desaparecer de mi mente, como si por fin empezara a ver con claridad.

Pero, mientras volvía a mi habitación y me metía en la ducha, no pude evitar preguntarme si ya había dañado las cosas más allá del punto de no retorno con Tala. La forma en que me había mirado, la forma en que me había hablado del encuentro que había tenido antes, sabía que la había conmocionado, y no estaba seguro de poder arreglarlo. Sabía que tenía que darle espacio, aunque me matara, aunque lo único que deseara fuera ir a verla ahora mismo y decirle cuánto lo sentía y cuánto deseaba arreglar las cosas si me daba la oportunidad.

Pero no podía hacerlo cuando estaba borracho; ella no querría oír ni una palabra de mi boca. De hecho, probablemente pensaría lo mismo que Callum, que había estado ligando con otras mujeres o algo así. No sabía cómo comunicarle que solo la quería a ella, que había algo en nuestra conexión, que sabía que no podría encontrar en ningún otro sitio. Que me importaba un bledo lo que pensaran los demás, no me importaba en absoluto. Podían juzgarnos todo lo que quisieran, pero la única persona a la que necesitaba gustarle era ella, sin importar su edad, por lo que hubiera pasado, las luchas a las que se hubiera enfrentado.

Nunca había querido tener mi propia familia, así que tener hijos no era un problema para mí. Pero la idea de estar con alguien tan maduro, tan fuerte, me atraía de una manera que nada más me había atraído. Siempre había pensado que estar con una mujer mayor no era más que una especie de fetiche, pero ahora podía verlo como lo que era. Me daba cuenta de que había estado negando mi verdadera atracción, porque actuar en consecuencia sería demasiado complejo, demasiado tabú.

Pero, demonios, no había dejado que nada de eso me frenara antes. No iba a dejar que eso me asustara ahora. Cuando pensaba en Tala, podía ver todo por lo que había pasado, pero también podía ver todo lo que había superado, y eso me gustaba. Mucho.

Puede que incluso le encantara.

Pero eso tendría que esperar. No iba a presionarla ni a intentar controlarla; sabía que era lo primero que la habría asustado, y no podía dejar que eso ocurriera. Tenía que jugar bien mis cartas.

O iba a perderla para siempre.

Capítulo Dieciséis - Tala

Caminé por el pasillo, con la madera fría contra mis pies descalzos. ¿Cuánto tiempo iba a tardar en dormirme esta noche? Llevaba horas dando vueltas en la cama y no sabía cómo obligarme a descansar.

Había bajado a la cocina a por un vaso de agua, pero no había sido suficiente para calmar mi agotada mente. No, seguían pasando muchas cosas por mi cabeza, muchas relacionadas con él, con lo mucho que lo deseaba, con lo mucho que lo echaba de menos, incluso ahora. No importaba el sentido común que intentara imponerme, siempre había una parte de mí, una arista en mi pensamiento, que me decía que debía ir a buscarlo y contarle lo que me pasaba por la cabeza.

Como si le hubiera importado un bledo, de verdad. De ninguna manera quería tratar conmigo ahora. No después de que yo le había dado la vuelta y le ordene salir de mi habitación antes. ¿Dónde había estado desde entonces? Ojalá lo supiera.

Miré hacia fuera, al jardín, y pensé que un poco de aire fresco bastaría para dormirme un rato. Me dirigí a la puerta trasera, abriéndola lo más silenciosamente que pude -los guardias que estaban de servicio en ese momento probablemente no prestarían atención al jardín por el momento, pero aun así no tenía ganas de toparme con ninguno de ellos si podía evitarlo-.

El aire fresco de la noche me punzó la piel de los brazos desnudos y me envolví con ellos, tratando de entrar en calor. Solo llevaba puesto un camisón; no se me había ocurrido ponerme nada que me cubriera más que eso; además, eran casi las tres de la madrugada, no era como si fuera a encontrarme con alguien aquí fuera, ¿verdad?

Cerré los ojos, inhalando profundamente. No sabía qué iba a hacer para quitármelo de la cabeza; sentía como si me estuviera perdiendo a mí misma, perdiéndome en su recuerdo y en lo bien que nos había sentado estar juntos. Por mucho que intentara recordarme a mí misma la realidad de todo lo que había pasado, la forma en que esa mujer me había hablado, todo el juicio que caería sobre mi cabeza si seguía con él, no podía deshacerme de ese deseo persistente en el fondo de mi mente que me decía que debería haber estado con él...

"¿Tala?"

Me di la vuelta en cuanto oí su voz, pensando al principio que debía de estar

imaginándomelo, conjurándolo por la pura intensidad de mi deseo por él. Pero, efectivamente, cuando me di la vuelta, allí estaba: Trevor, apoyado en la puerta, desnudo hasta la cintura, con el mismo pantalón de chándal gris increíblemente sexy que llevaba la primera noche que habíamos estado juntos.

"¿Qué haces aquí?" Pregunté, de repente consciente de lo claramente expuesta que estaba. ¿Había querido esto? ¿Encontrarme así con él? En algún nivel profundo, en algún nivel que ni siquiera había sido capaz de admitirme a mí misma, tal vez había...

"No puedo dormir", comentó, mirándome de arriba abajo lentamente. "Como tú, también, supongo".

No sabía qué decir. Me estaba estorbando en la puerta y, si quería volver a entrar, iba a tener que empujarlo. Si me acercaba tanto a él, no estaba segura de poder mantener la compostura. Ya sentía como si fuera a perderla en cualquier momento, ese cosquilleo en el fondo de mi vientre que me decía que hiciera el movimiento que tanto deseaba.

"¿Tienes algo en mente?", me preguntó, dando un paso hacia mí y acortando la distancia que nos separaba. El jardín estaba tan tranquilo, nada rompía el silencio mientras nos mirábamos fijamente. Debía de ser capaz de adivinar lo que me pasaba por la cabeza. Estaba segura de poder verlo escrito en su cara. Sacudí la cabeza rápidamente.

"No, no es gran cosa", respondí, manteniendo la voz lo más relajada posible, pero las palabras se me atascaban en la garganta al intentar pronunciarlas. Tragué saliva con dificultad, odiándome por haberme delatado tan fácilmente.

"¿En serio?", respondió, acercándose un poco más. Podía oler su aroma, tan cerca de mí que casi se me hacía la boca agua. Sus ojos se desviaron hacia mis labios y podría jurar que casi me desmayo en el acto. Quería hundirme en él, apretarme contra él y sentir sus manos sobre mí.

"Porque llevo toda la noche pensando en ti", me dijo. Respiré agitadamente cuando se acercó a mi cara y me rozó el labio inferior con el pulgar durante una fracción de segundo. Sabía lo que me estaba haciendo y sabía que no tenía ninguna posibilidad de rechazarlo.

"¿Pensando en... pensando en mí?". Pregunté, y él asintió, bajando la mano hasta mi hombro, mi brazo, y luego más abajo, hasta mi cadera, sus dedos jugueteando contra el dobladillo de mi camisón.

"Pensando en lo mucho que te deseo", continuó. Sus palabras eran casi hipnóticas, y deseé rodearlo con mis brazos y rendirme.

"¿Qué quieres de mí?", pregunté, y él empujó el dobladillo de mi vestido, sus dedos contra mis muslos desnudos.

"Puedo enseñártelo, si quieres", comentó, con una sonrisa en la comisura de los labios. Apenas tuve tiempo de asentir antes de que se inclinara hacia delante, besándome con fuerza y rasgándome el camisón para poder meter la mano entre las piernas.

Me arrinconó contra la pared, inmovilizándome mientras me abría los labios con la lengua y me besaba con fuerza. El torrente de sensaciones que me recorrió fue suficiente para disipar todas mis dudas, metió la rodilla entre mis piernas y me abrió los muslos, dejándome al descubierto.

"No tienes ni idea de cuánto te deseo", gruñó contra mi boca, atrapándome el labio entre los dientes y tirando ligeramente de él mientras levantaba la mano para rodearme el coño con los dedos. Ya podía sentir su calor tan cerca de mí y gemí contra su boca, totalmente incapaz de hacer otra cosa que no fuera dejar que me tuviera tal y como él quería.

"Así me gusta", murmuró mientras me metía dos dedos. Me sorprendió lo mojada que estaba, lo necesitado que se había puesto mi cuerpo solo con verlo. Había intentado contenerme durante mucho tiempo, pero al menos ahora no tenía que hacerlo. No estaba segura de si era un sueño, una especie de fantasía que se había descontrolado por completo, pero no me importaba. Gemí y apoyé la cabeza contra la pared, y él levantó una mano para taparme la boca mientras empezaba a mover los dedos dentro de mí.

"Baja la voz", me ordenó, pero tenía una sonrisa en la cara. Me di cuenta de que estaba disfrutando de lo difícil que me resultaba controlarme. Abrí los ojos, mirándole fijamente, asimilándole, deseando atiborrarme de su mirada.

Gemí contra su mano, casi poniéndole a prueba, mientras él me metía los dedos hasta el fondo, curvándolos ligeramente para poder presionar la cresta tan sensible de la parte delantera de mi coño; la sensación hizo que casi se me cayeran las rodillas en el acto, y la intensidad hizo que se me pusieran los ojos en blanco por un momento.

"Mírame", me ordenó, y me obligué a devolverle la mirada, a mirarle fijamente a los ojos mientras me masajeaba por dentro y por fuera. Sus manos eran tan hábiles, tan experimentadas, y ahora mismo no podía pensar en otras mujeres a las que pudiera

haber tocado así; solo quería rendirme a la forma en que me hacía sentir, tan condenadamente bien que la cabeza me daba vueltas.

Me apretaba contra él, me empujaba contra su mano, el placer crecía dentro de mí. Me había estado conteniendo durante tanto tiempo, pero ahora, por fin, él estaba aquí. Me miraba con esos ojos grises, recordándome todas las formas en que me deseaba, y yo no podía saciarme. Quería dejar que esto se apoderara de mí, más que nada en el mundo. Lo necesitaba.

Apreté los muslos alrededor de su mano y, un instante después, el orgasmo me alcanzó. Tuve que apoyarme en la pared para no caerme, y el interior de mis muslos se crispó sin poder evitarlo mientras me liberaba.

"Buena chica", murmuró, rozando con sus labios mi oreja mientras me corría. "Eso es. Ven para mí..."

Apenas pude recuperar el aliento cuando retiró la mano y volvió a besarme, plantando sus labios contra los míos. Me agarré a sus brazos, necesitaba algo que me sostuviera, y él me rodeó la cintura para acercarlo a mí.

Y, mientras me aferraba a él, sabía que no quería dejarle marchar. Todavía no. No cuando había luchado tanto por alejarme de él. No sabía cuándo volvería a darme esta oportunidad, si es que alguna vez lo haría, y no podía desperdiciarla.

"Ven a la cama conmigo, Tala", murmuró contra mi boca. Y, en contra de mi buen juicio, asentí.

Capítulo Diecisiete - Trevor

Le aparté el pelo de la cara mientras estaba tumbada en la cama a mi lado, mirándola como si fuera a desaparecer en cualquier momento. No sabía qué decir ahora, pero me preocupaba no volver a tener la oportunidad de estar tan cerca de ella. Tenía que aprovechar mientras pudiera.

"Mmm", suspiró mientras se giraba para mirarme. Cuando la vi ahí fuera, en el jardín, sentí que la necesidad de tenerla se apoderaba de mí, de una vez por todas. Puede que hubiera mantenido las distancias, dándole el espacio que necesitaba, pero no podía seguir jugando a ese juego. La necesitaba. Y, a juzgar por la forma en que se había corrido en mis dedos contra la pared exterior, ella también me necesitaba.

Pronto entraría en razón, estaba seguro de ello, y quería levantarse y salir de aquí. Le pasé la mano por el vientre y la acerqué para que se pusiera frente a mí. Sus ojos se clavaron en los míos, aquellas brillantes gemas verdes, y deseé perderme en ellos durante un rato.

"¿Qué estoy haciendo aquí, Trevor?", me preguntó Tala en voz baja. Fruncí el ceño.

"¿Qué quieres decir?"

"¿Por qué me has traído aquí?", me preguntó, mientras alzaba la mano y trazaba uno de los tatuajes de mi brazo: una serpiente que se enroscaba sobre mi hombro y escupía veneno por mi pecho.

"Porque te quería cerca", respondí, simplemente. ¿No era obvio para ella?

"Nosotros... ya estábamos cerca", señaló, tímidamente. "Afuera. En el jardín".

"No tan cerca", respondí, rozando mi nariz con la suya, manteniendo la voz baja para no despertar a nadie. "No me malinterpretes, me encanta esa parte. Pero yo..."

Me interrumpí. Mierda, no sabía cómo decirle nada de esto. No sabía cómo decírselo a nadie. Nunca me había sentido así por alguien, nunca había tenido que expresar con palabras mis verdaderos sentimientos, y por la forma en que me miraba, no tenía ni idea de cómo se lo iba a tomar.

"Pero, ¿qué?", me preguntó, frunciendo el ceño. Parecía tan inocente tumbada a mi lado, a pesar de su edad; realmente no tenía ni idea de lo que sentía por ella, lo mucho que la deseaba y lo mucho que me dolía el pecho por ella.

"Te deseo, Tala", admití. "No solo... no solo así, no solo sexo. Quiero algo real entre nosotros".

Se me quedó mirando un momento, como si no entendiera lo que le estaba diciendo. No podía culparla. Después de todo lo que había pasado, de todo lo que habíamos hecho juntos, no le había dado ningún indicio de que quisiera algo más serio. Pero necesitaba que supiera lo mucho que la admiraba y respetaba, y lo mucho que quería darle lo que su primer matrimonio no había podido darle.

"¿De qué estás hablando?", preguntó ella, medio riendo, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo en ese momento.

"Estoy hablando de nosotros", respondí, ahuecando su cara en mi mano. "Sé por lo que has pasado. Sé lo mal que lo pasaste con tu ex. Y lo he visto; he visto la forma en que has cambiado desde que él se fue, pero tienes que admitir que todavía hay mucho espacio para que tu vida mejore."

"Trevor, no sé qué intentas decirme", confesó, con un ligero temblor en la voz. No era el mismo temblor que había tenido cuando nos habíamos visto por primera vez en el jardín, no-esto era emocional. Dudosa. Como si le estuviera gastando una broma y fuera a quedar en ridículo.

"Te conozco desde hace mucho tiempo, Tala", le expliqué. "Vi lo que Mario te hizo, la forma en que te trató. Las aventuras que tuvo, las otras mujeres con las que estuvo..."

Su rostro no mostraba sorpresa alguna. Debía de saberlo desde el principio.

"Y lo que eso te hizo, la forma en que te veías a ti misma", continué. "Y quiero demostrarte que eres digna de mucho más de lo que él te dio. Quiero que estés conmigo, para poder darte la vida y el amor que mereces".

"¿Amor?", susurró, con los ojos muy abiertos.

"Amor", repetí. Necesitaba que supiera que hablaba en serio.

"Pero... Pero qué pasa con... Quiero decir, la diferencia de edad", eructó. "No puedes querer estar con alguien como yo. No puedo darte una familia, el futuro que quieres...".

"No sabes qué tipo de futuro quiero", le recordé suavemente. "Nunca he querido una familia. Y lo único que quiero ahora es un futuro contigo. Un futuro en el que pueda darte todo lo que te mereces".

Tenía los ojos un poco nublados, brillantes por las lágrimas, mientras asimilaba todo lo que le estaba diciendo. Sacudió la cabeza.

"No puedes saber lo que quieres", me dijo. "La gente nos juzgará..."

"¿Y qué?", señalé. "La gente juzgará, hagamos lo que hagamos. Y no quiero que sus opiniones se interpongan en lo que siento por ti ahora mismo".

"¿Y tu pasado?", protestó ella. "Todas esas otras mujeres..."

"En el pasado", le prometí. "No quiero a ninguno de ellas. No me interesan. Y si alguna vuelve a darte problemas, solo tienes que decírmelo y me encargaré. Te lo prometo".

La vi vacilar, morderse el labio mientras intentaba encontrar alguna otra razón por la que esto no iba a funcionar.

"¿Quieres esto?", le pregunté. No quería forzarla a hacer algo que realmente no quería, pero incluso ahora podía ver la respuesta escrita en su cara. Podía ver cómo intentaba contradecirla, cómo buscaba la forma de decirme que me equivocaba y que esto no podía funcionar.

"Yo...", respiró, sus ojos buscando los míos. "Nunca pensé que tendría ... Encontrar a alguien ... Quiero decir ..."

La besé suavemente y sentí cómo su cuerpo se tensaba contra el mío durante una fracción de segundo. Había tantas cosas que quería decirle, pero nada más importante que lo que podía comunicarle a través de este beso.

Se separó de mí un momento, recuperó el aliento y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, parecía un poco más segura de algo, al menos.

"Necesito tiempo para pensar", me murmuró. "¿Está... está bien?"

"Claro que sí", le prometí. "No tienes que darme una respuesta ahora. Tómate todo el tiempo que necesites. Yo estaré aquí".

Yo ya sabía cuál iba a ser su respuesta. Podía verlo escrito en su cara, aunque aún no estuviera preparada para admitirlo. Se incorporó y se apartó de mí de mala gana. Me gustaría encontrar alguna forma de hacer que se quedara, solo por esta noche, pero estaba seguro de que, muy pronto, la tendría todo el tiempo que quisiera.

Se levantó de la cama, se bajó el camisón y me miró por encima del hombro. Me apoyé en la cama y le sonreí.

"Te veré pronto", le dije, y ella asintió.

"Lo harás", respondió, y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Su rostro se iluminó, por un momento, con un tipo de esperanza que nunca antes había visto en ella, una esperanza que me decía que creía en esto, fuera lo que fuese. Que me deseaba de una forma que nunca antes había deseado a nadie, que nunca antes había creído que se le permitiría desearme.

Se dirigió hacia la puerta, apartándose rápidamente de mí, y yo la vi marcharse. Por mucho que hubiera deseado que se quedara a mi lado, sabía que no iba a tener que esperar mucho para hacerla mía para siempre.

Nunca había estado tan seguro de nada en mi vida. ¿Y todo lo que quería? Siempre lo conseguía.

Capítulo Dieciocho - Tala

Me serví un generoso vaso de vino y bebí un largo sorbo mientras me apoyaba en la encimera de la cocina. Aún intentaba encontrarle sentido a todo lo que Trevor me había dicho, pero mi corazón y mi cabeza iban en dos direcciones distintas.

Me había dado todo el espacio que necesitaba, fiel a su palabra. Fue un perfecto caballero, no me molestó ni me metió prisa para que tomara una decisión, pero estaba segura de que al final se cansaría de esperar. Y yo sentía el tic-tac del reloj en el fondo de mi mente mientras intentaba averiguar lo que quería y lo que este mundo del que formaba parte aceptaría de mí.

Me había confesado lo que sentía, y yo seguía sintiendo la enormidad de todo lo que eso significaba para mí, para nosotros. Había sido totalmente sincero, lo había oído en su voz, pero aún me costaba confiar. Nunca nadie me había hablado como él lo había hecho aquella noche, y tenía la sensación de que debía de ser algún tipo de truco, un juego para hacerme bajar la guardia por cualquier motivo.

Pero, ¿cuál era el motivo? Me había devanado los sesos durante horas y sabía que no había ningún motivo oculto. Nada tenía sentido. No, simplemente me deseaba, me deseaba de verdad, y la realidad de eso me estaba haciendo replantearme todo.

Creí que lo nuestro era solo físico, que solo me quería para eso: una distracción divertida, allí mismo, en su propia casa. Pero no era así. Me quería a mí. Me quería de verdad. Incluso había usado la palabra amor, a la que yo todavía intentaba encontrarle sentido. ¿Amor? ¿Podía amarme? Nunca había imaginado que alguien como él me hubiera mirado dos veces, pero esa palabra parecía cargada de posibilidades y promesas, más de lo que podía imaginar.

Y lo deseaba, Dios, lo deseaba. Cuando pensaba en lo que me había dicho, en la forma en que me había hablado, no quería otra cosa que entregarme a él y ver adónde nos llevaba esto. Si decía en serio que no le interesaba tener su propia familia, no veía ninguna buena razón para no intentarlo. Cuando me tocaba, me hacía sentir deseada de una forma que nadie más me había hecho sentir, y nunca me cansaría de pensar en ello.

¿Pero qué pensaría la gente? ¿Callum? ¿Anna? ¿La gente de fuera de la familia? Puede que hablaran muy bien de no juzgar, pero ¿lo harían si me liara con un hombre décadas más joven que yo? Ya podía imaginarme los murmullos, lo que todos pensarían de mí, lo que dirían.

Y me costaba creer que un hombre viniera a mí con una oferta así, sin querer algo a cambio, sin querer algo más de lo que me ofrecía por adelantado. Quería creerle, claro que sí, pero había pasado por toda una vida de programación que me había dicho que solo servía para una cosa, y no sabía si sería capaz de deshacerme de eso pronto. Si no podía tener sus hijos, si no podía ser la madre de su familia, ¿para qué servía?

Di otro largo sorbo al vino. Dudaba que beber fuera a ayudarme, pero algo era algo. Me gustaría poder hablar con Diana de esto, pero estaba segura de que me habría dicho que estaba loca por dejar pasar la oportunidad de hacer algo real con él. Ella no sabía lo profundo que era el dolor, lo difícil que me resultaba creer que un hombre pudiera desearme por algo más que lo que yo pudiera darle.

"Menuda copa de vino para ser tan temprano", comentó Callum al entrar en la cocina. Me sobresalté al oír su voz.

"¿Qué haces aquí?", solté antes de poder contenerme.

"El partido de Aidan terminó temprano", explicó. "Anna los está acomodando arriba. Voy a buscar algo de comer para los dos. ¿Qué hay de ti? ¿Solo viniste a asaltar la alacena de vinos?"

Suspiré, mirando el vaso grande que tenía a mi lado.

"Supongo que sí", admití. Callum hizo una pausa, percibió el tono de mi voz y me miró con el ceño fruncido.

"¿Va todo bien?", preguntó.

"No", respondí, y luego negué rápidamente con la cabeza. "Quiero decir... sí, está bien. I-"

"¿Tiene algo que ver con Trevor?"

Me quedé helada cuando ese nombre salió de su boca.

"¿De qué estás hablando?", respondí, con la voz un poco más alta de lo habitual. Levantó las cejas mirándome.

"No tienes que hacerte la tonta, mamá", me aseguró. "Ya lo sé".

"¿Anna dijo algo?" Le pregunté. Me había prometido que iba a mantener la boca cerrada.

"No", respondió, negando con la cabeza. "Trevor lo hizo".

"¿Trevor lo hizo?" Susurré. ¿Había estado hablando con otras personas sobre lo que había estado pasando entre nosotros? ¿Hablar con Callum de ello? Debía de saber lo mucho que arriesgaba yendo a ver a Callum y admitiéndole que estaba con su madre... y aun así, lo había hecho.

"Sí, hace un par de semanas", respondió encogiéndose de hombros mientras empezaba a rebuscar en los armarios y a sacar algo de comida para él y Anna. "Había salido al club, estaba borracho, y lo soltó cuando los dos discutíamos porque holgazaneaba por aquí".

No me lo podía creer. ¿Lo había sabido todo este tiempo? No sabía cómo sentirme al respecto.

"Siento que te hayas enterado así", murmuré. Se rio entre dientes.

"Creo que él sentía lo mismo", respondió. "Pero no pudo evitarlo. Se le escapó. No creo que pensara con claridad".

No sabía qué pensar. Había una parte de mí que se alegraba de que hubiera estado hablando de ello con otras personas; no era como si estuviera tratando de ocultarlo, de guardárselo todo para sí mismo y esconderse de la realidad de lo que sentía. Pero Callum sabiendo...

"Entonces, ¿es por eso que estás bebiendo?", preguntó de nuevo. "¿Algo que ver con Trevor?"

Dudé un momento antes de responder, pero finalmente asentí. Me había prometido a mí misma que iba a ser sincera con Callum tras la muerte de su padre, que iba a intentar reconstruir la relación que Mario nos había arrebatado cuando nos impuso su control a los dos.

"¿Están... juntos...?", preguntó, y yo negué con la cabeza.

"No, no... no oficialmente", respondí. "Él... me ha preguntado si quiero serlo, pero no sé qué decirle".

"Bueno, ¿quieres estar con él?", respondió. Cuando lo decía así, parecía casi sencillo, pero, por supuesto, yo sabía que no lo era. No podía serlo. No con mi historia, no con todo lo que había pasado.

"Yo... No se trata de nosotros dos", comenté, esquivando la pregunta lo mejor que pude. "Se trata de lo que pensarían los demás. Cómo nos vería la gente".

"¿Y cómo puede ser eso?", se preguntó en voz alta. Sentí una punzada de vergüenza en la nuca al pensar en el enfrentamiento del otro día con aquella chica, la mujer que se me había acercado en la calle para intentar asustarme y alejarme de él.

"La diferencia de edad", admití. "Y el hecho de que trabajaba para Mario. ¿Y si la gente piensa que le estoy pagando por esto? ¿O que solo intenta sacarme dinero?".

"¿Crees que eso es lo que está tratando de hacer?"

Sacudí la cabeza.

"Entonces, ¿qué demonios importa lo que piensen los demás?". Replicó Callum, levantando las manos. Le miré fijamente.

"No entiendes..."

"Sí, lo sé", me contestó, ladeó la cabeza y enarcó las cejas. Mis hombros se hundieron. Supongo que, en cierto modo, sí.

"Mira lo que pasó entre Anna y yo", señaló. "Sé que ella no es el tipo de persona con la que la gente esperaría que yo estuviera. Diablos, papá intentó casarme con otra persona, ¿recuerdas? Pero no dejé que eso se interpusiera en lo que sentía por ella. Y no dejé que lo que papá esperaba que hiciera se interpusiera en el camino de lo que yo sabía que era correcto, hacer lo correcto con su poder e influencia... no importaba lo que la gente pensara que debía hacer, sabía que no podía dejar que eso se interpusiera".

Le sonreí, un poco triste.

"Creo que soy yo quien debe darte ese consejo", le contesté. "No al revés".

"Sé que las cosas no han sido fáciles para ti, mamá", me dijo, acercándose para darme un apretón en el hombro. "Pero eso no significa que debas aferrarte a las expectativas que se pusieron en ti hace tantas décadas. Te mereces ser feliz. Y si Trevor te hace feliz, eso es lo que quiero para ti".

"¿No te daría vergüenza?", pregunté, mordiéndome el labio. "¿Y Aidan y Tia...?"

"Estoy criando a dos hijos", me recordó. "No tengo tiempo para preocuparme por la vergüenza. Y los estoy educando para que sean lo menos críticos posible. Quiero que vean que su abuela no dejaba que lo que los demás pensaran de ella se interpusiera en lo que quería, ¿verdad?".

No lo había pensado así, pero tenía razón. Quería darles un buen ejemplo para que siguieran su corazón, incluso cuando tuvieran sus dudas sobre lo que pudiera pensar la

gente de su entorno.

Y, cuando pensé en Trevor, supe lo que quería, claro como el día. Sabía que lo necesitaba. Sabía que quería experimentar todo lo que me había negado durante tanto tiempo, porque había estado tan segura de que no era digna de ello. Lo deseaba, desde lo más profundo de mis huesos, lo deseaba. Quería soltar el control al que me había estado aferrando y dejar que me demostrara cuánto me deseaba, en lugar de intentar esconderme de mis sentimientos y fingir que no estaban ahí.

Tomé otro sorbo de vino, pero sabía que el zumbido que sentía en la cabeza no tenía nada que ver con el alcohol.

"Voy a ver a Anna y a los niños", me dijo Callum. "¿Estarás bien?"

Me detuve un momento y luego asentí con la cabeza, con una sonrisa dibujándose en mi rostro.

"Sí", respondí. "Sí, lo estaré".

Capítulo Diecinueve - Trevor

Sonreí cuando oí los pasos que subían por el pasillo en dirección a mi habitación. Supe de inmediato a quién pertenecían, sin sombra de duda. Se detuvieron frente a mi puerta y entonces oí el tímido golpe que anunciaba su presencia.

Dejé el libro en la mesa y me levanté para ir a saludarla. Era extraño, en los últimos días, desde que le había hecho mi confesión a Tala, no me había preocupado por cómo se lo iban a tomar. No, de hecho, ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Ya estaba seguro de cómo iba a resultar. Solo necesitaba darle todo el tiempo que quisiera para aceptarlo.

Y, cuando abrí la puerta, allí estaba ella. La mujer que no había podido sacarme de la cabeza, mirándome, con una pequeña sonrisa en la cara.

"Hola", me saludó, con la voz un poco temblorosa. "¿Puedo pasar?"

"Por supuesto", respondí, y me hice a un lado, haciéndole un gesto para que entrara. Llevaba un vestido precioso, rojo brillante, sobre su piel pálida, que parecía casi resplandecer cuando estaba allí delante de mí.

"Estás preciosa", le murmuré mientras me volvía hacia ella. Se sonrojó ligeramente, miró su atuendo y sonrió.

"Gracias", respondió suavemente. "Quería estar guapa para esta noche".

"¿Por qué?", le pregunté, acercándome a ella y rodeando su cintura con mis brazos. "¿Es una ocasión especial?"

"Supongo que puede ser". Soltó una risita y también me rodeó el cuello con los brazos.

"¿Y qué podría ser?", le pregunté, aunque, por supuesto, ya sabía la respuesta. Se mordió el labio mientras me miraba.

"Yo... realmente quiero hacer esto", confesó. "Estar contigo, quiero decir. La forma en que hablaste la otra noche. Sé... sé que la gente siempre tendrá algo que decir al respecto, pero no quiero dejar que eso se interponga en lo que siento por ti. O lo que tú sientes por mí".

No respondí, solo me incliné para rozar mis labios con los suyos, sintiendo cómo su cuerpo se estremecía entre mis brazos al responder a mis caricias.

"¿En serio?", murmuré, y ella asintió.

"Sé que todavía tengo mucho que aprender", admitió. "Tanto que entender cuando se trata de sexo, y ... Y el amor".

Exhaló esa última palabra como si contuviera algún tipo de poder antiguo y sagrado. Sabía que aún no habíamos llegado al punto de decírnoslo, pero era su forma de reconocer que, algún día, lo haríamos.

"No te preocupes por eso", le prometí. "Puedo enseñarte todo lo que necesitas saber".

"¿Puedes?", respondió con un tono coqueto en la voz. Asentí con la cabeza.

"Si tú quieres", murmuré. "Puedo tomar el control. Y darte exactamente lo que necesitas".

Ni siquiera dudó en asentir, y sus labios se curvaron en una sonrisa excitada al oír mis palabras. Sentí cómo se me agitaba la polla al pensar en ello, en llevar las cosas un poco más lejos, más allá del juego que ya habíamos hecho.

Llevé la mano a la cremallera de la espalda de su vestido y lo bajé lentamente, apartando la suave tela de su piel y dejando que se acumulara a sus pies; debajo, estaba desnuda, y me detuve un momento para retroceder y admirar su cuerpo.

"Estás perfecta", le dije, y lo dije en serio. Su suavidad, su forma, las estrías, cicatrices y marcas de su piel contaban una historia de todo por lo que había pasado, todo lo que la había traído hasta mí.

Me arrodillé para levantarle los pies del vestido y le besé el interior de las piernas, viendo cómo se le ponía la piel de gallina. Jadeó y la miré, viendo cómo sus ojos brillaban con una necesidad oscura y deseosa.

"Túmbate", le dije, guiándola hasta la cama. "Las manos sobre la cabeza. Así..."

Le pasé los brazos por encima de los hombros, apretando las muñecas contra el somier, y busqué mi camisa, que había tirado al suelo cuando me preparaba para acostarme. Retorcí la tela entre las manos y la enrollé alrededor de las suyas, atándolas al marco de la cama. Levantó la vista y me observó mientras trabajaba, con los labios ligeramente entreabiertos. Cuando terminé, comprobó la tensión de sus nuevas ataduras y yo le sonreí.

"¿Cómo se siente?" Pregunté. "¿Saber que puedo hacerte lo que quiera ahora

mismo?"

"Se siente... bien", suspiró, y yo me reí entre dientes mientras me inclinaba para rozar mis labios con los suyos. Levantó la cabeza en busca de más, pero me aparté para que no tomara el control.

"A ver si puedo hacerlo mejor", sugerí, y apreté la boca contra su cuello, sintiendo cómo su cuerpo se ablandaba contra las mantas mientras me dejaba tomar el control.

Fui bajando, despacio, besando su cuello, su clavícula, sus pechos, llevándome los pezones a la boca, de uno en uno, y acariciándolos con la lengua y los dientes mientras ella me miraba. Pude ver cómo sus manos se flexionaban contra la tela, deseando nada más que tocarme, pero sabiendo que yo tenía el control absoluto en ese momento. Sabía que no tenía más remedio que dejarme hacer.

Llegué hasta su vientre y le acaricié el ombligo con los labios, hasta ese punto tan sensible que tenía justo encima de la boca. La observé mientras su rostro se contorsionaba de deseo, sus caderas se agitaban indefensas en el aire mientras esperaba que le diera lo que quería. Y lo haría, pero burlarme de ella y torturarla hasta que no pudiera más era demasiado divertido como para precipitarme.

Separé sus piernas y me deslicé entre ellas, recorriendo con la lengua el pliegue de su muslo, aspirando con avidez el aroma de su almizcle mientras ella gemía sobre mí.

"Hueles de puta madre", gemí, mientras echaba un vistazo a su coño empapado, coronado por una pelirroja mata de vello púbico. Por muy tentador que fuera seguir provocándola, tenía ganas de probarlo, y no pude resistirme a plantar mis labios contra ella por primera vez.

La dulzura de su almizcle se extendió por mi lengua mientras gemía contra su clítoris. La rodeé con la lengua, masajeando lentamente sus labios y su raja, y sus caderas se levantaron de la cama mientras intentaba empujarme con la necesidad de alguien que apenas podía contenerse.

Deslicé las manos por debajo de su culo, tiré de ella hacia mí y me llené la boca con su sabor. Cerré los labios alrededor de su clítoris y chupé suavemente, aplicando una presión lenta y suave que hizo que el interior de sus muslos se estremeciera contra mi cabeza en cuestión de segundos. Toda esta espera, todo este tiempo separados, sabía que la tenía acalorada, y quería demostrarle lo mucho que yo también la había echado de menos.

Moví la lengua contra su clítoris, escuchando cómo respondía, cómo su respiración se volvía más agitada y acelerada a medida que la acercaba más y más al límite. Aunque, lo que ella no sabía, por supuesto, era que yo llevaba el control, y no iba a dejar que terminara sin mí dentro de ella.

Besé su clítoris lentamente, acariciando aquel punto tan sensible hasta que se estremeció sobre la cama. Su vientre subía y bajaba rápidamente, gemía con cada respiración y sus músculos empezaban a tensarse contra mí. Introduje dos dedos en su interior y sentí cómo su coño se apretaba a mi alrededor con necesidad y deseo, cómo los dedos de sus pies se curvaban contra mi espalda mientras se acercaba más y más y entonces...

Y entonces, me eché hacia atrás. Soltó un gemido de frustración, mirándome, con el pelo revuelto y los labios entreabiertos en señal de protesta. Pero antes de que pudiera decir una palabra, me puse encima de ella y volví a besarla, dejando que el sabor de su humedad se mezclara en nuestras bocas.

"Quiero estar dentro de ti cuando te corras", le dije mientras me quitaba los pantalones de chándal y me llevaba la polla a la mano. Su sabor ya me había puesto duro, y ella abrió las piernas de golpe, con los ojos ardiendo de deseo mientras me miraba, con las manos aún atadas por encima de la cabeza.

Lentamente, me dirigí hacia ella, provocándola mientras presionaba la cabeza de mi polla contra su raja. Ella gimió, levantando las caderas a mi encuentro, y yo empujé dentro de ella hasta la empuñadura.

"Oh, Dios", jadeó al sentir cómo la llenaba. Quería grabarme a fuego en la cabeza la expresión de su cara en aquel momento; quería recordar cómo reaccionó al sentirme penetrarla, entregándose a mí por completo por primera vez. Sus ojos brillaban de deseo mientras me miraba y sus piernas se enredaban en las mías para intentar penetrarme más profundamente.

La penetré profunda, fuerte y rápidamente, deseando llevarla al límite y que llegara por fin al orgasmo. Sus piernas se cerraban en torno a las mías, tirando de mí todo lo profundo que podía, necesitándome, deseándome, su cuerpo estremeciéndose debajo de mí y, cuando la penetré por última vez, sentí que yo mismo llegaba al límite. Saber cuánto me deseaba, lo dispuesta que estaba a entregarse a mí, era todo lo que necesitaba para llegar a mi propio orgasmo.

La penetré hasta el fondo y me quedé allí, con la polla palpitando dentro de ella

mientras me corría con fuerza. Vi sus ojos vidriosos y luego cerrados mientras se contraía a mi alrededor.

Su liberación pareció sacudir todo su cuerpo a la vez, su sistema sobrecargado por la intensidad del placer que le estaba proporcionando. No me moví, seguía dentro de ella hasta la empuñadura. Sentía cómo sus músculos se apretaban a mi alrededor, cómo le temblaban las piernas mientras su espalda se arqueaba contra mí. Le pasé las manos por los brazos, enlazando mis dedos con los suyos, que aún estaban atados a la tela, y ella sonrió contra el beso.

"Si esto es lo que tienes que enseñarme", jadeó contra mi boca. "Creo que voy a disfrutar aprendiendo de ti".

"No he hecho más que empezar", murmuré, la rodeé con los brazos y le pasé la lengua por el labio inferior. Ella gimió y yo me aparté lentamente de ella, aunque sabía que no tardaría mucho en volver a tomarla.

Mi mente ya estaba acelerada con todo lo que quería mostrarle. Y ahora no teníamos que preocuparnos de ocultarlo, de preguntarnos qué significaba o qué no significaba: por fin habíamos sido sinceros el uno con el otro y por fin estábamos juntos.

Como deberíamos haber hecho siempre.

Epílogo - Tala

"¿Crees que Papá Noel ha venido, pequeña?". Le pregunté a Tia, apretándole la manita mientras la llevaba escaleras abajo. Ella gorjeó feliz en mis brazos, y yo me reí y le planté un beso en la mejilla.

Hacía frío en la mansión, pero Callum se había levantado temprano para encender el fuego en la sala de estar, para que pudiéramos pasar el día de Navidad en un lugar acogedor. Anna se reunió conmigo en la puerta y me quitó a Tia de los brazos.

"Gracias por ir a buscarla", me dijo mientras Tia rodeaba a su madre con los brazos y se acurrucaba cerca de ella. "He estado tratando de convencer a Aidan toda la mañana..."

"¿Está emocionado?" Me reí, y ella puso los ojos en blanco y asintió, sonriendo con cariño.

"Creo que anoche no pegó ojo", comentó.

"Está en esa edad", respondí. "Callum era igual".

"No me malinterpretes, me encanta", respondió Anna. "Espero que no se le pase..."

Nos dirigimos a la sala de estar, donde nos esperaban Aidan, Callum y Trevor, que se levantó en cuanto me vio y me besó. No pude evitar sonreír mientras Callum gemía.

"¿Te importa?", bromeó.

"En absoluto", replicó Trevor, y yo solté una risita, inclinándome hacia él.

"Feliz Navidad, cariño", me murmuró mientras nos tumbábamos juntos en el sofá.

"Feliz Navidad", le susurré, mientras Aidan entraba corriendo en la habitación con sus regalos bajo el brazo.

"¿Podemos empezar ya?" preguntó Aidan, y Callum miró a Anna, que asintió.

Aidan se alegró y, al poco rato, el salón se llenó de charlas y de papel de regalo desechado de todos los regalos con los que habíamos mimado a Aidan y a Tia. Trevor estaba todo el rato con el brazo sobre mis hombros, sonriendo mientras veía a su familia adoptiva disfrutar de la Navidad, y yo no podía evitar echarle un par de miradas de reojo, sintiendo un pequeño aleteo cada vez que lo hacía.

Habían pasado casi diez meses desde que empezamos a salir oficialmente, y el

tiempo había volado desde entonces. Había tardado algún tiempo en acostumbrarme a la realidad de tener una relación de verdad, no solo una a la que me habían obligado para tener hijos y mantener las apariencias, pero Trevor... Trevor lo hizo fácil, más fácil de lo que jamás había imaginado.

Hacía unos meses que los dos nos habíamos mudado a una casa propia, un poco más abajo de la mansión, un lujoso adosado donde no molestaríamos a Anna y Callum mientras intentaban cuidar de su familia. Sí, en algunas ocasiones habíamos hecho demasiado ruido y, Dios mío, el alivio de tener un espacio propio era todo lo que había esperado.

Me sentía tan... libre, por primera vez en mi vida. No es que Callum hubiera intentado controlarme, pero viviendo con él, había sido difícil centrarme realmente en mi propia vida, mi propio espacio, asegurándome de tenerlo todo tal y como yo quería. Pero había empezado a decorar la casa que compartía con Trevor con pequeños recuerdos, fotos de Callum y los niños, y sentía que ahora era completamente mía. No la habría dejado por nada del mundo, aunque nos habíamos quedado a dormir en Nochebuena para pasar tiempo con los niños. No quería perderme este precioso tiempo en familia, sobre todo ahora que tenía a Trevor para compartirlo.

Siempre había estado muy unido a Callum, pero se había convertido en parte de la familia desde que nos enamoramos, convirtiéndose en una figura parecida a un tío para Aidan y Tia, y ayudando siempre que podía, incluso más allá de los límites de su trabajo de seguridad. No es que ahora tuviéramos mucho de qué preocuparnos en ese sentido, ya que Callum había reestructurado el negocio para asegurarse de que nunca tuviéramos que enfrentarnos a ninguna amenaza del lado oscuro de la ciudad en el que Mario había estado involucrado.

Mientras Aidan y Tia jugaban con sus nuevos juguetes, Trevor se volvió hacia mí con una suave sonrisa en la cara. Por su expresión, me di cuenta de que tenía algo en mente y enarqué una ceja.

"¿Qué pasa?", le pregunté. Miró a Callum, como si estuviera consultando algo con él, y mi hijo asintió.

"¿Qué pasa con ustedes dos?". Me reí y Trevor se puso en pie y, para mi total sorpresa, se arrodilló delante de mí.

"Hay un regalo que quiero hacerte, Tala", me murmuró. Me tapé la boca con una mano. Anna se acercó para apretar la mano de Callum, con una gran sonrisa en la cara:

estaba claro que ellos también habían participado.

Metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita de color rojo intenso; cuando la abrió, vi un diamante que brillaba sobre una sencilla banda de oro. Apenas pude recuperar el aliento y me quedé sentada mirándolo.

"Tala, este último año que hemos pasado juntos, ha sido el mejor de mi vida", me dijo Trevor. "Y quiero entrar en el próximo año sabiendo que vas a pasar mi vida conmigo. ¿Quieres casarte conmigo?"

Jadeé cuando esas palabras salieron de su boca. No porque no estuviera preparada para oírlas, sino porque lo estaba, y nunca había esperado llegar a este punto de nuevo, no en toda mi vida. Había sufrido tanto en mi primer matrimonio, y había pensado que el amor que había anhelado todos esos años nunca llegaría a mí. Pero aquí estaba él, el hombre que me amaba, pidiéndome que pasara mi vida con él, pidiéndome mi mano en matrimonio.

"Por supuesto que sí", exhalé, y él sacó el anillo de la caja y lo puso en mi mano extendida antes de inclinarse para besarme. Callum y Anna soltaron un grito de júbilo, pero yo apenas podía prestarles atención, con el corazón todavía a punto de estallar por la intensidad de aquellas palabras.

"Te quiero", me susurró, las palabras eran para mí y solo para mí. Levanté la mano y se la puse en la mejilla, con el anillo brillando en el reflejo del fuego.

"Yo también te quiero", murmuré, cerré los ojos y volví a besarle.

Acerca de Lenora Wilde

Hola, soy Lenora, la típica alma reservada y tranquila durante el día, pero una atrevida contadora de historias bajo el encantador resplandor de la luna ;)

Mi corazón está dedicado a crear historias románticas al rojo vivo que hagan arder las páginas. Tanto si busca un subidón de adrenalina como una escapada relajante, estoy aquí para crear historias que cautivarán su mente y le llegarán al corazón. Bienvenido a un mundo donde las posibilidades son tan ilimitadas como su imaginación.

Si te ha gustado este libro, me gustaría invitarte a que te anticipes a los próximos lanzamientos de la "Serie del Imperio de la Familia Mafiosa".

Su opinión sincera es muy valiosa para mí. Haga clic AQUÍ para compartir su opinión.

Gracias.